

10-2-1935

CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA

*Este número
contiene*

UN CUENTO DE
LUIS SANTULLANO

UN REPORTAJE DE
RAFAEL MARQUINA

UN CUENTO DE
ALDOUS HUXLEY

LOS QUE TRABAJAN
DE NOCHE
NOTA GRAFICA DE ANGEL ARACIL

CUENTOS, NOTAS, ARTICULOS,
CRONICAS, POEMAS, MODAS

20 CENTIMOS



F O T O D E A N G E L A R A C I L

Ayuntamiento de Madrid



El Hogar Moderno

Proyecto:
OTTO WINKLER

Ejecución:
MUEBLES
BANELA, MADRID

Esta foto representa un rincón acogedor en un gabinete de vestir. Tanto el espejo móvil como la comodita baja con soportes de cristal para los frascos de perfumes, están ejecutados con madera de nogal vetado obscuro. Los muebles están colocados cerca de la ventana y de manera que quede entre ellos y la pared un pequeño espacio.

La alfombra es de un verde claro, y las paredes, lisas, de un gris verdoso.

Estos colores se repiten armoniosamente en el dibujo de plantas marítimas que muestra el voile de la marca LARO.

BOLETIN DE SUSCRIPCION A

"CIUDAD"

(Recórtese este cupón por la línea de puntos)

Sr. Administrador de "Ciudad"
Palacio de la Prensa
MADRID

D. _____
domiciliado en _____ (localidad) _____
calle de _____ número _____
provincia de _____

Se suscribe a CIUDAD por UN AÑO (52 números) y adjunta la suma de DIEZ PESETAS, CUARENTA CENTIMOS (10'40 pts.) importe de la referida suscripción anual en _____ (giro postal, o cheque)

FECHA Y FIRMA

CHARLAS MONUMENTALES

Ni en la paz de los sepulcros...

Por el DR. FERNANDEZ CUESTA

Don Santiago Ramón y Cajal, el aragonés insigne, genio de la Biología universal, cuenta a CIUDAD, desde su paz de piedra del Retiro, facetas de una vida que asombró al mundo.

"La patria—ha dicho—no es sólo espacio, sino tiempo; no sólo hogar y terruño, sino pasado y porvenir."

Las fuentes de la vida y de la muerte

Abril de 1926.

Los médicos españoles ofrecen al maestro un monumento que perpetúe su figura gigantesca. Cajal vive. Su cerebro prodigioso, que no cesó de crear hasta el instante mismo de la mortal asistolia, es flúido manantial de ideas extraordinarias. Solemnidad oficial; veneración y respeto de amigos, discípulos y admiradores, en aquella tarde primaveral de hace nueve años. D. Santiago envía al acto dos cuartillas, que lee Jorge Francisco Tello. El glorioso investigador se muestra contrario a la reproducción, en vida, de su efigie en piedra. El sabio—verdadero y auténtico sabio—es enemigo de externas manifestaciones de aparato y bambolla; pero los médicos de España saben agradecer las prodigiosas lecciones que de Cajal recibieran y rinden de esta bella forma el justo tributo de agradecimiento a quien supo guiarles con luminaria de maravilla por el obscuro camino de la ciencia.

Victorio Macho, el castellano artífice, plasma la idea y lleva a cabo la materialidad de la obra. Dos fuentes: la vida y la muerte; entre las dos, la sabiduría, y delante, Cajal, que contempla serenamente el agua del estanque, donde se refleja la inmensidad del cielo.

17 de octubre de 1934.

Negro crespón orla la Histología universal. Luto en la ciencia española. Cajal ha muerto. Desaparece la genuina representación de la Medicina hispana desde el siglo XIX. Bandera a media asta sobre la Biología del mundo. El microscopio, ciego su objetivo, llora en un rincón del laboratorio la marcha sin retorno de su amigo mejor. Ha muerto Cajal. El mundo de la ciencia se resquebraja en conmoción ante lo que la ciencia misma no ha podido vencer ni desentrañar el porqué del profundo arcano. Negro manto de pena envuelve el mapa de España. Y en el mundo entero—en sus cinco partes—a muerto doblan las campanas...

El enano del bosque

Este soy yo ante la grandiosa, la inmensa figura de Cajal, que ahora contempla mi admiración y mi ignorancia. Pequeño, pigmeo, insignificante en presencia del genio; áspero, brusco y huraño en la externa apariencia; bondadoso, amable, cordial, abierto corazón a las adversidades y los infortunios para todos los que tuvimos la suerte de ser admitidos en su amistad y en su cariño, que prodigó con excesiva tolerancia.

—¡Pero, hombre, qué voy a contarte que no sepa ya todo el mundo!—dice D. Santiago, en respuesta a mi afán—. Con motivo de mi muerte, los periódicos se ocuparon tanto de mí, que ya no queda nada nuevo por escribir, y menos aún que sea interesante. La augusta tranquilidad de los últimos años de mi vida la deshizo en unas horas mi desaparición. ¡El incienso de los adjetivos y el humo de los ditirambos llenaron mi cerebro de extrañas sensaciones jamás experimentadas! ¡Nunca pude creer en vida que representara tanto en la historia de España! ¡Yo, un pobre aprendiz!

—Sí, no te asombre lo que digo ni te ciegue el esplendor de la celebridad que alcancé. Aprendiz, aspirante a saber, estudiante siempre. Nunca sabemos nada; a lo sumo, unos más que otros; los que cargamos con el sambenito de la sabiduría nos hallamos en la obligación de demostrar aquello que nos achacan; pero de esto a saber, a poder decir en plena conciencia de responsabilidad que sabemos con certeza de las cosas biológicas, y de la microvida de las bacterias, y de la grandiosa insignificancia de los bacilos, y de la complicada trama de las células nerviosas, y de la histoquímica de los componentes orgánicos, ¡qué abismo de ilusiones!, ¡qué profundo pozo de vanidades! No sabemos nada, querido! Ni los que morimos a los ochenta y dos años, cargados de laureles y bajo el peso abrumador del título de sabio!

—Maestro—nos permitimos interrumpir—. ¿Sintió usted mucho dejar de existir en la tierra?

—La vida—nos contesta—es un deber inexcusable. El deseo de morir, cuando no se funda en heridas de amor propio, revela absoluta carencia de altruismo. Es confesar que no se ama a nadie. Y que ni la patria ni la familia merecen sacrificios, ni siquiera esfuerzos. En cuanto a la inmortalidad, sólo me puede satisfacer la integral, esto es, la continuidad del alma y del cuerpo, porque es la única que salva la personalidad, o sea la construcción específica del



cerebro individual, con todas sus ruindades, miserias y limitaciones. Y nos quedamos sin saber qué contestar.

"Mi vida está llena de vulgaridades"

Rompemos nuestro mutismo al fin. Frente a Cajal, cada minuto que transcurre nos encontramos más empujados.

—Su vida, maestro...

—Mi vida—responde—está llena de vulgaridades. Nací en Petilla de Aragón, "rincón navarro que parece empujar lejos la frontera aragonesa en el mapa; años de infancia, discolos y rebeldes, excursiones por los riscos, habilidad para lanzar la honda, extraordinaria inventiva para imaginar juegos y travesuras... Cuando no hacía una barrabasa, me entregaba de lleno a mi afición desmedida: dibujar. A los diez años empecé mis estudios, desordenado, sin freno escolástico, sin poder doblegarme a la rutina de los preceptos pedagógicos. Leía versos, novelas de aventuras, ciencia y arte, sin método, sin línea recta, siempre por los vericuetos de mi voluntad. Hijo de médico, a los once años conocía perfectamente todos los huesos del esqueleto humano, que mi buen padre, a quien tantos disgustos daba todos los días, había tenido la paciencia de enseñarme. Mancebo de barbería, aprendiz de zapatero; años de juventud siempre rebelde, y licenciado en Medicina a los veintinueve años.

—Después...
—Un triste capítulo en la insignificancia de mi vida. Médico militar, marché a Cuba y enfermé a poco de paludismo. Debilidad,

consunción orgánica, falta de reservas y tuberculosis. A España, sin salud y amenazado de muerte. Los aires de Panticosa y San Juan de la Peña hicieron lo que los médicos no hubiesen logrado nunca. Cinco años de interminable convalecencia; durante ellos adquirí a plazos un microscopio. ¡Con qué afán miraba a través de su objetivo! ¡Con qué deseos inquiría lo que iluminaba su luz! Todo ello, sin método, por ansia de desflorar asuntos. Con espíritu de espectador embobado examinaba los glóbulos de la sangre, las células epiteliales, los corpúsculos nerviosos, deteniéndome aquí y allá para dibujar o fotografiar las escenas más cautivadoras de la vida de los infinitamente pequeños.

Profesor, investigador, títulos, honores

No podemos hablar. Ante el maestro, que nos hace la merced de su charla inagotable, tranquila, reposada, interesantísima, permanecemos en éxtasis admirativo, sin conseguir articular palabra. Cajal, en vena de relato, continúa su parla.

—Ya ves que no me canso de contarte cosas. No quiero que digas después lo que tantos dijeron en vida de mi carácter; que era insociable. ¡Pobres! Nos quejamos de los amigos porque les exigimos más de lo que pueden dar humanamente. De todas las reacciones posibles ante una injuria, la más cómoda y hábil es el silencio, créelo, y no lo olvides para lo que pueda servirte en la vida. En 1883—continúa D. Santiago—me doctoré en Madrid. A poco, y después de dos intentonas sin éxito a la cátedra de Anatomía, gané el profesorado de esta disciplina, que ejercí en la Facultad de Valencia. Exitos inmerecidos. 1887: catedrático de Histología de Barcelona. Resonancia mundial del fruto de mis experimentos. Kollicker, en Alemania, lanza al universo mi consagración de sabio. No salgo del asombro que esto me produce. Teorías nuevas y trabajos incansables sobre el sistema nervioso. Duval, en la Sorbona, dice a sus alumnos, al tratar precisamente de mis investigaciones: "Por esta vez, señores, la luz nos llega de la noble España..." Madrid. Seis meses de lucha, y catedrático de Histología y Anatomía patológica de la Universidad Central. Muchos títulos, enorme número de distinciones. En 1906, me conceden el Premio Nóbel. ¡Qué sé yo! Moret llega incluso a ofrecerme una cartera. No acepté. ¡Hubiera sido el colmo de la osadía! Le aconsejé a Alejandro San Martín, muy preparado en cuestiones de instrucción pública; además, mi labor científica me impedía ocuparme de bagatelas. Literatura, monografías, libros de texto... Quebrantos de salud y achaques de vejez. Empiezo asentirme pres o de la arteriosclerosis. Sigo trabajando, sin embargo. En el sótano de mi casa de la antigua calle de Alfonso XII me paso el día en incesante misión escudriñadora. En 1933, con ocasión de la muerte de aquel gran amigo, a quien supongo visitarás en su monumento de este mismo Retiro, el Dr. Cortezo, hice al Colegio de Huérfanos de Médicos, que él creara, un donativo de 5.000 duros, sintiendo que mi numerosa familia no me permitiera ser más generoso.

—Y llegó su muerte terrenal, maestro!

—El 17 de octubre, hace cuatro meses. Dos días antes te había dedicado mi último libro, *El mundo visto a los ochenta años*. ¿Te acuerdas? Aquella colitis rebelde, que debilitó mi corazón, me separó del mundo y llevó mi cuerpo físico a la tierra del cementerio; mi cadáver recibió sepultura en el panteón de mi mujer, Silveria Fañana, meseta segunda, cuartel primero...

"La antorcha, apagada"

Estas últimas palabras del maestro llevan a mi ánimo un irreprimible calofrío de emoción.

Cajal, por el contrario, reposado, tranquilo, las ha pronunciado en plenitud de serenidad, imperturbable, sin la más pequeña demostración de sentimiento, con voz pausada, grave, calmadamente, rendido a la ley biológica que dispone la muerte, esa muerte que los antiguos representaban por un efébo que, pensativo y triste, apaga contra el suelo una antorcha encendida.

Al perder su vida extraordinaria, en el genio creador se extinguió para siempre la esplendorosa luz de su cerebro.



MIGUEL ANGEL COLOMAR



LUIS SANTULLANO

"FELI QUIERE PERDERSE" es el título del cuento con que comienza su colaboración en CIUDAD el conocido cuentista D. Luis Santullano. Aparece ilustrado por Miguel Gómez.

"TRAGICO FIN DE LA ARANA SOBERBIA", original fantasía humorística de Benjamín Núñez Bravo, que señala a su autor como un cuentista de excelentes dotes y poseedor de un estilo de moderna orientación. Con la incorporación de este nuevo colaborador, CIUDAD prosigue en su empeño de rehabilitar un género literario de tan noble prosapia como lo es el cuento, tan descuidado en nuestra producción contemporánea, en contraste con el auge que alcanza en la actualidad en todos los países cultos.

"PIO RABOSA" (interviuó con un personaje de Azorín) titula su autor—José Alfonso—esta crónica, que es una graciosa viñeta del pueblo levantino.

Rafael Marquina, el brillante periodista, contribuye a esta entrega con un reportaje, en los que es maestro, titulado "BODA MUSULMANA".

"GLOSA DEL MAR HABITADO" es una vigorosa y fina descripción del puerto pesquero de Vigo, debida a la pluma de nuestro compañero Eduardo Blanco-Amor, tan rica de color y de matices.

"FILM DE KEYSERLING" (tercera jornada) es la continuación del interesante reportaje de Miguel Angel Colomar, que con tanto agrado han recibido nuestros lectores.

"UN MENDIGO", cuento por G. A. Sullivan, uno de los grandes maestros ingleses en el género. Este trabajo, que damos en traducción especial para CIUDAD, aparece ilustrado por Arteche, Santonja y Esplandiú.

"UNA EXTRANJERA EN VIAJE" es un cuento de otro gran maestro contemporáneo, Aldous Huxley, cuyas características de observación psicológica, de humor y de descripción de ambiente aparecen en este trabajo como uno de sus más adecuados modelos.

Mlle. Millet continúa enviándonos sus comentarios y novedades sobre la moda en París. Se ocupa en esta crónica de algunos detalles complementarios del bien vestir, como son las carteras, cinturones, etc.

También de nuestra Redacción en París es la correspondencia que firma Eduardo Avilés Ramírez, en la que se ocupa de la figura de Víctor Hugo y evoca algunos momentos del romanticismo francés.

Completan esta edición unos figurines de máscaras infantiles, por María Rosa Bendala, páginas de curiosidades, Hipismo, Cine, Teatros, etc., y el Dr. Fernández Cuesta continúa su serie de charlas monumentales y sus útiles notas de divulgación médica.

Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:

PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID

Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II.

20 de Febrero de 1935

Núm. 9

LA SEMANA

LA semana de la quinina. De la quinina o del coñac, según el gusto se encaminase por los dictados pedantes de la terapéutica o por los senderos amables y familiares de la experiencia; o del coñac y la quinina a la vez, según el criterio ecléctico de los que piensan que "hay que matar el bicho" sea como sea. De todas formas, semana griposa, crujiente de estornudos, rumorosa de toses, alampada de calenturas y acribillada de preguntas monótonas: "¿Cómo anda eso?" "¡Hombre, tú verás!" Y mientras el termómetro bajaba en las calles, subía en las axilas.

CON los primeros barruntos primaverales de estos días, los cafés, como caracoles, sacaron al sol de las aceras los cuernos de sus filas de mesas. Parecen galerías de sanatorios, poblados de seres de roja nariz, labios escamosos de fiebre y vaivén de pañuelos que todavía recogen las consecuencias dejadas por la ola de frío. Y con la aparición de las mesas coincide la de las turbas de mendigos, que se disponen a inaugurar su recolección estival. Dentro de unas semanas ya estarán en Madrid todos los cojos de la periferia, los tracomatosos del Sur, los ciegos del Norte, las desvalidas madres del Mediodía, que habrán aprovechado los largos nocturnos de la invernada para ser más madres que el año pasado, y los lisiados de toda la geografía española, que se despararrarán por estas aceras con sus retablos de cochambre, de suciedad, de miseria y de tristeza perfectamente industrializadas. El cronista no golpea este parche a tontas y a locas, y conoce bien los contornos de esta organización de la mendicidad que se abate sobre Madrid durante el verano a recoger la cosecha de la misericordia.

Señor alcalde: Es ahora cuando hay que prevenirse contra esta invasión de la miseria foránea, que convierte las aceras de las principales calles de la capital, durante el verano, en lugares inhabitables, y las terrazas de los cafés en exhibiciones vivientes de los "Caprichos", de Goya, sin Goya y sin caprichos, claro está, pero con todas sus brujas, tullidos, lisiados de conveniencia y pícaros de solemnidad.

AL fin, entre tanta insulsez y tanta vacuidad, han vuelto a asomarse a las ventanas de las vallas anunciadoras unos cuantos títulos ilustres de esos que se encuentran en todas las carteleras de las urbes, dándoles gracia y categoría de capitalidad: *Barbero de Sevilla*, *Traviata*, *Rigoletto*. En las noches de los inviernos metropolitanos, estas longevas denominaciones de la ópera clásica añaden un matiz de distinción, de cultura, de vida noble y civilizada, con sus evocaciones antañonas y sus promesas de con-sabida espectacularidad. Toda representación de ópera sosiega siempre las urgencias de

la vida actual en un remanso de saraos bien vestidos, de discreteos, de suavidades. Es una suerte de evasión de la ordinariez contemporánea en busca de los ocios estéticos que nos permiten espiritualizar unas horas en un ambiente deliciosamente extemporáneo y finamente cursi, del que estamos tan necesitados en medio de los rigores de la política, de la economía y demás horripilancias de este andar a trompicones y entre sus-tos que ahora llamamos vivir...

Y el hecho de que el teatro donde la Ottein gargariza otra vez los "stacattos" de la cavatina famosa se llene cada noche, demuestra que la República "no ha terminado con el buen gusto de la ex corte", como dicen, con evidente disparate, quienes creen de buena fe que la supresión de los mostachos de guardia real puede suprimir en veinticuatro horas la capacidad estimativa de un pueblo hacia los espectáculos que desde siglos le son predilectos.

EL conde de Keyserling—a quien llaman el García Sanchiz de la Filosofía, y que a nadie moleste la repetición de la chanza—amaneció entre las bambalinas del cine Goya, envuelto en las nubosas pelambres de sus barbas wikingas y lanzando desde las cimas de su torre corporal las profecías más tempestuosas, a ocho pesetas la entrada. En Keyserling se da el caso notable del "muezzin" que es al propio tiempo torre. Y cuando se asoma al octavo piso de sí mismo para decirnos cómo ve el mundo de aquellas alturas, se asiste a un insólito espectáculo de arquitectura inestable y parlante, de lo más sobrecogedor de estos tiempos. Que hable en alemán y que lo haga en español, es lo de menos. Resta el espectáculo físico de la gran torre augural, lanzando sus apocalipsis por entre nubes barbadas, con toda la solemnidad que corresponde a un universal comisionista de interpretaciones más o menos espectrales.

ESPAÑA parece que está siendo el país predilecto para los ensayos de aclimatación de toda cuanta barbaridad candombera y guateque se le ocurre expedir a los creadores de la coreografía pseudotropical. A la peste resbaladiza del tango, a la sonsera bobona del pericón y a los calambres viscerales de la rumba, sigue ahora la amenaza de una nueva calamidad. ¿Qué es eso de "La Carioca"? ¿Qué nueva pandemia se nos viene encima, con nubes de saxofones, enjambres de maracas y mal olor de mulatos? ¿No es tiempo de ir pensando en mandar a estos "morenitos" que vuelvan allá a darle el tostón a "mamá Inés" y nos dejen en paz la paciencia?



La calle Nuño Beltrán de Guzmán en Guadalajara.

UNA VICTIMA DE LA LEYENDA NEGRA NUÑO BELTRAN DE GUZMAN

Por J. GIL MONTERO

Si hay un español en quien se haya cebado con especial ensañamiento la leyenda negra que pesa sobre los colonizadores españoles de América, es, indudablemente, Nuño Beltrán de Guzmán. La fruición con que fueron acogidos los juicios apasionados del P. Bartolomé de las Casas en los capítulos que como apéndice a la *Historia de España* del P. Mariana trazó Fray José de Miñana, y la precipitación con que historiadores más modernos se apresuraron a dar aquellos juicios por definitivos, ha empañado la gloria de muchos ilustres colonizadores, y especialmente la de Nuño de Guzmán, en quien concurren circunstancias especiales que dieron lugar a que fuese peor tratado que los demás. En efecto, al mismo tiempo que Las Casas escribía su *Historia General de las Indias*, Francisco López de Gomara, secretario de Hernán Cortés, agradecido y entusiasta admirador hasta el servilismo, daba a la publicidad una nueva *Historia de las Indias*, en la que extremaba el elogio a Cortés de una manera desmesurada, ensañándose para ello con Guzmán, con quien tuvo aquél tantas y tan frecuentes discrepancias, en las cuales no le acompañó siempre la razón.

Cuando los españoles llegaron a Méjico, la propiedad de la tierra tenía un carácter comunal que pugnaba con el concepto individualista y absoluto que de ella tenían los conquistadores. Pero España se esforzó en lograr una armonía y convivencia en la que no hubiese vencedores ni vencidos, y favoreció y ayudó a los indios en el conocimiento y defensa de sus derechos, respetando sus usos y costumbres tradicionales de tal modo, que, simultáneamente, hubo allí dos sistemas de propiedad: el azteca, con carácter comunal, y el español, con carácter individual. La Bula de Alejandro VII en 1493 donaba al rey de España cuantas tierras se descubrieron al Este de un meridiano que pasara a cien leguas al Este de las islas Azores, y, por lo tanto, ni puede decirse que los indios fuesen despojados, ni que fuese ilegítima la atribución de propiedad a los conquistadores, pues había, además, extensiones inmensas de terreno inculto y despoblado a causa de la existencia nómada de los indígenas, que vivían de la caza, y de estas tierras se hicieron concesiones a los colonizadores, de acuerdo con unas normas que el rey católico había señalado fijando la superficie de tierra que debía darse a los colonos, según fuesen obreros o caballeros. Estas normas no siempre se cumplieron fielmente, unas veces por falta de agrimensores y de medios que permitieran a las autoridades inspeccionar minuciosamente las concesiones, y otras, por la ambición de los gobernadores y su afán de favorecer a sus parientes y amigos, y por el ansia inmoderada de Cortés de colmar de mercedes a sus guerreros, excediéndose en las concesiones y dando lugar con ello a desavenencias y envidias, a la vez que ponía a los gobernadores en trance de transigir con notorias ilegalidades, que ni el propio rey podía impedir, en atención a los méritos extraordinarios de Cortés, y que hi-

cieron que poco a poco se concentrara la posesión territorial en grandes propietarios, que constituyeron una aristocracia.

En esto hay que buscar el germen de las discrepancias entre Cortés y Guzmán, quien, como presidente de la Audiencia Real, no podía aprobar aquellos excesos que, a la vez que vulneraban la ley, excitaban también su codicia de colonizador; y he aquí las causas probables de que disputara enérgicamente sobre el límite de las atribuciones de cada uno, no vacilando en enjuiciar a Cortés, confiscándole bienes y persiguiendo con tenacidad, más justiciera que rencorosa, a muchos de los favorecidos.

Por lo demás, no hay en la vida de Nuño de Guzmán excesos reprobables que sobrepasen a los actos frecuentes entre todos los colonizadores de todos los tiempos y todos los países, y hay, en cambio, acciones de admirable heroísmo que no han sido justamente ensalzadas.

Cuando vino Cortés a España se quejó a Carlos V de la conducta seguida por Guzmán con él, y logró que el rey le destituyera, designando para sustituirle en la presidencia de la Audiencia al arzobispo Sebastián Ramírez. Esto coincidió con el regreso de Cortés a Méjico, y entonces Guzmán, que ya se había distinguido en el gobierno de Pánuco como colonizador, en cuya época poblaron, por orden suya, las ciudades de Antequera y Santiago de los Valles Juan Pérez Berrio y Lope de Mendoza, respectivamente, se sintió humillado por Hernán, y queriendo evitar su presencia y a la vez mitigar el dolor de la adversidad, consagrándose a una gran empresa, decidió emprender una campaña para someter a los indios chichimecas. Para ello formó un ejército con ciento cincuenta caballos, ciento ochenta infantes y ocho mil indios, con doce piezas de artillería y un armamento tan rudimentario, que la mayoría de los indígenas sólo llevaban flechas, espadas rudimentarias de caña con trozos de aguzados pedernales, llamadas *macanas*, y pequeños broqueles para defenderse. Pero animado de un valor y un arrojo excepcionales, con estos elementos descubrió y conquistó la región de Jalisco, que llamó Nueva Galicia. Careciendo de víveres y de los elementos más indispensables, pero supliendo con la abnegación y el esfuerzo personal las deficiencias inevitables, sostuvo una campaña durísima, y en Etzatlán tuvieron que luchar muchas horas dentro de una ciénaga, que atravesaron, con el agua a la cintura.

Su teniente Lope de Mendoza fundó la ciudad de San Luis, y el capitán Juan de Oñate fundó, en diciembre de 1530, una ciudad, a la que dió el nombre de Guadalajara, para halagar a Guzmán, que era natural de la ciudad española de ese nombre, si bien Guzmán, no conforme con su emplazamiento cuando la visitó en 1533, la trasladó a Tonalá, para que alcanzase más rápido y fácil desarrollo, siendo nueve años después definitivamente asentada por el virrey Antonio de Mendoza en el valle de Atemaxac.

El año 1535 fundó también Guzmán las ciudades de Compostela, San Miguel de Culicán y San Juan de Cinaloa. Entretanto, sus enemigos no dejaban de lanzar contra él acusaciones. Y mientras el virrey Mendoza revisaba la obra realizada por los gobernadores, muchos de los cuales huían reconociéndose culpables, Nuño de Guzmán, tranquilo y sa-



La calle Nuño Beltrán de Guzmán en Guadalajara.

ORO VIEJO

GAZELA

Muchacha: el claro brillo de la luna
es el reflejo de tu linda barba,
y en ese hoyuelo con placer se anidan
los lascivos anhelos y las gracias.

¿Cuándo hará Dios se cumpla mi deseo
de ver a un tiempo al aire desatadas
de tus cabellos las ondosas trenzas
y mi ánimo cobrar su antigua calma?

Para verte mejor, para adorarte,
mi alma a los labios se asomó con ansia;
está suspensa en ellos, de ti sola
pende se vuelva o que del todo salga.

Mi corazón enfermo desfallece;
sépalos aquella que el dolor me causa;
y vosotros, amigos, sed más cautos,
que no son diferentes nuestras almas.

Al pasar los umbrales de mi puerta,
la refulgente túnica levanta;
que está empapado el pavimento en sangre
de víctimas a ti sacrificadas.

De mirar tu mejilla y poner freno
al ardiente deseo, ¿qué se saca?
¿No vale más que nadie ante tus ojos
se jacte, osado, de virtud tan rara?

Mi fortuna dormida quizá el sueño
arrojará de sí, porque bañada
se verá de la luz que tus brillantes
ojos en torno sin cesar derraman.

Algunas flores de tus siempre frescas
mejillas haz que el céfiro nos traiga;
así podremos aspirar la esencia
que ese tu encantador vergel exhala...

Este es de *Hafiz* el anhelante voto;
óyelo y di que sí, mi dulce amada;
que a mí me toque en suerte aquel almíbar
que tu labio destila y amor labra.

MOHAMED SHEMS-EDDIN, EL HAFIZ.

(Siglo XIV.)

tisfecho por haber prestado a su patria grandes servicios, que compensaban con creces sus posibles yerros, permanecía en el gobierno de las tierras por él conquistadas, de cuyo cargo fué destituido, acusándosele de supuestos abusos de poder e inmoralidades, que no llegaron nunca a demostrarse. Pero fué detenido y hecho prisionero; se nombró para residenciarle un juez especial, que en enero de 1537 le encerró en las Atarazanas de Méjico, y después de unos años de prisión, fué reclamado por el Consejo de Indias y traído a España, custodiado como un delincuente, y preso después, hasta que el Consejo le ordenó retirarse a Torrejón de Velasco, en espera de la resolución del proceso, que no pudo conocer, pues antes de que aquél terminara le sorprendió la muerte el año 1544.

Tal fué el triste fin de este hombre tan cruelmente tratado por sus contemporáneos, y en quien se cebó la ingratitud, oscureciendo su memoria, como la de tantas otras víctimas de la leyenda negra, contra la cual, para honor de España, han sido voces hispanoamericanas las primeras en levantarse.

Al instituirse la Fiesta de la Raza, el entonces director del Instituto de la vecina ciudad de Guadalajara, D. Salvador Prado Sáiz, que era concejal de aquel ayuntamiento, logró que se acordase dar el nombre de Nuño de Guzmán a una calle, bien modesta por cierto, que ya lo lleva hace unos años, y posteriormente se ha intentado en la Prensa local reivindicar la memoria de Guzmán estableciendo a la vez lazos de amistad y armonía con la capital del Estado mejicano de Jalisco, donde es más conocido y respetado que en España el nombre de este español benemérito maltratado y oscurecido, a quien no se ha rendido aún en nuestro país otro homenaje que el de ofrendar a su memoria la modesta calle que en Guadalajara lleva su nombre.



FELI QUIERE PERDERSE

Por LUIS SANTULLANO

A P. Moulane Michelena

Feli—tan niña—se empinó sobre sus cinco años recién cumplidos y siguió con ojos desolados a las que ya corrían en desbandada calle arriba, sus compañeras de juego. De la plaza cercana, en lo alto de la pendiente, venía una invitación de fiesta con alegres ruidos desusados. Feli—tan niña—siguió con la mirada a las que desaparecían, todas mayores que ella; se pasó las manecitas por la cara, librándola del flequillo rizado para ver mejor, y luego, sin saber lo que hacía, atraída por el bullicio, dió unos pasos indecisos, después otros y otros... una carrerilla nerviosa... Ya Feli está en la plaza del barrio, llena de curiosos y pazguatos en aquella mañana de primavera, dorada de sol.

Mientras, a la puerta de la casa de vecindad, la proxeneta vieja y retirada, mira a la niña que se aleja, y ella abandona a los dioses, buenos y malos, como los hombres. “¡Bah!—se dice entre dientes la anciana—. El Angel de la Guarda la cuidará.” Y al pensar esto, su larga y encontrada experiencia masculla una interrogación fatalista.

Feli avanza deslumbrada, toda ojos, en la plaza excitada de colores y ruidos... Pasa el batallón de infantes, con el arrebatado gozoso de sus trompetas y atambores, y el movimiento ritmado de la columna: brazos y piernas en cuádruple fila que avanzan a compás. Feli se extasia con los soldados, y sus pies de cáscara de nuez van arrastrados como hojas por el aire marcial.

Desde lejos, la ansiedad materna ampara a Feli en aquellos minutos de peligro, cuando la banda de chicos atropelladores corre al flanco de los cornetas, embobados por éstos y por la jactancia de los gastadores. Inclineda sobre el bastidor, cerca de la ventana, la hábil bordadora remata presurosa el encargo de urgencia que allí mismo, a su lado, aguarda la norteamericana hispanófila y caprichosa.

—Una hora, no más de una hora, puedo dar a usted. He de detenerme en Toledo y a la noche alcanzar en el mismo “auto” el tren de Córdoba, para ver la Mezquita y fotografiar al Guerra, el gran toreador. Mañana a la noche embarco en Algeciras... Una hora, no más de una hora; pero he de llevarme el bordado. ¡Yes!

Los dedos finos de la bordadora, seguros, ágiles, no cesan de acariciar el tenso cuadrilátero de batista. Las manos se mueven allí laboriosas; pero el alma revolotea en la habitación y sale impaciente a la calle por la ventana abierta.

—¡Abuela, abuela!... ¿Y Feli, dónde está Feli, que no la siento?...

(A las madres entrañables no les basta con ver y oír, han de sentir la presencia de los hijos en la misma corriente encendida de su sangre.)

De la acera sube la respuesta, indiferente y cascada:

—¡Vaya, mujer! Siempre igual con tu cría. Se ha ido detrás de las otras niñas... Ya vuelven.

Así ocurría, de cierto. Las niñas van regresando de la plaza de dos en dos. Feli—tan chiquitita—sigue por allá...

La vieja arrugada, como lo advierte, hace señas, en confidencia, a las chicas mayores, que ya corren nuevamente calle arriba, y al llegar a la plaza se aturden en zigzag, embargadas por la emoción.

—¡Feli! ¡Feli!... ¡Felicidad!

La palabra—Felicidad—agitase emocionada en el aire y ayuda al muchacho ante el espejo, en la casa próxima, a dar gracia al nudo de la corbata nueva para la novia primeriza.

No oye la chiquitina extraviada a las que la buscan. Su carita en sonrisa admira la

carroza del embajador flamante que va a Palacio, llevada por seis caballos de ébano, las charoladas riendas en manos de un cochero recamado de oros.

—¡Feli! ¡Feli!... ¡Felicidad!

La niña sigue ausente. En la iglesia vecina entra el cortejo de la boda de rumbo, toda blanca la que llega a casarse, blanca y desbordada en la cola de encajes livianos. Dos ángeles menudos recogen la espuma caudal en las manos inseguras. Feli se ciega en sus alitas, que oscilan, mientras de la iglesia alfombrada y abierta sale la música del órgano, después de enredarse en las arañas chispeantes del altar mayor.

—¡Feli! ¡Feli!... ¡Felicidad!

El enfermo de la buhardilla esponja en la llamada su dolor sin alivio, para dejar luego caída su esperanza en la almohada de huella profunda.

—¡Feli! ¡Feli!... ¡Felicidad!

La plaza orienta su curiosidad hacia el desfile extraordinario de la cabalgata circense, en anuncio que mira a la taquilla. La niña perdida está ahora en el bosque de los ensueños, viendo los clones enharinados, los trapezistas relucientes de lentejuelas, el dromedario adornado de flecos y cintas, la mole espantable del elefante y su castillete de plata, sobre el cual un diablillo rojo hace piruetas cascabeleras.

—¡Feli! ¡Feli!... ¡Felicidad!

El matrimonio desavenido oye la palabra desde el balcón más alto, con alzar de hombros, que sacuden el desengaño definitivo, mientras la imaginación de la que borda, allá en el cuarto humilde, recuerda días enamorados, antes de que él la abandonara.

—¡Abuela! ¡Abuela! ¿No viene la niña?...

La norteamericana corremundos deja caer la primera complacencia desde sus impertinentes severos, pues ya las agudas tijeras—trís, trís, trís, trís—van cortando los hilos sutiles que aprisionan el fino bordado en el bastidor. Pero la bella artesana no la atiende, porque su ansiedad la tiene ya en la ventana, y sus ojos sorben la calle y se apoderan de cuanto se mueve en la acera y en la calzada hasta la plaza confusa, donde sigue la llamada en angustia:

—¡Feli! ¡Feli!

Y casi seguidamente, un grito jubiloso y unánime:

—¡Allí está!

La niña, allí cerca, miraba un escaparate de bazar, cuyos muñecos y muñecas la invitaban con sus brazos abiertos y multicolores:

—¡Ese, ese muñeco es el que me gusta a mí!

Así acogió Feli a las que se desbordaban sobre ella. Y señaló con su manecita un “pierrot” espigado, de gesto atrevido.

Minutos después, la niña se ovillaba en el regazo de la madre, que la apretaba contra el seno, como si le naciera otra vez:

—¡Hija mía! ¡Hija mía! ¿Dónde has ido?... ¡Y sola, sola!... ¡Mi vida! ¿Dónde has estado?... ¡Amor mío! ¡Amor mío!... Hubieras podido perderte. ¡Virgen Santa! No quiero pensarlo... ¡Perderte! ¿Sabes? Perderte. ¡Mi niña perdida!... Perdida... ¿Lo oyes, lo oyes, hija mía?

—Sí, mamita, sí.

—¿Y qué dices? ¿Qué me dices? ¿Te gustaría perderte... lejos de mí..., perdida?

Feli no contesta, porque su pensamiento de cinco años es mariposa deslumbrada que vuela hacia la plaza, donde bailan danza loca y deliciosa las carrozas y los infantes, la novia de blanco, los clones enharinados del circo, las muñecas tocadas de sedas, la música y las luces de la iglesia, el “pierrot” del bazar, el diablillo saltarín y cascabelero sobre el elefante grandón...

La niña mira a su madre, que insiste y, como respondiéndose a sí misma, dice con voz firme:

—Sí, mamáita, sí... Quiero perderme, perderme...

La bordadora abre los ojos en espanto. La vieja proxeneta hunde el rostro en el cuenco de sus manos engarbatadas.

ILUSTRACIONES DE MIGUEL GOMEZ





Han llegado a nuestra Redacción unas gacetas y unos retratos de Katharine Hepburn. Este suceso, en otras circunstancias, no tendría nada de particular. Pero refiriéndose a esta nueva figura del cinema, poco vulgarizada aún por los correspondientes departamentos de publicidad, acogemos estos impresos con algún afecto y vamos a utilizarlos para contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, a la exaltación de la joven estrella.

De corta aún, pero intensa vida en la pantalla, el prometedor temperamento dramático de Katharine Hepburn merece con toda seguridad este homenaje divulgador que le ofrecemos.

Nació la actriz en Hartford, Estados Unidos, y fué educada por sus padres en un ambiente amplio y moderno de libertades. Su afición a la escena creció con ella de una manera autónoma. Y de una de las escuelas dramáticas en las que cultivó sus aptitudes pasó directamente al tablado escénico.

Después... Bueno. Después sufrió miss Hepburn ese calamitoso viacrucis que suelen padecer la mayor parte de los grandes actores en sus comienzos. Su peculiar temperamento chocaba briosamente con los mandatos de sus directores. Y no fué posible que saliera adelante en esta primera etapa de su vida teatral. Pero no decayó nunca su entusiasmo. Contratada más tarde para trabajar en Europa, fué huésped gentil de nuestro viejo Continente, y conoció aquí otra odisea de penalidades escénicas en la brumosa Inglaterra.

Al regresar a América, con un voluminoso equipaje bien repleto de desalientos, volvió a chocar el vigoroso carácter de la actriz con la autoridad de sus "régisseurs" escénicos. Hasta que logró debutar en un teatro del Broadway, incorporando el principal papel de una obra.

Allí... lo de siempre, o lo de casi siempre: un famoso productor de films quedó subyugado por el trabajo de miss Hepburn.

El resto ya lo conocen ustedes. Aquella impetuosidad nunca vencida de la actriz se proyectó en la pantalla en toda su desnudez admirable.

Apenas lleva rodados tres o cuatro films. El último, y aún de reciente éxito en Madrid, *Las cuatro hermanitas*—ya juzgado elogiosamente por nuestro Control—nos dijo, en efecto, toda la estupenda personalidad de Katharine Hepburn.

Añade la gaceta que comentamos que la vida de la estrella es "ejemplar, normalísima y equilibrada". No bebe, no trasnocha. Practica el deporte—es campeona de "golf"—. ¡Ah!... Y que nada se sabe de su vida amorosa. Miss Hepburn es una esfinge para esas íntimas peculiaridades. Hace bien.

Aquí tienen ustedes, aficionados a estos pormenores biográficos, los datos más esenciales para la ficha de una nueva estrella, que ha de llegar muy lejos.

" D E S L I C E S "



He aquí una película que el lunes nos ha presentado el cine Capitol, en la cual, una vez más, se nos revela la gentil Norma Shearer con toda la gracia de sus extraordinarias dotes de actriz genial. El público madrileño tendrá ocasión de admirar nuevamente a la feliz intérprete de "Las Vírgenes de Wimpole Street", de reciente estreno en Madrid.

"Deslices", película que se desarrolla en las poéticas tierras de Florida, nos muestra ese momento indeciso de toda mujer cuando ante sí se le presenta el dilema de varias rutas a seguir en el ca-

mino de su vida. Norma Shearer, con un tacto sorprendente y un talento admirable, interpreta con fina maestría su magistral papel de protagonista, reproduciendo el instante de vacilación que hay en toda mujer, desnudando este momento y poniendo al desnudo el alma verdadera de ésta.

El cinema en colores "trae" mala suerte

En Hollywood ha sufrido un colapso la realización de la película en colores *Becky Sharp*. Este suceso, que no sería nada extraño en otra ocasión, se ha producido de la siguiente forma. Murió Lowell Sherman, ex actor y director, cuando apenas había empezado a trabajar en la realización de aquel film en colores. Poco después de este desgraciado suceso, que priva al cinema americano de uno de sus veteranos y prestigiosos nombres, enfermó gravemente de una pulmonía Miriam Hoptkins, estrella del mismo "maléfico" film. Ya restablecida la gentil actriz y dispuesta a continuar el rodaje de la obra a las órdenes de Rouben Mamoulian, es este gran "régisseur" el que enferma de un agudo proceso reumático. Sigue, por consiguiente, aplazada la impresión de *Becky Sharp* hasta que se reponga el director. No sabemos después a quién le tocará padecer



CONTROL

CINEMATOGRAFICO

- "ALTO" Deténgase usted y lea: la película merece la pena.
- ⊕ "CUIDADO" Un film con determinadas debilidades artísticas.
- "SIGA" Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

○ *La cena de los acusados*.—Otra película de Van Dyke fuera de la órbita que ha cultivado con preferencia el gran director. Nunca como en este film policíaco hemos sentido el agobio de perseguir a través de sus imágenes el desarrollo de una trama complicada y rápida en exceso. Uno sale diciendo: "Vaya, hombre, ¿conque era Fulano? Pero entonces..." En fin, un lío. La fotografía abusa un poco de los tonos oscuros en determinadas ocasiones. Estupenda la interpretación por parte de ese magnífico actor que es William Powell. Myrna Loy mejora también pesadas actuaciones. La película es buena, a pesar del intrincado jaleo policíaco en que nos sumerge.

○ *La maternal*.—Película de delicadísimos matices, por dondequiera que se la mire. Benoit Levy y Marie Epstein han llevado al celuloide,

K A T J A L O V A



una de las estrellas del cinema germánico.

con una precisión, un conocimiento técnico y una ternura sin par, este poema lleno de inolvidables calidades estéticas. Es muy posible que el film, desgraciadamente, no llegue a esa popularidad comercial que es la que más se cotiza; pero siempre será una película trascendental para el verdadero amante del buen cinema. Madeleine Renaud, la excelente actriz, patrocina con su nombre prestigioso este magnífico film.

⊕ *Federica*.—Un nuevo golpe a la consabida opereta centro-europea. Música de Lehar, hilvanada en un episodio de la vida de Goethe. La película no es gran cosa como cinema. Adolece de cierta pesadez y de algunos visibles tropiezos interpretativos. Buena fotografía al servicio de algunos paisajes muy bellos. Mady Christians, Hans Heinz-Bollman y Paul Horbiger son sus intérpretes principales. Un film regular, en suma, para el que no faltará ese público incondicional de las películas musicales de este tipo.

○ *Broadway por dentro*.—Creímos encontrarnos ante una película exclusivamente coreográfica y de "music-hall". Y, en efecto, vimos coreografía, y de la mejor, aunque hábilmente mezclada con un argumento rápido e intenso. La dosificación de estos dos matices está tan exactamente equilibrada, que el film resulta inmejorable. Arquitectura y luminosidad muy buenas. Bailarines, músicos y cantantes, todos dentro de la perfección definitiva a que ha llegado California en este tipo de películas. Constance Cummings y Paul Kelly, admirables en sus interpretaciones. A Russ Colombo, popular director de orquestas de baile, se le nota ese encogimiento inevitable del novato que se pone por primera vez ante la cámara.



SHEARER

EN DESLICES

GRAN EXITO en el
CAPITOL

● *El beso de la muerte*.—Una película policíaca más, fuera ya por completo de todo sentido común. Del sentido común que se le puede pedir a esta clase de películas, claro. Lamentamos el percance.

○ *Los miserables*.—La segunda jornada de este gran film francés sigue con los mejores merecimientos para nuestro gusto. Nos ratificamos, pues, en el pequeño comentario que ofrecimos al primer episodio y hacemos constar nuevamente nuestro aplauso. No se puede seguir con mayor decoro artístico ni con mejor sentido cinematográfico puro una novela como ésta, de tan enorme volumen material y de espíritu.

○ *Mandalay*.—Excelente film de Michael Curtiz, el veterano realizador yanqui. Un argumento exótico y circunstancial, pero no carente de cierto sentido lógico y humano, da un buen motivo de cimiento para la cámara. La belleza singular de Kay Francis—cada vez en un aumento de maravilla—le presta un admirable encanto a la película. Ricardo Cortez y Lyle Talbot acompañan decorosamente a la estrella en el reparto.

Noticias cinematográficas

Otra película de King Vidor.

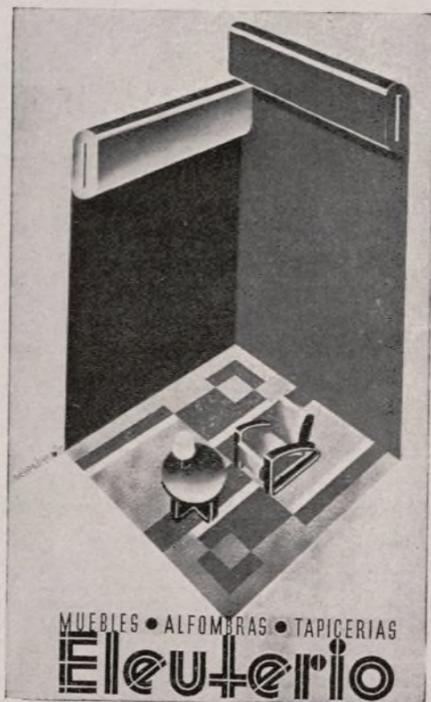
King Vidor ha terminado su última obra, *Noche de bodas*, film realizado a base de la estrella Ana Sten, acompañada en el reparto por Gary Cooper y Ralph Bellamy. Todavía trabaja el gran "mètreur" en el estudio, sobre algunos cortes y escenas suplementarias de la película.

Lilian Harvey regresa.

Ha regresado a Berlín, después de una ausencia de casi dos años, Lilian Harvey. Piensa la estrella europea descansar una temporada en Alemania y trasladarse después a Londres, donde tiene pendientes algunas realizaciones cinegráficas para la British International Pictures.

Pola Negri "vuelve".

Las dificultades "raciales" que habían surgido en Alemania, dificultando el trabajo profesional de Pola Negri, parece que ya han sido resueltas favorablemente para la veterana estrella. Ha recibido ya la necesaria autorización para reanudar su trabajo en el film *Mazurka*, que dirige el gran prestigio de Willy Forts.



MUEBLES • ALFOMBRAS • TAPICERIAS
Eleuterio

FUENCARRAL, 14
APARTADO 12318

TEATRO

Por ALFREDO MUÑIZ



ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—¡Inaudito, amigo mío! ¡Inaudito!

—Inaudito, ¿qué?

—La cantidad de literatura dramática que se produce en España. Acabo de hacer una estadística de las obras estrenadas en Madrid durante los últimos ocho días y, francamente, es algo que rebasa las suposiciones más disparatadas. ¡Inconcebible! Pero, ¿cómo podrán escribirse tantas comedias?

—¿Tantas han sido?...

—¡Tantas!... ¿Usted sabe matemáticas?

—Tengo alguna noción.

—Pues vaya contando..., y procure no equivocarse. Muñoz Seca: "El asesinato de Vera Wagner", comedia original de dos autores extranjeros, cuyos nombres no hay manera de pronunciar en castellano, traducida por Tomás Borrás y representada por la Compañía que acaudilla el melancólico actor Antonio Vico.

—Y va una.

—"Tú y yo, solos", comedia íntegramente original del voluminoso autor D. Luis Manzano, incorporada, en las tablas del Benavente, por la acreditada Compañía Milagros Leal-Salvador Soler-Mari-José Isbert, etc., etc., antes de la escisión.

—Y van dos.

—"Mañana me mato", intento de suicidio escénico, debido a la docta pluma del distinguido escritor de obras teatrales D. Pedro Pérez Fernández (español), sin la complicidad esta vez de su homónimo camarada D. Pedro Muñoz Seca (español igualmente), estrenada en Eslava por Díaz Artigas-Collado.

—Y van tres.

—"En España manda el sol"—¡nada más que eso!—, magnífica litografía para cajas de pasas, mazapán de Toledo, chorizos de la Rioja u otro comestible semejante, que recibió el bautismo de luz pública en el retablo de arte del teatro Ideal, entre un constante pugilato de fandanguillos y otros estilos flamencos parecidos, cosa que estuvo a punto de acabar mal, debido a que uno de los contendientes copleros tomaba demasiado en serio las ofensas rimadas que le infería el otro, y que, por fin, acabó bien. Me alegro.

—Y yo también. Y van cuatro.

—"Cualquiera lo sabe", tercera obra de la actual temporada del maestro Benavente, que se escapó de su despacho y fué a meterse en el escenario de la Comedia, por equivocación, claro está.

—Y van cinco.

—"Amparo", nombre de mujer, inspirada en la vida del autor de "Juan José", original de Joaquín Dicenta y José María de Granada, representado, más o menos bien, por María Fer-

ANGELES OTTEIN



randa Ladrón de Guevara (ex esposa de Rafael Rivelles), Rafael Rivelles (ex esposo de María Fernanda Ladrón de Guevara) y demás elementos de las huestes del teatro Fontalba.

—Y van seis.

—"Para mal, el mío", lamentación, en tres actos, de los ilustres académicos de la Lengua, Sres. Alvarez Quintero, llegada a Lara con el tiempo justo de oír los últimos compases de la marcha fúnebre con que se despidió de sus intérpretes "Estudiantina", sin poder lucir sus habilidades musicales durante los Carnavales.

—¡Y van siete!... ¡Y me planto, amigo! ¡Que ya está bien!...

—Sí, para ocho días ya está bien. Además, con siete debe uno de plantarse siempre.

—Pues... ¡plantado!

—Noticias de Valencia.

—¿Qué pasa en Valencia?

—Mora-Espantaleón-Barroso, el terceto de excelentes artistas, se despidió del teatro Principal.

—Pues, ya era hora, porque han estado en Valencia una temporada.

—Cinco meses, a teatro lleno.

—¿Y por qué se van?

—Tienen que cumplir otros compromisos en Alicante y en Barcelona... Pero, no se apure usted, que en junio volverán.

—Y los del Ruzafa, ¿qué tal marchan?

—Bien. Amparito Martí y Paco Pierrá se defienden siempre bien en Valencia. ¡Lástima que en Madrid no les ocurriera lo mismo! Aquella temporada del María Isabel fué catastrófica...

—¡Por Dios, no me la nombre!

—Celia Gámez, la "vedette" del lunar en la mejilla, llegó a Barcelona, al frente de su tropa frívola y debutó en el teatro Nuevo con "El baile del Savoy".

—¡Buena obra! Gustaría mucho, naturalmente...

—¿La Gámez o la obra?

—¡La obra, hombre, la obra!



Una escena de "Amparo", comedia basada en la vida de Joaquín Dicenta, que se estrenó en el teatro Fontalba

—Pues ahí tiene usted lo que son las cosas: no gustó.

—¡Maldición!... Está visto que no se puede hacer arte.

—Celia, que tenía sus ilusiones puestas en esta opereta, se llevó un disgusto enorme; profirió unos gritos deliciosos y sufrió un ataque de nervios.

—¡Pobre Celia Gámez! ¿Y la duró mucho tiempo el disgusto?

—Mucho. Pero, tranquilícese, ya se le va pasando. Según mis noticias, anteayer apuntó la primera sonrisa.

—¡Vaya, hombre, más vale así!

—¿Se arregla ya lo del Benavente?

—No.

—¿Continúa el mar de fondo?

—Continúa.

—¿Se separarán la pareja Leal-Soler Mari y Pepe Isbert?

—Se separarán.

—Y yo que creía...

—Mal creído. Mis noticias son de "la mejor fuente".

—Pues lo siento.

—Y yo.

—Muchas gracias.

—De nada.

—¿Sabe usted que la Leonardo no se marcha ya de Maravillas?

—Sí; sé que a última hora hubo un tira y afloja, en virtud del cual se llegó a una "entente cordiale". "E tuti contenti".

—Más frivolidad: ¿A que no me acierta usted cuánto ha costado el decorado de la nueva revista que se ensaya en Martín?

—¿Cincuenta duros?

—¡Diez mil pesetas!

—Vamos, querido dialogante, rebaje usted unas cuantas pesetas de esa cantidad de pesetas!

—¿Y cómo dicen que se llama eso que están ensayando?

—"Las de armas tomar". ¿Le gusta el título?

—Me encanta. ¡Menudo hallazgo!

PARADOJAS

Manuel Abril, escritor ilustre, Premio Nacional de Literatura, no logra siquiera que las Empresas teatrales escuchen la lectura de sus obras

Lleva estrenadas siete comedias y nadie le conoce como autor dramático

Conocí a Manuel Abril, hace ocho o nueve años, cierta noche en que una pareja de actores excelentes — Carmen Ortega y Manuel París—, ayuntados en noble maridaje artístico, estrenaron una comedia suya en el teatro Calderón. "Se desea un huésped" titulaba Manuel Abril su obra, y era ésta una deliciosa filigrana humorística, en la que el fino ingenio del notable escritor brillaba en luminarias de acierto a lo largo de los tres actos de la pieza, apiadada con fervor auténtico por el público la noche del estreno y celebrada con encendidos y unánimes elogios al siguiente día por la crítica madrileña.

"He aquí un autor inteligente, un escritor ilustre, pensé por aquel entonces, que llega al teatro con un bagaje de decoro literario, con un sentido digno del arte, con una preparación desusada en nuestros ámbitos dramáticos y, consecuentemente, con un legítimo derecho a ocupar un puesto relevante en la vanguardia de nuestros comediógrafos..."

Y estreché entre mis manos—inocentes de juventud—las manos de Manuel Abril con la emoción de quien cree saludar a un auténtico héroe de la literatura dramática.

De entonces acá, repito, han transcurrido ocho o nueve años. Durante este tiempo, Manuel Abril ha estrenado otras obras de tan preclara estirpe literaria, por lo menos, como "Se desea un huésped". Y, sin embargo, si se le pregunta a una persona cualquiera, versada en cuestiones teatrales: "¿Conoce usted a Manuel Abril?", la respuesta, en el caso más afortunado, será, invariablemente, ésta: "Sí: es un crítico de arte."

Y es que Manuel Abril, además de hombre inteligente, de escritor ilustre, de autor dramático excelentísimo, es "una ave rara", un ser extraño en este mundo pícaro de "pelotilla" constante, que va por la vida, por su vida, envuelto en la capa de su talento, con un gesto de desdén consciente, dispuesto siempre para responder al coro estúpido de la banalidad y de la mentecatez. Esto, naturalmente, le aleja de la ola de insensibilidad que invade actualmente el mundo de nuestra escena.

Yo, que siento una decidida simpatía por las "aves raras", he buscado a Manuel Abril para proponerle: "¿Quiere usted que hablemos de teatro?"

—Hablemos de teatro, si usted lo desea—me ha contestado, sin inmutarse.

Y nos hemos enfrascado en la charla siguiente:

—¿A qué cree usted que obedece el estado actual del teatro español?

—El estado actual del teatro en España no es propio y específicamente un estado del teatro, sino un estado social. Ha bajado el nivel medio del aficionado a las artes y del aficionado, en general, a toda cultura humana.

—¿Piensa usted que el motivo del trance de muerte en que se halla la escena española radica en el apogeo de autores carentes en absoluto de decoro artístico?

—No; el teatro no padece porque triunfen autores mediocres e infradignos; en todas partes y siempre triunfan momentáneamente autores de gloria efímera, circunstancia! y deleznable. El teatro padece porque no hay otros gustos y otras obras al lado, además, de las obras de pacotilla.

—Afirman los empresarios y los actores que la comedia dramática no interesa ya al público. ¿Qué me dice usted de esto?

—Sobre eso voy a referirle a usted una anécdota curiosa:

En Barcelona, hace años, anunciaban los carteles el estreno de un drama mío. Una Sociedad de amigos, de algún pueblecito cercano, solía ir en masa a Barcelona a pasar una vez al mes la tarde en el teatro. Eran sesenta o setenta. Acaban de encargar por teléfono al Poliorama las sesenta o setenta butacas para cuatro días más tarde, cuando, diez minutos después, suena el teléfono: "La obra que va el jueves es la obra que estrenan esta noche?... Y es un drama, ¿verdad?... Pues, entonces, no reservar las butacas..." Esto, que, en el caso aquel—se-



senta o setenta amigos en plan de jira jovial—, tenía su disculpa y su justificación, es hoy criterio general de todo el mundo. "A mí no me dé usted cosas tristes cuando vaya al teatro a entretenerme, que ya tengo yo en mi vida bastantes preocupaciones..." Aquí está lo malo. Porque la tal frasecita es algo que no tiene desperdicio. Cualquiera diría que antes, cuando "El Abuelo", y "El místico", y "Juan José", y "Tierra Baja" llenaban y llenaban los teatros, no tenía el público preocupaciones en sus casas y en su vida. Y cualquiera diría, además, que los dramas del arte conmueven por lo que tienen de suceso catastrófico. Jamás se le ocurrió a nadie, en ningún tiempo, decir que habían aumentado las preocupaciones de su vida con la preocupación de haber visto a "Hamlet" abrumado por disgustos de familia, a "Macbeth" con atroz remordimiento, a "Prometeo" encadenado y en tortura, al "Alcalde de Zalamea" con su hogar y su paz cruentamente deshechos.

—¿Considera usted, por tanto, que la repulsa al teatro dramático es un signo de los tiempos que corren? ¿Un perfil espiritual de la actual generación?

—Indudablemente. El griego acudía a la Tragedia para confortarse, tomándola como un tónico, para sentir, por encima de todas las aparentes desgracias de la obra, el sentimiento animador del entusiasmo. Y tiene desde Aristóteles un nombre: la "catharsis", el sentimiento peculiar del espectador de arte, según el cual se purifican las almas ante el espectáculo bello, dramático especialmente. Estaba reservado a esta generación de "cock-tails" por la mañana, "whiskies" por la tarde y por la noche, y ensaladilla a todas horas, sentirse de tal modo preocupada, que no puede existir actualmente ni un solo teatro, como antes el de María Guerrero y Díaz de Mendoza, donde a un público distinguido le imponían, inperterritos, el "Alceste", de Galdós, donde se acometía la empresa de resucitar a un muerto en plena escena.

—¿Quiere usted hablarme de su labor dramática?

—¿Vamos, amigo Muñoz, después de esto a no hablar de mi teatro?... Lo importante es el teatro. Ya hablaremos otro día de lo mío.

—No, admirado Abril, quiero también que me hable de sus obras.

—Pues, tome nota: llevo estrenadas siete comedias, sin que nadie se haya enterado. Salvo una o dos, puede decirse que todas siguen estando en España, y, dentro de España, en Madrid, inéditas por completo muchas de ellas... Poco menos que inéditas, todas.

—¿Por fracaso?

—¡No, señor! No ha sido rechazada ni una sola. De todas puedo enseñar grandes elogios de personas para mí desconocidas. De esa obra a que antes aludía, estrenada en Barcelona, dijo "El Diluvio" que era "un éxito de originalidad y de vigor, verdadera joya del nuevo género teatral". "El Liberal", que era "una buena, una bella, una excelente comedia, de una cálida emoción, de una acendrada ternura." "El Día Gráfico" dijo que la obra "impresiona y atrae, y que, sin huera palabrería, ni postulados filosóficos de baratillo, desenvuelve el autor su propósito elevado." El corresponsal de "La Nación", de Buenos Aires, Sr. Gaya Picón (a quien todavía no tengo el gusto de conocer), dijo de mi obra que "marcaba el camino que debieran seguir todos los que se dedican a escribir comedias". Y Paco Madrid, a quien conocí entonces, terminaba su crítica diciendo: "Estoy convencido de que si Manuel Abril estrena esta obra en París o en Berlín, le proclaman el primer comediógrafo español..." Hace de esto ocho años. Después de esto, un actor, director de compañía, amigo mío de años y a quien yo elogí en la Prensa siempre que me fué posible, no ha querido en lo que va de temporada ni escucharme siquiera una comedia. Le insistí tantas veces en vano, que dejé de ir a verle. Soy un autor, no un mendigo.



PIO "RABOSA"

Breve charla con un personaje de "Azorín"

Por JOSE ALFONSO

En Monóvar hay una clase de lectores de "Azorín": los que pretenden establecer una relación directa entre los personajes creados o evocados por el maestro y los que en este pueblo han sacado o sacan la cédula personal. Cada nueva obra de "Azorín" inspirada en estas tierras brinda a dichos lectores una ocasión para lucir sus atisbos de charadistas de almanaque. Es fácil cortar en las tertulias del casino estos jirones de una charla:

—Ya sé quién es el "caballero anciano" o el "último conservador" de que habla "Azorín" en *Superrealismo*: don David Pérez—exclama uno.

—Y el médico a que alude "Azorín", "certero médico" y amigo de Pi y Margall, no puede ser otro que don *Chusep*—apoya un segundo.

Ocurre a veces que "Azorín" les da la solución ya hecha a esta clase de aficionados nombrando algún personaje tal como se llama en la realidad, no ya con su nombre y apellido, sino con su nombre y apodo, que es lo más frecuente y típico en los pueblos. Tal acontece con el tío Pio *Rabosa*, tomó viviente de la "historia antigua de Monóvar, ya con tapas de pergamino.

El tío Pio *Rabosa* llaman al viejecito más popular del pueblo, y en verdad que por sus apellidos nadie le conocería por esta región. En los pueblos el apodo es el que prevalece de generación en generación con un firme arraigo. De padres a hijos—de mujer a varón, o viceversa—, los apodos caen sobre los lomos de los que han de ser sus titulares con toda su integridad genérica. A un varón se le adjudica un apodo femenino—el tío Pio *Rabosa*, el tío Pepe *la Vieja*—y a una mujer un alias masculino—la tía Rita *Caldo*, la tía Juana *el Molino*—. Indistintamente, haciendo honores a una concordancia vizcaína las más de las veces, los titulares de los apodos constituyen uno de los capítulos más interesantes de la vida del pueblo.

Otra particularidad. Unida al apodo, como el líder al tópico, va la palabra *tío*. Cuando un labrador se casa, enjanea a su nombre este tratamiento. Ya será siempre "el tío Tal o el tío Cual". También se usa como sinónimo la palabra *lonque*. Y se dice "*lonque Mengano*" o "*lonque Zutano*". (Claro que nos referimos a estas comarcas.) Este *lonque*, sin duda alguna, debe provenir, en una visible corrupción, de *l'oncle* (tío) francés. Por lo menos así lo sospechamos nosotros mientras encendemos la mecha de este cohete filológico.

Encontramos al tío *Rabosa* en un bar de la calle de Salamanca. Pio *Rabosa*, o sea Pio *Raposa*. Casi Pio *Volpone*. El ingenio y la destreza mental del tío Pio le hacen acreedor al apodo que ostenta. El tío Pio es un viejecito acartonado que se cansó de mirar el cielo para mirar a la tierra. Su cara, labrada con hondos surcos por la mancha de los años, es aún regada por los diminutos manantiales de sus ojos. El indumento, típico: faja negra, blusa gris, zorongó obscuro y cayada amarilla.

RESTAURANT AMAYA
SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS
VASCAS Ptas. **6**
CUBIERTO SELECTO.
AMAYA C. S. Jerónimo, 7 y 9
Teléfono 13617

—¿Qué hay, tío Pio?—le preguntamos mientras apriamos entre las nuestras sus manos hirsutas.

—Tiempo de rincón—nos contesta desde un ángulo del bar, donde presencia con interés un pugilato de truke.

Y en el local, espesado por el humo de las cajetillas fuertes, charlamos un rato con el tío Pio *Rabosa*, el anciano de más buen humor del pueblo, el que compuso unas comedias (?) tituladas *Crispín y Juanita*, estrenadas con éxito franco en el Teatro Principal de Monóvar, siendo los actores cuatro viejos de una jovialidad tan excelente como la suya. Aleccionados por el tío Pio, que también salió a las tablas, obtuvieron una acogida clamorosa. Las piezas en cuestión no llegaron a escribirse, porque el tío Pio, en un alarde mnemotécnico, "las llevaba todas en la cabeza", e hizo, a fuerza de machacar mucho, que las "llevaran" también su amigos.

—¿Lo que tuve que bregar para ponerlos en el puesto!—nos dice el tío Pio recordándonos aquella glorioso efemérides.

—¿Sabe usted, tío Pio, que "Azorín" le nombra en el último libro que ha publicado?

—No tiene nada de particular. Como uno ha hecho comedias, pues suena uno, y a esa clase de personal le arriban "endicios" de uno.

Nosotros, que castellanizamos la interviú, queremos aproximarnos de una manera literal a la forma de hablar del tío Pio.

—¿Usted, tío Pio, conoce a "Azorín"?

—¿Al hijo de don Isidro? Sí, de ojo. Por cierto que no pude abajar la última vez que estubo en el pueblo, cuando dió los dos "conciertos" en el teatro.

(El tío Pio alude a las dos conferencias pronunciadas por "Azorín" en el Teatro Principal de Monóvar.)

El tío Pio, al ver que trazamos algunas notas en un bloc, se interrumpe alarmado.

—¿Pero que va a poner esto en los papeles?

—No se apure. Esto nada tiene que ver con lo que hablamos.

—¿Ah, bueno! Es que uno, ¿sabe?, ya no está bien que rebaile en estas cosas. La edad...

—¿Cuántos años tiene?

—A punto de engullirme los ochenta. Ya tengo los ocho caballones del bancal y le veo a éste la punta.

Sin querer, al tío Pio se le ha escapado una imagen de un vanguardismo rabioso.

—¿Y está usted templado?

—Más que cuando tenía veinte años. Y más contento.

—¿Por qué?

—Porque antes trabajaba en la tierra, y ahora, desde que faltó mi mujer, que no he hecho un brote de faena. Como uno tiene algunos posibles y estoy limpio de familia, quiero que me pase la de aquel que con el último céntimo pagó la última boqueada. Y el que venga detrás, que cierre la puerta y que pase el palote.

—¿Que su mujer le hacía trabajar?

—No; pero era un cargo de conciencia verla trabajar a ella sola, y había que ir al semejante. Mordía el trabajo. No parecía de estas vidas.

El tío Pio se alarma de nuevo al ver que extraemos del bolsillo otra vez el bloc.

—Usted es capaz—nos reconviene—de meter a uno en los papeles y que se ría de uno el gentío ése de la capital.

—No pase cuidado. Además, ¿qué de particular tiene que se rían de las cosas de un hombre que siempre ha tenido buen humor?

—También es verdad.

Y tras de una pausa:

—¿Qué cosa desearía antes de morir, tío Pio?

—Nada, porque tengo completo mi camino hasta el camposanto. Me he hecho el ánimo de comer, dormir y pasear como un escribano, hasta que me tire la garra *Coriste* (Sepulturero de Monóvar.)

—Me ha dicho usted antes que conocía de vista a "Azorín".

—Sí, pero no lo he tratado nunca. Ahora, que agradezco mucho el que me haya tenido en memoria. Porque ese hombre dicen que es una gloria del pueblo. Ha navegado mucho en los papeles.

—Bueno, pues en honor a él (porque esto que usted está diciendo va salir en los papeles), quiero que me diga usted algo en castellano para "Azorín". Don José lo leerá y celebrará el buen humor de sus "ocho caballones".

—Pues allá va, y escriba, aunque me haya usted engañado.

Sacamos el lápiz, y el tío Pio nos dicta:

Señor don José, "Azorín":
Del acuerdo con que usted
me ha tenido en la memoria,
le saluda desde aquí
su paisano Pio Rabosa.

—Y pone usted ese letrero—nos encarece el tío Pio—de modo que "pare bien".

Para una interpretación lírica de Valencia

LAS CIEN TORRES

Por JOSE OMBUENA

La ciudad de los cien campanarios, dijo Hugo de la bienquerida de Rodrigo el de Vivar, y, en realidad, eso es Valencia: la ciudad de los cien anhelos hechos piedra y enhiestas hacia cenits remotos y esplendorosos.

Cien torres que, cuando la ciudad despereza sus blancas luminosas, prorrumpen en un campaneó de alba que nadie lo sabe, pero es salutación alegre a los que pasaron la noche en gozoso idilio.

Cien campanas a una llorando una misma pena o diciéndose una misma alegría. Cien pararrayos punzando el azul de la tarde hasta hacerle llorar llanto de estrellas. Cien veletas dictándole caminos al venticello marinero. Cien lenguas de bronce martilleándonos el cerebro con la idea dolorosa y nostálgica del tiempo que se nos desliza de entre las manos y nunca ya podremos alcanzar. Cien gritos de piedra henchidos de anhelos y ambiciones lanzados al espacio entre el júbilo de gallardetes que pone la ropa tendida en las azoteas y el incienso de millares de chimeneas que dejan escapar un vaho de intimidades y, por entre ellos, cien bandos de palomos y gorriones jugando al escondite.

Las cien torres juegan al corro en un ruedo inmenso, dejando al centro la pareja enamorada y señera: Santa Catalina, femenina y coqueta, mimosa y delicada, vestida de encajes y adornada con arracadas barrocas, y el Miguelete, recio y seco, buen mozo, que la dice confidencias y la manda besos por mediación de las brisas olorosas a flores nuevas y a capullos entreabiertos.

Cuando la noche se asoma, convirtiendo en sombras sobre el añil lo que fueron explosiones de luz en el azul, cien murciélagos, poseídos de toda la trascendencia solemne de su especie revestida de valores casi totémicos en Valencia, ensayan unos círculos ciegos y matemáticos en torno a las cien torres, que no saben de lechuzas ni aves de mal agüero.

San Nicolás, San Bartolomé, Santos Juanes, Santo Domingo, el Carmen... Así hasta cien, que dijera Hugo.

Cien sombras en la noche. Cien veletas que, señalando a todos los puntos de la rosa de los vientos, hablan del destino universal y viajero de un pueblo.

Y en tanto, Santa Catalina, acicalada y compuesta, y el Miguelete, bien plantado, continúan a la luna de Valencia, tan mal traída como peor llevada, sus amores, dignos de ser celebrados por romancillos que cantaran coros de niños en un valenciano dulce, ingenuo y un poco antiguo.

E L P E R R O

Somos dos en mi cuarto: mi perro y yo. Fuera, ruge una deshecha tempestad. El perro está sentado delante de mí y me mira obstinadamente a los ojos.

Y yo también le miro.

Parece que me quiere decir algo; pero nada dice. El mismo no se entiende; pero le comprendo yo.

Comprendo que, en este instante, en él y en mí vive el mismo sentimiento, y que en eso no existe diferencia alguna entre los dos. Somos idénticos: en cada uno de nosotros oscila la idéntica y trémula llamita. Vendrá la muerte y nos herirá con el aire de sus grandes y frías alas.

No, no son un animal y un hombre los que cruzan sus miradas; son dos perros de ojos iguales, que se fijan uno en otro.

Y en cada uno de ellos, en el perro como en el hombre, la misma vida se apoya, aterrorizada, contra la otra.

IVÁN TURGUENIEFF.

COPPELIA - PERFUMERIA Y BISUTERIA
Manuel Valderrama - Barquillo, 12 - Teléfono 12321



trágico fin de la araña soberbia

CUENTO

Por BENJAMIN NUÑEZ BRAVO

I

Las hadas que presidieron su nacimiento asignaron a nuestra araña las más altas empresas a que araña alguna haya podido aspirar. Y como ella intuía su destino, su juventud transcurrió en un puro y continuo adiestramiento.

Fortaleció sus patas, de articulaciones múltiples, en nerviosas flexiones, para que nunca las trabase el entumecimiento que trae el ocio. Su cuerpo, colgado del hilo sutil y fuerte en cuya confección se perfeccionaba cada vez, lo balanceaba en el vacío todos los días hasta la hora del crepúsculo, que es cuando las demás arañas hacen su artera cacería de insectos.

Ella había colgado su hilo de la roca más pelada y más alta de cuantas custodiaban el célebre desfiladero del Diablo, aquella lesión de la tierra, donde los peñascos presentaban las bárbaras desolladuras que les produjera su roce alborotado con el tiempo y sus inclemencias. Y, suspendido del hilo, todas las mañanas hacía su gimnasia sobre el abismo en el aire que la noche había dejado húmedo y fresco.

Sus peripecias aéreas no envidiaban a los "raids" de sus hermanas las licósidas y tomísidas, que en el otoño lanzan al aire una cabellera de hilos y se dejan arrastrar por el viento hasta que encuentran donde invernar. Ella, válida de su hilo, que le daba un cierto carácter de nauta cautivo, había saboreado todas las modalidades del vértigo. Sus ocho ojos miopes habían visto de cerca todos los peligros, y el disparate no tenía para ella ningún rincón inédito.

A medida que fué creciendo, su seriedad la fué capacitando para las altas empresas a que estaba llamada. Al hilo ineficaz substituyó la tela práctica, taimada y robusta, que siempre amanecía cargada de las irisaciones que el rocío le colgaba a secar. Y en aquella tela, hecha del hilo más fuerte que jamás haya producido araña alguna, caían los insectos más variados y temibles.

Primero fueron endebles vilanos los que, cabalgando en el aire caliente de septiembre, fueron a enredar en la tela su poquedad miriápoda. Más tarde fueron insectos ligeros, pequeñas mariposas, mosquitos y moscas, los que cayeron en la trampa sutil. Pero ella era una araña deportiva y generosa, y sus hazañas tenían ese tinte. Así, prescindiendo, a medida que sus fuerzas se lo permitían, de animales endebles, declaró la guerra a los insectos más temibles, a los de más robusta complexión y a los de veneno más activo y concentrado.

¡Si hubiese tenido por aquellos contornos a la mosca "tsé-tsé", hubiera visto en qué paraba todo su trágico prestigio!

Los insectos llegaban a la tela de nuestra araña atraídos por la belleza de sus irisaciones. Caían, conmoviendo todo el tejido, y la araña esperaba. El furor ponía en el aleteo del insecto sonoridades apocalípticas. Y la araña esperaba. Se agitaba el insecto en convulsiones de rabia y miedo, trepidaba su cuerpo y se agitaba la tela. Y la ara-

ña esperaba. Esperaba a que, después de todos los cambios de velocidades, el motor del insecto se parase. Entonces la araña soberbia, de un salto prodigioso, mil veces ensayado en las rocas peladas, caía sobre el insecto, añadiendo al veneno de su sangre fatigada una gota de su veneno propio, que ella sabía inocular con la habilidad que pudiera poner en el empeño el más diestro practicante.

Nuestra araña no tenía aquel veneno fulminante de ciertas hermanas suyas de las estepas, que matan a las reses con su mordedura. No llegaba siquiera a tenerlo tan peligroso como el alacrán; pero su fuerza era pasmosa, y su red, de una solidez que los telares de las arañas no conseguirán nunca igualar.

II

La obsesión de nuestra araña era el perfeccionamiento de su tela. Estudiaba los secretos de fabricación de todos sus antepasados, y, poco a poco, su tela conseguía unas propiedades que jamás, hasta entonces, se dieron en el ejercicio del difícil arte de fabricar telas de araña.

A medida que la perfección se iba rindiendo a sus intentos de alcanzarla, los hilos eran más largos y más recios, el tejido era más tupido, y el tamaño, más desmesurado.

Al mismo tiempo, los sueños de la araña crecían, su ambición se ensanchaba y no conocía más límites que aquellos que le marcaban las rocas milenarias que aprisionaban el desfiladero.

Un día cazó un pajarillo en su red, y la araña estrenó júbilo nuevo aquel día. La prueba había sido ruda, y de ella salió victoriosa; pero esto no agotó su ambición, sino que, al contrario, la arraigaba y consolidaba, dándole nuevos bríos para mayores atrevimientos.

Aún perfeccionó más su tejido, fortaleció más sus hilos y soñó mayores empresas. Quiso ser capaz de todo: de aprisionar en su red cuanto volase, desde el mosquito ínfimo hasta el águila soberbia, que tenía su nido en la roca más hostil, en la roca que quería horadar el cielo.

Concibió sueños faraónicos, y puso toda su ingeniería industrial, toda su habilidad en el arte textil al servicio de la gran tarea de realizarlos. Pajarillos y palomas habían quedado ya aprisionados en la formidable red, y era preciso que nadie, ni ave ni insecto, ni pequeño ni grande, cruzase el desfiladero sin contar con la araña soberbia, como para cruzar por Gibraltar hay que contar con los ingleses.

Había aún en el mundo un águila a la que sojuzgar, y había algo que constituía el sueño dorado y monstruoso de toda su vida de araña.

III

Con el viento, que alisaba y pulía las altas rocas, solía cruzar el desfiladero la avalancha trepidante de un trimotor. Una línea regular—tirando a mala, al decir de la clientela—lanzaba cada día su avión a cruzar los dominios de la araña soberbia, y ésta pensó, como culminación de todas sus ambiciones, como coronación de toda su vida excepcional de pirata y soberano del desfiladero, en imponer su ley a la aeronave.

Durante varios días ejecutó con fe y alegría su trabajo de tender el armazón de la red, un potente bastidor de hilos tenaces. De la noche a la mañana, con el fruto de toda su sapiencia y con la seguridad que le daba su largo adiestramiento, cerró el paso del desfiladero. A través de la tupida valla sólo el viento podía pasar, y eso bramando, escurriéndose difícilmente, lastimado, trefilado, en hilillos.

Y aquella mañana, más convulso que nunca, llegó el trimotor patinando sobre el aire y haciéndolo tajaditas con sus hélices juguetonas, que bailaban la danza de la impaciencia y la prisa.

La araña, más soberbia que nunca, más desafiante que nunca, se agazapó con ansiedad y sin miedo.

—¡Oh!—pensaba—. Tendré un trimotor para mí. ¡Ninguna araña podrá nunca superar mi gloria ni igualarla con una gesta semejante! ¡Sólo yo, entre todas, me habré redimido para siempre de cazar insectos, y podré cazar aviones.

Y el avión avanzaba, ronco ya de gritar por todo el camino, cortando el aire en tajaditas con sus hélices afiladas y juguetonas. Su tamaño se agigantaba, y el sol arrancaba de su traza metálica los destellos más agresivos. El aire se movía en su torno por el batir de sus hélices febriles y por el suave balanceo de sus alas.

La araña aguardó un momento. Su corazón presentía lo que sus ojos miopes no alcanzaban a ver.

Pero el corazón de la araña soberbia la engañó. Ella no sabía que Salomón había dicho: "Porque te ensoberbeciste, caíste." Ella no sabía más que hacer telas.

Tras el breve torbellino de su cola, el trimotor arrastró todo el tejido tan trabajosamente preparado.

Los hilos maestros, el bastidor de la tela, arrastró en su caída al fondo del barranco las piedras y arbustos en que estaban sujetos.

Sólo quedó incólume la araña; pero ya no merecía la pena de vivir.

En lo más profundo del desfiladero, las rocas tenían unas puntas hirientes. Parecían una gigantesca dentadura para reirse del vencido y desgarrarle en su caída.

Con todos sus sueños de grandeza destrozados y arrastrados por el lodo del ridículo, la araña soberbia se dejó caer sobre la dentadura que le ofrecía el abismo.



LAS LETRAS Y SU MUNDO

Por MIGUEL PÉREZ FERRERO

Recuperemos a Villamediana

Este año, que las letras españolas parecen propicias a conmemorar a Lope de Vega de modo más eficaz y consciente que hicieron con Cervantes en "aquel famoso centenario de 1905", y en que a la par podría muy bien situarse para conmemorarlo, a su vez, cumplidamente el centenario del Romanticismo en nuestro país, ha corrido la noticia de un homenaje de carácter más íntimo a un clásico, al que no estaría de más señalarle como precursor de la etapa romántica si, en cierto modo, no fuesen todos nuestros grandes clásicos sus precursores.

La referencia concierne al poeta Juan de Tassis y Peñalta, conde de Villamediana.

Recuperar a Villamediana en un año en que se trata —oficial y extraoficialmente— de recuperar definitivamente —ya veremos si se consigue— a Lope, no es mala decisión, nacida como al conjuro evocador de aquella fiesta de Aranjuez, en que por la tarde representóse *La gloria de Niquea*, y por la noche, *El vellocino de oro*, de El Fénix. Y todavía más plausible la decisión si se tiene en cuenta el carácter aludido de intimidad circunscrita a los ámbitos de un libro, tal vez más trascendentes, pero desde luego limpios de las trepidaciones de las solemnidades que se escapan de esos ámbitos.

Brillante caballero como Garcilaso, Villamediana ama tal vez con mayor desesperación y con mayor riesgo. Puede decirse que en el servidor de Carlos V se impone siempre un aliento de serenidad y de felicidad por esa serenidad misma. Canta penas de amores imposibles, pero todos sus deseos se realizan. Las amadas, como las plazas fuertes en la guerra, se le rinden. Su vida y su suerte poéticas pasarán como envidiables a la Historia. Y es precisamente en el asalto de una plaza fuerte donde muere... De Villamediana, en cambio, puede decirse que muere por el amor de una mujer; él, poeta satírico, cáustico, había de morir abriendo su carne a la punta y filo de un cuchillo traidor. Aunque no se dé muerte con propia mano Villamediana, tiene la suya algo de suicidio. Más bien que un sucesor de Garcilaso, es Juan de Tassis el precursor del que ha de venir el dramático sucesor de Larra. Lope mismo hizo un epitafio; aludía en él la traición, pero no el que estuviese el conde advertido de ella, y el genio de Francisco de Quevedo, inmisericorde, pero tan agudo, no supo caldearse con la llama de misericordia que prende en los espíritus ante la contemplación de los suicidas.

¿Quién había de recoger en el futuro, quién había de sentir el fervor de Villamediana?

Hubo de venir primeramente ese frío período de las frías ediciones y compilaciones. Desde la de Lanaja, de Zaragoza y del año 1629, hasta las postreras. Hubo también de venir el período de los comentaristas modernos, que, interesados, no enfervorizados, por la figura, quisieron situarla y analizar su obra.

En todos los sentidos que abarca la expresión, ha dicho alguien que "un poeta hace otro poeta". Y en efecto, no carece de fundamento el pensar de quien así opina.

En un antecesor literario se hace—no nace—otro, y un predecesor hace a un antecesor, glorificándole.

Esta vez, un poeta chileno, un gran poeta, va a recuperar a Villamediana. Se llama el poeta Pablo Neruda. Su nombre ha trascendido justamente conforme ha ido dando a conocer su obra. *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, *Revidencia en la tierra*—por no adentrarnos en las citas de títulos—, lo patentizan...

UN DESLUMBRAMIENTO

Por JOHN RUSSELL

ILUSTRACION DE GORI MUÑOZ

Podemos suponer que Engdahl era feliz, hasta donde le resultaba posible a él experimentar cualquier emoción. Había sido mencionado entre los más grandes entomólogos de nuestro tiempo. Ya había alcanzado una larga serie de grados académicos honorarios.

Se sentó en la playa ante las aguas azules y abiertas, y revisó las seis cajas de insectos y mariposas que representaban lo mejor de su trabajo anual, el fruto de su lucha desesperada entre las playas inexploradas y mortíferas de Papuasía.

Ejemplar típico del naturalista, huesudo y frágil, Engdahl padecía también de la debilidad óptica tan común en todos los sabios: ojos miopes, que parpadeaban detrás de los gruesos espejuelos con la expresión ensombreada de un niño asombrado.

El no podía nunca confiar en sí mismo para asir una mariposa. ¡Una curiosa circunstancia, y también una verdadera molestia! Aunque conocía muy bien los "especímenes", si trataba de capturar uno sin ayuda ajena, podía correr y golpearse, con la casi seguridad de que la mariposa se perdía en cualquier parte.

Por eso llevó siempre consigo en sus expediciones algún ayudante diestro. En aquel entonces le acompañaba un tal Emil.

Emil debió ser una especie de mestizo: moreno, calvo y elástico como una pelota de goma. Nunca se supo nada de cierto sobre Mr. Emil, desde el día en que Engdahl le recogió medio muerto de hambre en Singapur, fuera de las extraordinarias pruebas de devoción y habilidad que dió al sabio durante el tiempo que estuvieron juntos.

—Tres..., cinco..., seis...—confirmó Engdahl, tocando cada caja—. ¡Pensar que, por fin, los tenemos seguros! Esto constituye todo mi trabajo. Y el tuyo, Emil—añadió con voz emocionada—. Nunca me olvidaré de cuanto te debo, Emil.

Emil aceptó aquel entusiasmo con calma:

—Sí... Gracias, señor—repuso—. Pero... ¿está usted seguro, señor, de que llegará el barco que prometió venir a buscarnos aquí?

—¿Que si estoy seguro? Hoy es el día señalado, precisamente—exclamó Engdahl—. Tú mismo oíste lo que nos dijo en Dorey el funcionario holandés. Ya sabes que el buque patrullero se detiene siempre, todos los meses, en Maniforo Bay. Esto es la Papuasía holandesa, Emil. Y si el Gobierno holandés te promete hacer algo, Emil..., lo hace. Toma los anteojos. Fíjate si alcanzas a ver el humo de las chimeneas.

—Bien, señor.

De una vieja caja, que se hallaba apartada de los demás trastos, Emil sacó un par de potentes binoculares.

Los dos hombres acampaban en una estrecha escarpadura, sobre la costa. Hacia atrás, el banco de coral caía a pico en un áspero barranco. Adelante, la extensión azul de la bahía.

Emil permaneció concentrado en la contemplación de la extremidad Este de la tierra.

De pronto, toda la momentánea alegría de Engdahl se esfumó. Con una mueca, golpeó fuertemente la tapa de una de las cajas.

—¡*Euploea splendidus*! No hemos podido encontrarla, Emil. Existe un solo espécimen, aunque ya identificado. Hay apenas el fragmento de un ala. Creo que se encuentra en la colección Rotschild. Púrpura imperial..., con vetas doradas y manchas rubias sobre fondo esmeralda. Dieciséis pulgadas de largo, posiblemente... ¡Ah, si hubiésemos podido conseguir una!...

—Cierto, señor—asintió Emil—. Es realmente una lástima. Pero nuestra colección es muy valiosa, de todos modos, ¿verdad, señor?

—¿Valiosa? ¡Oh, claro que sí! Muy valiosa. Antes de depositar los anteojos en la maleta, Emil desparramó en el suelo los demás objetos que contenía: algunas redes envueltas y la única escopeta que poseían; era ésta un arma de viejo modelo.

—¿Y cuánto cree usted que valdrá, señor?

Engdahl se encogió de hombros:

—Unas tres mil libras... Acaso cinco mil. ¿Qué importa eso, por lo demás? Nada, Emil, nada.

—Tiene razón, señor—asintió Emil, cortésmente—. Nada, en realidad.

Y tomando la escopeta, le disparó cuidadosamente, con precisión, los dos tiros sobre el pecho...

Todavía se acostumbra en los trópicos, como ustedes saben, utilizar pólvora negra para las armas. Los cartuchos se estropean y no sirven.

Y es por esto por lo que se elevó, después del disparo, una gran nube de humo pesado hasta las copas de los árboles.

Y entonces, de esa misma nube surgió algo. Algo raro en la forma y en color. Púrpura imperial, con palpitantes alas de rubí y esmeralda. Larga de dos palmos. Momentáneamente atontada por el olor de la pólvora, cayó volando.

Y se deslizó a descansar sobre el pecho mismo del naturalista Engdahl.

—¡Emil!—susurró—. Debemos conseguir esa... ¡Oh, ven y cógela!

Y deslizándose con elástico vaivén, Emil tomó la mariposa.

Tal fué la confesión que el mismo Emil me hizo en la prisión de Batavia, la noche antes de morir, convicto de haber asesinado a una bailarina javanesa.

Por cierto que, antes de que la policía le alcanzase, el hombre emprendió una carrera salvaje y extraordinaria a través del archipiélago.

—Sí...—me dijo, filósofo—. Yo sabía que iban a agarrarme. Si el Gobierno holandés quiere hacer algo con usted..., lo hace. Sí, señor.

Le miré con asombro y disgusto a la vez:

—¿Así que usted mató y robó a Engdahl? ¡Pero nadie sospechó de usted a ese respecto! ¿Cómo se libró del cadáver?

—Muy fácilmente. Lo tiré por el barranco. Cuando el barco patrullero llegó a Maniforo Bay, yo estaba listo ya para subir a bordo. Dije que mi pobre amo había muerto por la fiebre de la selva. Naturalmente, yo me hice cargo de nuestra colección.

—¿Y la vendió?

—Por tres mil quinientas libras. Obtuve un precio especial por la *Euploea splendidus*, además.

Me volví a él entonces con una expresión de ira y de repulsión:

—¿Y me lo dice con esa sangre fría!—le grité—. ¡Usted mató a ese hombre admirable..., al gran sabio... Usted..., su ayudante de confianza! ¿Y no se arrepiente ahora?

Emil me envolvió con una mirada inexcrutable:

—¿Y por qué había de arrepentirme? Creo que le hice a Engdahl un gran favor. Fue feliz. Sí. ¡Cuando murió, había en sus ojos un deslumbramiento!

Ayuntamiento de Madrid

El poeta está en España y va a dar a la estampa una edición de Villamediana, con un prólogo suyo en verso.

Villamediana, nuevamente recuperado por un poeta americano, asistirá este año a la doble evocación de Lope y del Romanticismo.

LO QUE SE DICE Y SE CALLA

"1616" (Revista)

Fecha, año, 1616, significativo en las letras universales. Dos nombres y dos genios: Cervantes y Shakespeare. Hoy es 1616 una bella revista, que se edita en Londres en español y en inglés. Pérez de Ayala ha mostrado su benevolencia por ella y ha publicado en sus páginas unos poemas. Byron, etc., no han mostrado benevolencia ni disgusto, puesto que nada desde ultramundo han dicho. Es tan amplia la revista, que acoge en semejante orden originales de verdadero interés: Shakespeare, Byron, Shelley, Manuel Altolaguirre, Pérez de Ayala, Lorca, etc.; pero no crea el lector que apuntamos la menor ironía, porque la revista no trata de aquilatar valores, sino de mostrar panoramas.

Keyserling, en Madrid

Keyserling ha dado unas conferencias en Madrid. La barba del maestro de la Escuela de Filosofía de Darmstadt se ha dejado ver nuevamente por los asistentes a las meditaciones, "en voz alta", del filósofo.

Al filósofo, como no hay quien lo ignore, le gusta el café y hace profecías. En cuanto a lo primero, dicen que peca por exceso, y en cuanto a lo segundo, por defecto.

En las primeras conferencias que el conde Keyserling profesó en Madrid, en la Sociedad de Cursos, dijo que el mundo vivía bajo el dominio del hombre chofer.

A nosotros nos ha dicho hace poco un amigo, recordándolo:

—¿Ven ustedes cómo se equivocó? Estaré a punto de vivir bajo el dominio del hombre autogiro. ¡Pero del hombre chofer!... ¡Vamos!

LOS LIBROS

Una obra del profesor Amado Alonso

Es el profesor Amado Alonso una de esas figuras intelectuales de España, que ha cruzado el mar para captarse el cariño, la simpatía y la admiración de las más agudas personalidades de la Argentina.

Formado en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, llegó el profesor a Buenos Aires dispuesto a realizar una labor fecunda y seria, capaz de aunar voluntades, simpatías y afanes, mejor que los más calurosos discursos, que casi nunca consiguen—aunque se esfuercen en proclamar su consecución—tales objetivos.

Hoy publica el profesor Amado Alonso el libro titulado *El problema de la lengua en América*, en el que, con todo cariño, analiza el ilustre filólogo las esencias y transformaciones idiomáticas de los países americanos, su enriquecimiento, su tradición, etc.

Y es un libro éste a todas luces interesante, no sólo para el especialista, sino para el simple curioso. Podemos decir que la amenidad en la exposición de los estudios llevados a cabo por el profesor no excluye la profundidad de éstos, y que afortunadamente empieza a perderse el prejuicio de la frase hecha, que previene como un timbre de alarma sobre la aridez de ciertas disciplinas.

El poeta León Felipe y su "Antología"

Versos de León Felipe, reunidos y editados por sus amigos. León Felipe no es un poeta en exceso fecundo, pero, en cambio, es un poeta de acento propio que en un determinado momento influyó en los poetas jóvenes de España, y, una vez pasada la racha de mimetismo hacia su obra, se mantiene ésta en toda su pureza y excelencia.

Ya no es, pues, cuestión de moda, sino de modo. Y el modo de León Felipe acusa siempre, ayer como hoy, las calidades perennes de su poesía.

Sus amigos han realizado una obra, de la que pueden estar satisfechos, al reunir y editar esta *Antología* del poeta.

Sender, o el infatigable

Sender, Sender, R. J. Sender... Sender ¡el infatigable! Un libro tras otro, y otro tras del otro... *La noche de las cien cabezas* muestra el estilo vibrante, trepidante, que da interés a toda la obra que sale de la pluma de este autor.

T O R O S



LOS NOVILLOS

Por "DON QUIJOTE"

La categoría máxima de los novilleros es cosa por demás efímera. Porque, una de dos: o aprovechan la racha de éxitos—revelación o resurrección—y toman la alternativa, o se pasan y tornan al pelotón de los mediocres, de los infortunados y los fracasados.

Por eso el escalafón novilleril está tan sujeto a vaivenes y mudanzas; que así como el auge de los matadores de toros se cuenta por lustros, la privanza de los aspirantes varía no sólo cada año, sino varias veces durante cada temporada.

Raro es el novillero que dura más de un año como as de los lidiadores de su clase. Y hasta suele ser mal síntoma que dure.

Por no fijarnos en eso, suele repetirse el caso de que, escribiendo o discutiendo a la ligera, al llegar todos los años esta época propia de los pronósticos para la temporada en puertas, nos coloquemos unos a otros el disco de "la escasez de buenos novilleros" y del "esto se acaba", etcétera.

Nos olvidamos de que casi todos los buenos novilleros—los interesantes, los de tronío, los que se traen algo—son revelaciones inesperadas de la canícula, por lo menos de la temporada ya en marcha. Y aunque se revelen al principio de ella, antes de que empiece no se han revelado, y, por ende, a la hora preliminar de los pronósticos no cuentan, no pueden contar.

Y todos los años—ya se sabe—tenemos aquello de "no hay novilleros que interesen", "¡aquellos tiempos de *Falco* y *Minuto*, de *Lagartijo* y *Machaquito*, de *Chicuelo* y *La Rosa!*" ¡Señor, y los de *Garza* y *El Soldado*, hace seis meses!

Pero hace un año, ¿quiénes?

Al empezar la temporada no se pueden tener las esperanzas puestas con demasiada ilusión en ningún novillero; sencillamente, porque aquellos que han hecho algo que llame la atención, o se han "doctorado" a fines de temporada o tienen ya anunciada la alternativa, y, por lo tanto, no pertenecen ya de hecho a la novillería, no se puede contar con ellos como base de la temporada de novillos a punto de iniciarse. Es el caso, este año, de *El Soldado* y de *Madrileño*, los dos únicos novilleros cuajados, colocados, que provienen, con categoría de ases, de la temporada anterior. No cuentan, porque tomarán la alternativa apenas dé comienzo el cursillo taurino. Posiblemente, no torearán hasta el día que la tomen.

¿Vamos por eso a vaticinar que este año no tendremos ninguna figura novilleril capaz de despertar el entusiasmo de la afición? ¡Qué disparate!

Precisamente, eso no falla: la aparición del fenómeno, de la presunta figura cumbre. El seudofenómeno surge inexorablemente. No falla. Lo que suele fallar es el cumplimiento de las profecías, de las esperanzas que su aparición trae consigo.

Así, pues, aunque se repita siempre, en los albores de

cada temporada, que estamos sin novilleros punteros, no hay que preocuparse. Ellos saldrán.

Pero al hacer el previo recuento de nombres nos hemos de encontrar fatalmente faltos de figuras interesantes.

Y las cábalas han de hacerse con referencia a los novilleros más o menos conocidos, más o menos duchos y "enterados", más o menos "puestos con el toro", mejor o peor "colocados", pasaditos ya o a punto de pasarse, los unos—como no "den el empujón"—; con posibilidades de granar y de poder "aspirar a la borla", los otros.

Con novilleros en esta situación es con los únicos que podemos contar al intentar establecer el escalafón de las categorías novilleriles para la temporada próxima. Pero dejando—no lo olvidéis—una ancha casilla, un ancho margen para el capítulo de los "imprevistos". En achaques novilleriles, el único verdaderamente interesante.

Ateniéndonos a los otros, a los previstos, vistos y revisitos, daremos unos cuantos nombres. De memoria, sin repasar los anales—escritos y archivados—de la temporada anterior; los que se nos olviden al correr de la pluma tendrán en nuestro olvido buen asidero para su consolación (si una omisión deliberada de nuestra modesta pluma pudiera merecer su desconsuelo...)

Entre los que quedaron el año pasado en mejor situación recordamos dos: Miguel Palomino y Joselito de la Cal. Los dos no del todo noveles; más bien resurgidos, tras un bache peligroso de semiolvido.

Palomino, torerito fino, enteradito, completito, un poco rubio... Sabe torear. Con buen estilo. El de la Cal, habilitado, diestro, puesto en el toro y valiente.

Hay un grupo de "niños"—ya muy "mocitos" y baqueteadillos—: el de la *Estrella*, el de la *Alhambra*, el del *Barrio*, el del *Matadero*, el de *Haro*, y cien *rorros* más, entre los cuales el mejor colocado es el primero, esto es, el de la *Estrella*.

Con él, unos cuantos veteranos de la novillería pelean aún con arrestos, pugnando por no pasarse, por subir y durar—quizá otro poco—: Félix Almagro, *Varelito II* y algún otro.

Menos gastados, con posibilidad de futura madurez, Pericás, Zepeda, Cayetano Palomino, Quinito Caldentey, Luca de Tena, García, el de Borox; tal vez tres o cuatro más.

Incógnitas, de mayor interés: Cirujeda, el de los grandes triunfos en Tetuán y en su tierra, y los fracasos o semifracasos en Madrid..., y los hermanos de La Serna, Rafael y Ramón, madera de grandes estilistas, con el marchio fraterno y preciosista. Lo mismo pueden llegar a codearse en breve con Victoriano y con las demás figuras actuales del toreo que quedarse en meras sombras y reflejos del hermano mayor; que también Manolo y Pepito Belmonte se vieron un día en esa zona imprecisa, dentro de la órbita gloriosa y luminosa de una escuela, de una dinastía preclara, en la que pudo parecer que iban a centrarse, incorporados a la marcha triunfal e inexorable del astro, del que eran naturales satélites, y luego, por lo que fuera, se desprendieron de ella, como arrojados por la fuerza centrífuga de aquella maravillosa *máquina* sideral, inaccesible en su altura vertiginosa; meras chispas del astro, pronto apagadas en el vacío.

Una nota verdaderamente interesante e insólita este año dentro del campo novilleril:

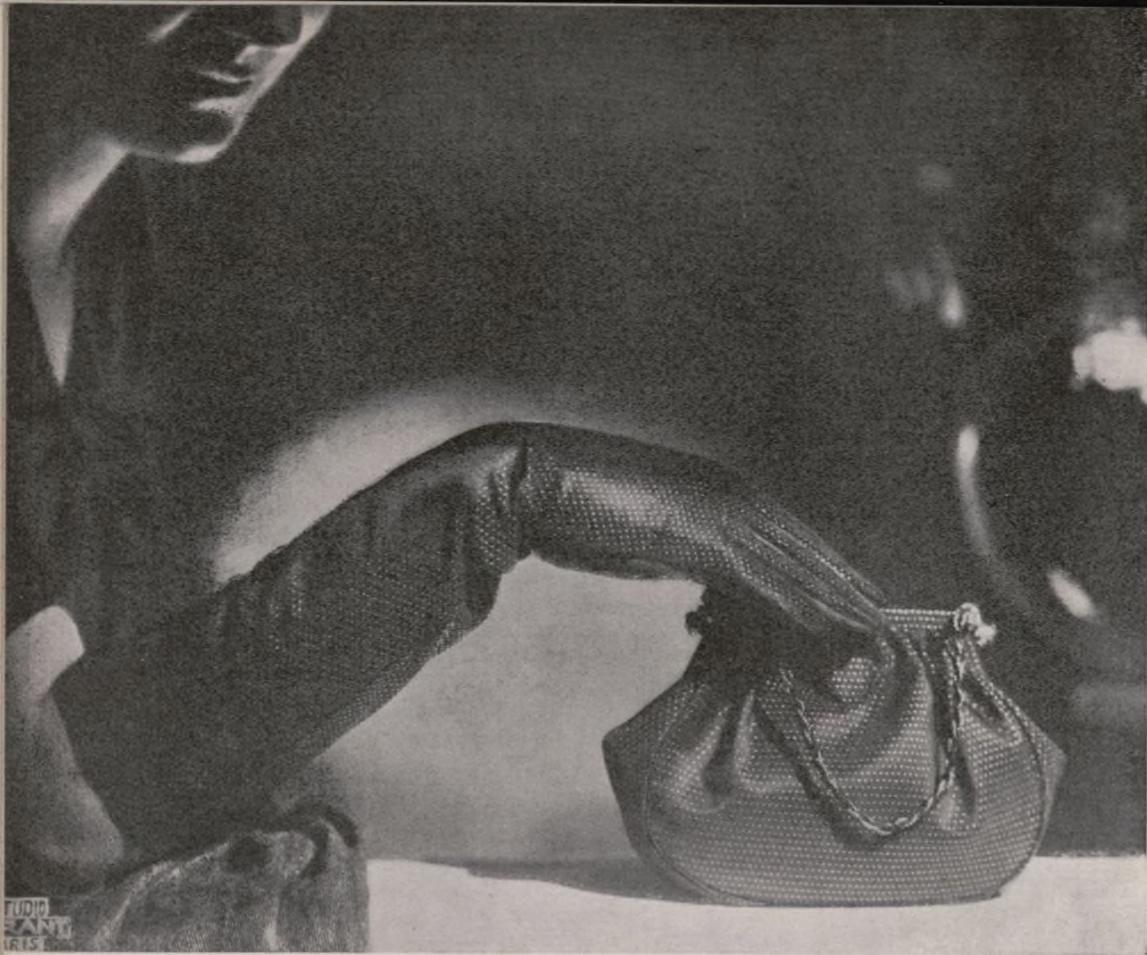
De entre la plaga de las renacidas "señoritas toreras", una, Juanita Cruz, va a torear con los novilleros, alternando con ellos en corridas con picadores.

La triunfal, excepcional temporada como becerrista le ha dado alientos para la hazaña, con muy pocos antecedentes en la historia del toreo. Como la *Reverte*—que tan lamentable epílogo puso el año pasado a sus remotas andanzas profesionales—, esta muchacha ha tomado en serio el toreo, dispuesta a compartir glorias y riesgos con los hombres.

No la he visto torear. Pero lo deseo. Por lo que cuentan y por lo que por intuición sospecho, es un caso aparte, una figura curiosa, un caso nuevo en el toreo, y lleno de interés, con personalidad notoria hasta en el detalle—de buen gusto—del indumento que ha adoptado: traje femenino, andaluz y campero. Nada tan absurdo como la mujer vestida de torero, en traje de luces. Ese traje maravilloso y suntuoso, que estiliza y da garbo al varón, se lo quita a la hembra, y la *afofa* y la vuelve *asaíra*. Juanita Cruz, ya por el traje, nos predispone a su favor. (La indumentaria no es nunca cosa baladí en el arte.) Por el traje... y por lo que de ella cuenta y anticipan las instantáneas.

¡Hay que ver a Juanita Cruz!

Esperemos que este año nos la contrate la empresa de Madrid. ¿Esperaba eso, esperaba la hazaña de Juanita? Yo espero que, en su nueva categoría, esta intrépida torerita nos deje admirar, novillera *formal*, las mismas habilidades y valerosas destrezas que la hicieron famosa becerrista.



Modas

Cortas de Paris por Madeleine Millet

Sinfonía de primavera

PARA LA NOCHE

Guantes mosqueteros de seda negra tejida con hilos de oro, con la palma de tul, que puede ser de distintos colores. El bolso hace juego

Creación Alexandrine

Algunas nubarradas más, y pronto el dulce sol de primavera nos anunciará una nueva estación. La curiosidad femenina está atizada, con justa razón, por la magia y la seducción contenidas en estas palabras: "Nueva estación, cambio de moda." Pero estad tranquilas, queridas lectoras, que vuestra impaciencia terminará, puesto que desde hace algunos días los desfiles en las casas de los maestros de la costura no nos dejan un minuto de descanso. Creedme cuando os digo que la tarea de describir las "toilettes" femeninas se vuelve cada vez más delicada: tan numerosas son las riquezas expuestas ante nuestros ojos; pero, si no me equivoco, señoras, no se trata tanto de estar al corriente de las excentricidades como de la moda hecha para la mujer a la vez elegante y sensata. ¿Excentricidades? Son muy pocas las que yo haya elogiado.

La nota del momento es de una simplicidad fresca, juvenil y elegante. El ideal actual no ha variado: es siempre el de una mujer alta, derecha, grácil y delgada.

¡Cuántas cosas encantadoras, a cual más bonita, se ofrecen a nuestros ojos maravillados y tientan a la menos frívola de nosotras! ¡Trajos deslumbrantes por todas partes! Todo este espacio me sería insuficiente para exponer por lo menudo todo lo que he visto; pero me referiré a ello poquito a poco, dando a vosotras, en el curso de estas notas, las fotografías de los modelos que he conservado y que son exclusivos para CIUDAD.

Por hoy, solamente algunos rasgos principales.

Muchos conjuntos: trajes de sastre, vestido y chaqueta, vestido y abrigo, que rivalizan con el abrigo de calle adornado de zorros, y que continúan siendo favoritos.

La longitud de los trajes de calle tiene una ligera tendencia a acortarse.

Los trajes de sastre de media estación tienen un aire de juventud y de simplicidad que conviene a las mujeres modernas. Se notan en esta especie de trajes una oposición de tonos: faldas claras y chaqueta oscura, o viceversa, lo cual nos permitirá la combinación tan práctica de dos faldas con una sola chaqueta.

Los indefinidos abrigos tres cuartos de la última estación son reemplazados a menudo por *manteaux* tres cuartos, ligeramente entallados en la cintura, de faldones acampanados.

Se ven muchas capas: largas para la noche, de caída perfecta; cortas, encantadoras y muy estudiadas, para completar los trajes de calle de primavera.

Los cuellos y las mangas se abren a menudo sobre tafetán, linón y organdí.

La silueta para los trajes de noche, cuya variedad de conjuntos es ilimitada, es, en la mayoría de los casos, acampanada. Estos trajes son redondos en los tejidos vaporosos y tienen un movimiento ligeramente más largo hacia atrás en los tejidos más pesados; apenas arrastran el suelo, salvo para las grandes "soirées", en que llevan cola; pero no olvidemos que las largas y majestuosas colas tienen su esplendor en los grandes salones y en las inmensas galerías, y son no solamente incómodas, sino grotescas, en nuestros departamentos, de dimensiones frecuentemente reducidas.

Hablemos también un poco de los tejidos. La tela lisa está destronada, pues no se la ve casi más que en los trajes clásicos. Ahora están en boga los tejidos trabajados: lanas de fantasía, de colores variados, chinoscos, con dibujos; discretos y elegantes hilos de oro y plata; "lamés"; una muchedumbre de deliciosas impresiones de vivos colores agrupados en grandes ramos o en florecillas, con sus tallos, que parecen una deslumbrante floración, a la cual, para hablar claramente, sólo le falta el perfume, moaré y faya. Pero, sobre todo, la nota del día, en lo que se refiere a tejidos, la da el tafetán—tafetanes luminosos, dibujados, y estampados, abundantemente presentados bajo los aspectos más atractivos—, con el cual se hacen capas, vestidos enteros, trajes-sastre, blusas, adornos y sombreros.

¿Pues casi no lo olvido?... ¿Mis gentiles lectoras me disculparán que no les hable del escocés?... El escocés, cuya moda acarrea a menudo extraños sobresaltos, estalla inopinadamente con frenesí y desaparece sin dejar rastros. En esta primavera hace furor. En cierta gran casa de modas, el tafetán escocés, finamente cuadrado o rayado, goza del favor para los vestidos de estilo para la noche—entendiendo por tales, no los que recordamos de pasadas épocas, sino los vestidos típicamente actuales—. Ellos son de un efecto extremadamente gracioso y original, cuando se tiene la suerte de tener una silueta apropiada para este género de "toilette". Hay que convenir, sin embargo, que por lindas que sean esas combinaciones de escocés, nunca podrán hacer conjuntos tan "chics", tan "parisienses", tan distinguidos, como ese grueso tul negro, tan sentador, con el que se había hecho un deslumbrante vestido de noche, con volantes sobrepuestos, de una juventud de línea insospechada, o como ese maravilloso satén espeso y brillante, de un gris plateado y de un matiz tan delicado, que era dulce mirar; pues debéis saber que, después de haber dejado de lado a ese tejido, la gente está prendada de él, hasta el punto de que con él se hacen maravillosos trajes de noche.

¡Coquetas!... ¿Cómo no serlo, o volverse coquetas, ante la deslumbradora visión de esos modelos "ultrachics" y de esos tejidos cosquilleantes? ¿No es cierto que sentir la admiración de los que nos rodean es el más bello homenaje rendido a los esfuerzos de la coquetería? Por eso os digo: preparaos, graciosas hijas de Eva... ¡he aquí la Primavera!

Como las fotos de las colecciones que he visto no habían sido todavía publicadas, he pensado que sería agradable para vosotras tener la primicia de las creaciones de guantes y carteras apropiadas para las "toilettes" primaverales, y que son, entre los accesorios de que os hablaba en mi última nota, las chucherías coquetas y lindas que llevan consigo tanta fineza y elegancia.

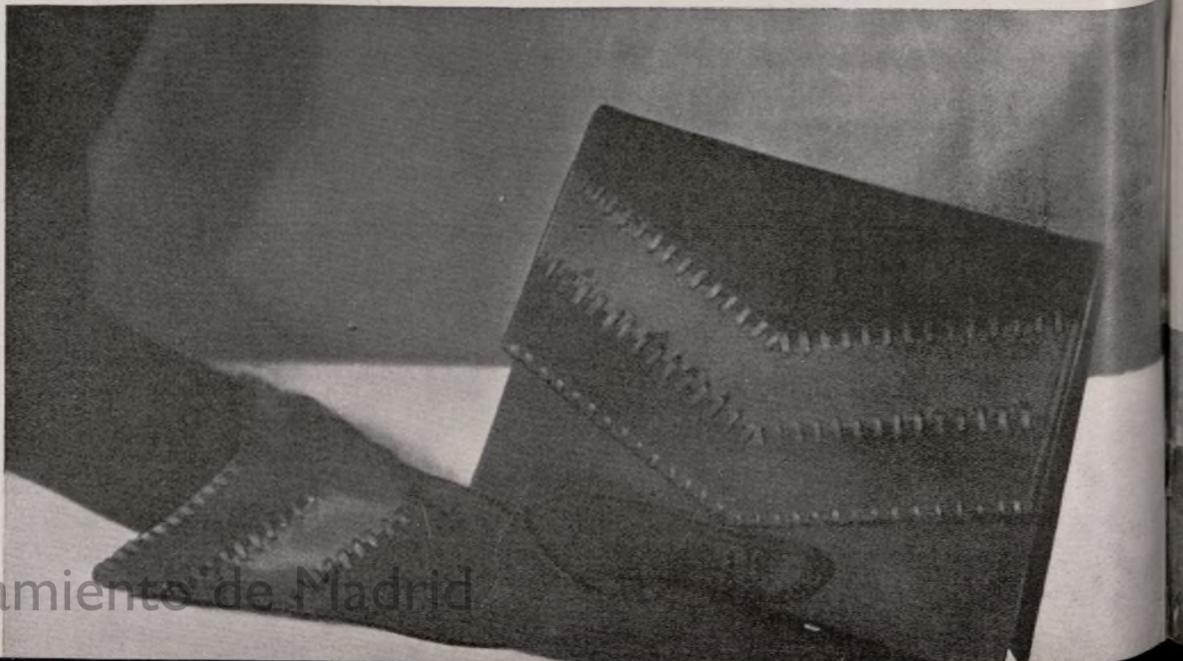


PARA LA MAÑANA

Guantes de sport en piel de ternera aterciopelada, cosido a mano, guarnición de lazada tostada que haga oposición. La cartera hace juego.

Creación Alexandrine

Foto L. A. Guillot



—¡Mulleres! ¡Mirádame esta cesta de panchos vivos e frescos como rosas! ¡Quen quer panchos! ¡Sardiñas! ¡Xurelos!...

La ribera del Berbés se enciende en grito y luz, para su romería comercial de cada medianoche. Bajo los collares de los focos eléctricos, la policromía del pescado alumbra en las cestas y cajas con la infinita gama y variedad de sus formas y colores. Salmonetes con tenues carmines de pastel, maragotas gris plomo y asombrada redondez lunar, caballas de vientre de plata y lomo de lapislázuli, lenguados con un temblor coloidal de perladas transparencias; cazones de boca oblicua y ojo inyectado; congrios de veinte kilos, serpentones de aspecto feroz y blanca entraña; peixe-sapos gelatinosos, coriáceos, bolsudos, con bocas de medio metro; próceres merluzas gigantes, vestidas con los miriñaques de seda de sus cienientas escamillas; robalizaes de aspecto abatido y filosófico, besugos de roja cabeza apoplética y ojo turbio de borrachos; pescadillas de aire distinguido y harapiento, como gentes principales venidas a menos; fansecas boquilánguidas, con amargado gesto de dispepsia; "buraces" conventuales y "rubios", petímetros con monóculo. Cincuenta clases de mariscos, desde el pavoroso lobrigante, con tenazas más que suficientes para quebrar los huesos de una pierna como si fuesen cañas, hasta el menudo bicherío de los camarones, verdes y transparentes, antes de la cocción, como montones de menudos cristales mojados, pasando por la centolla, tan decorativa como sabrosa, y por la langosta, adamaada y señorial, que mueve sus larguísimos palpos de corales, como si en ellos llevase el impertinente, y abre una solemne cola de abanico que acompaña su paso de danza con el crujido de románticos "gros". Luego todo un mundo larval, inconcluso y rencoroso, de tentáculos, flaccideces y viscosidades traicioneras: pulpos, calamares, chocos, gibias tirados en el suelo, y el universo estelar de los berberechos, almejas, navajas, ostras por millones, consteladas por los sistemas planetarios de las "vieiras", ennoblecidas para siempre como bocado de la más exquisita gastronomía tanto como por la heráldica del Apóstol Santiago, que llevaba sus conchas cosidas al capusay peregrino y a las que aun hoy llaman en Francia exactamente "coquilles de Saint-Jacques". Queda todavía sin mencionar el inmenso proletariado de las sardinas, espadines y parrochas, abundantes como arena, hacinado inicuatamente, indignado por su falta de significación individual, preparando una feroz lucha de clases de las honduras oceánicas, de la que ya hubo muestras en una huelga del pescado menudo, acontecida hace quince años, durante la cual, en más de un lustro, no apareció una sardina en las redes, con la consiguiente miseria de todo el litoral gallego.

La ribera del Berbés tiene la forma de una ingente concha iluminada. Transparentan las casas enclavadas como grandes bloques de vidrio, y los edificios del Vigo moderno se apeñuscan encima, escalando la colina de San Sebastián. Los desniveles del terreno les ayudan para representar la farsa engreída de una ciudad de ficticios "rascacielos". Las casas de la ribera son bajas y asoportadas. Cada alvéolo parece el arco final de uno de los canalones de la concha imaginaria, cuyo cuerpo son las aguas del puerto pesquero, cuajado de embarcaciones que dejan caer desde sus farolas, sobre la superficie charolada del mar, puñados huidizos de frías serpentinadas policromadas. Cadenas de hombres, brazo y pierna desnudos, desembarcan el pescado, y las pesadas y chorreantes cestas suben las escalerillas de los muelles como acometidas por una prisa ingravida y volante, rozando apenas las puntas de los dedos curtidos. Los pilluelos de la orillamar gimotean su ruego automático, sin convicción, tendiendo hacia los pescadores su capacho:

—Homiño, vóteme un peixiño, que teño seis hirmanciños!
La blanda súplica de los ojos claros y de la melopea triste no impide que la mano se lance, al descuido, sobre una canasta, picoteando en ella una presa, con rapidez de pájaro marino. El pescador mima entonces una furia inventada:

—¡Mala mar vos trague, ladróns de rapaces estos! Cando vos veredes cheos, rayo de famentos, gaviotos!

Y rubrica su indignación llenándose el capacho de sardinas, con esa generosidad amplia y simple del hombre de mar.

Toda la cúpula de esta gran noche estival se llena con la vasta sinfonía del mar habitado. Cien embarcaciones iluminadas: traineras, bous, parejas, chalanas, xeitos, bucatas y motoras. Zumbidos del vapor, golpes de remo y seco tableteo de las hélices. Luces a barlovento, rojas y verdes a sotavento. Las sirenas acuchillan la noche con su breve grito mandón pidiendo paso. Entra un bergantín "bonitero" al lento compás de sus tres focos hinchados, que al llegar a la zona de luz se encienden como nubes. Lleva, casi a proa, los dos palos altísimos del aparejo, que se curvan hacia fuera con la gracia de los brazos de una lira. Las cubiertas y los muelles se llenan de gritos. Las operaciones de la venta del pescado deben hacerse en muy pocas horas. Allí mismo están los trenes con sus vagones frigoríficos y los camiones que llevarán su carga antes del amanecer hacia todos los lugares de la España seca. Mucha de la pesca queda en las fábricas de conservas y salazón. Toda ella se subasta, desde la media docena de espadines, dados como propina al rapaz que ata al cabo de atraque, hasta los cargamentos de toneladas de sardinas. Aquí está en plena calle, bajo los faroles, una fila de pequeñas traficantes, las "peixeiras"—voz de chirrido y lengua de ponzoña—, que hacen su mercado al menudeo. Acercuémonos a una, para aprender de inmediato una novedad en esta forma de subasta: que va de más a menos hasta la cifra requerida:

—¡A ver esta cesta de ollomoles...! ¡Vendo unha cesta de ollomoles! ¡Ay, prendas, que ollomoles!

Las compradoras se van agrupando en torno. Una levanta un pez, lo huele y lo arroja con menosprecio. La peixeira interroga, agitada:

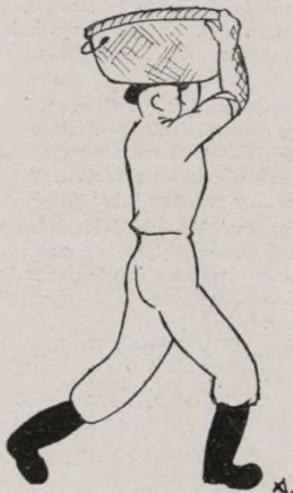
—E logo ti, ¿qué tes que decir do peixe?
—Está mareado.

GLOSA DEL MAR HABITADO

por EDUARDO BLANCO AMOR

—¡Mareado! ¡Mareado estaba o teu home cando se casou con semellante tarjeta postal!

Y empieza su venta: "Vinte pesetas, dazanove, dazasete, dazaséis..., once, dez, nove." Mientras descende los peldaños de



En torno a la producción pesquera de Galicia—la mayor y la mejor de España—vive todo un mundo de obreros, técnicos, viajantes, comisionistas... Solamente en la matrícula de Vigo figuran 300 vapores, sin contar las embarcaciones menores, que suman millares. La cantidad promedial de pesca que entra a Vigo durante el año excede las 40.000 toneladas. Treinta mil obreros se ocupan en las 150 fábricas de conservas y salazón que hay en todo el litoral, y no bajan de 20.000 más las personas que se dedican a las operaciones derivadas de esta industria. El valor anual de la producción puede calcularse en unos 50 millones de pesetas en estos años mediocres, habiendo alcanzado en los prósperos más de 80. En el primer trimestre de este año, solamente Vigo exportó conservas por valor de 3.850.000 pesetas, sin contar el valor de las exportaciones en fresco a 36 países, situados en los cinco continentes. Habla muy claro de la excelente calidad de la conserva gallega este dato: considerando en cien unidades los gastos de una lata de sardinas, corresponde el 21 por 100 al pescado, y el 20 por 100 al aceite.

Las operaciones de la pesca—de cuyo aspecto técnico y pintoresco me ocuparé en otros artículos—no se concretan en Galicia a "lances" costeros en los mares del litoral. La enorme exigencia de producción que se requiere para mantener todo el vuelo que alcanzó esta industria obliga a verdaderas proezas. La navegación de altura se practica desde hace varios años por los pequeños vapores pesqueros que van hasta el Gran Sole, en los mares de Irlanda, por el Norte, y hasta la costa occidental de África, por el Sur. Estas "caladas" duran varios días, y los barcos en ellas utilizados van provistos de cámaras frigoríficas, radiotelegrafía y de todos los adelantos que es posible aplicar a tan minúsculas naves. ¡Qué lejos están aquellos tiempos en que los intrépidos pescadores de las rías bajas se aventuraban en frágiles traineras hasta Finisterre o la Estaca de Vares, por la Costa de la Muerte!

A pesar de este proceso de racionalización de la pesca, la vida marinera de Galicia sigue siendo fuente de hondas emociones estéticas y humanas. Los "lances" de "oscurada" en las noches sin luna, siguiendo a los bancos de pescado por la fosforescencia que producen en la negrura de las aguas y hundiendo las redes en los pozos de gaseada luz azul, como para una fabulosa pesca de respandores; las artes menudas y sagaces de la "traña", la "rapeta" y "el xeito", con su sabiduría antigua, heredada por tradición, transmitida por iniciación; enciclopedia mañosa de los abuelos de blancas patillas, trabajo y juego en manos de los nietos, hábiles y atentos para ir ganando, cuartel a cuartel, la dura y noble hidalguía del mar; la pesca de los calamares y de las finas presas de anzuelo en la boca de las rías, en bucatas y chalanas no mayores que cunas, con su vela latina recortada en negro contra los ópalos del atardecer o de la aurora... Toda la vida fuerte y bella de la costa, con sus pueblecitos de cobre brillante, frente a los espejos del crepúsculo; las pequeñas p'ayas entre los roquedos, llenas de botes, donde el sol, como un viejo patrón retirado, cabecea una siesta y fuma una pipa de nubes; frisos de marineros recortados en la arista del horizonte, con las grandes redes de cien metros en los hombros, y la canción, que rima con el trabajo y el paisaje, colgada en los labios como una rosa; mujerucas enlutadas, bajo los pinares, remendando aparejos para ganar el pan de sus hijos desde que las zarpas del temporal se llevaron al hombre para siempre...

A veces, esta escena luminosa tiene una dramática mutación en gris. Empujadas por el Nordeste, las nubes se apeñuscan, y a la hora de salir a la mar el horizonte está a menos de una milla. Cruje el ventarrón en los picachos altos, y las restingas boyan entre anillos de espumas. Cloquean los zuecos en las losas del "peirao", y los hombres llevan sombrero "sueste" y embreado chaquetón de aguas. Allá va el barco saltando como una gaviota de una cresta a otra de las olas. Toda esta noche la lámpara de aceite arderá frente a la imagen de la Virgen del Carmen, patrona del mar, en el hogar del pescador. Y la mujer—madre, hermana, esposa, hija—se asomará a cada momento para ver desde el ventanuco de la casa costera en qué dirección curvan los árboles su penacho, o en cuáles bajos rompe el mar su furia.

—¡Sudeste! ¡A Santa Virxen os gué!

A la mañana suelen regresar sin novedad, bajo el arco de triunfo de la luz nueva. Pero a veces, muchas veces, el temporal perdura y faltan algunas embarcaciones. Mientras no llegan—o mientras no se tiene la certeza de que ya nunca llegarán—, las mujeres apiñadas en el muelle, todavía vistiendo anteriores lutos, inquietan con larga mirada muda, hacia la cerrazón, ajenas a los zarpazos del viento helado que las sacude y a la lluvia, que les pega en las mejillas negras láminas del cabello. Un pesado vaho de tragedia gira entre las espirales de la galerna. Llega otro barco más y, antes de atracar, ya se entabla el diálogo:

—¡Eh, ti! ¿Viches a os meus?

—Onte a noite... Quedaban por fora da pedra do Lobo, con moita mar... Depois, xa ninguén soupo mais J'eles.

Ante la brutal certidumbre, las mujeres componen, una vez más, el estremecido retablo del naufragio. Los alaridos perforan el opaco y solemne rumor de las olas, y las manos dardean hacia el cielo llameantes y crispadas protestas.

Galicia, 1934.

En los tiempos patriarcales de la noble pesca antigua, estas viudas y estos huérfanos seguían recibiendo "la parte del muerto", que era la primera en separarse del producto común. Ahora tienen la caridad de los vecinos. Y es que esto de la racionalización...

las cifras, su mirada va por el corro pasmado. De pronto exclama: "Teu é" (tuyo es), y lo adjudica, avisada por el guiño de una compradora. A veces son dos o tres las que "guiñan" simultáneamente. Entonces la trapatiesta es inevitable, y los pescados prueban el tercer elemento antes de pasar al cuarto, y andan un rato por el aire, de una cabeza a otra.

En medio del Berbés está la Lonja. Parece un anfiteatro médico. Los traficantes se sientan en unos escaños colocados en semicírculo. Cada sillón tiene en uno de sus brazos un botón eléctrico que mueve las fichas numeradas de un tablero de timbres, colocado encima de la tribuna central, donde está el rematador. Cuando el precio conviene se oprime el botón, y en el tablero aparece el número del asiento. Contrasta esta solemnidad y esta sobriedad de palabras con el griterío aturdidor que llega de la calle. Los escaños están en una semipenumbra. En medio de la vasta nave, y bajo la luz potente de una gran lámpara, está la mesa de mármol con las muestras del pescado. Cuando el subastador sube a la tribuna parece que vamos a asistir a una profunda lección de anatomía.

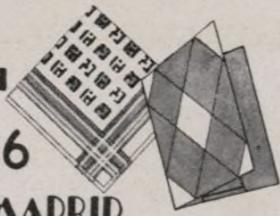


CAMISERIA Y NOVEDADES

"Samaral"

C. Peñalver. 16

MADRID



El as de Pique

Por W. H. G.

El viejo camarero se adelantó apresuradamente, cuando las puertas del café se abrieron y entró un hombre en el local.

—Bue...nas noches, se...ñor—tartamudeó el pequeño camarero. Tenía un aspecto patético: los cabellos grises, la cara arrugada y un cuerpecito endeble, flaco, metido en una chaqueta de lustrina demasiado grande para él. Barajaba entre los dedos una lista de vinos y un menú, y sus ojos pestañeaban rápidamente detrás de los gruesos cristales de sus lentes, como si quisiera hipnotizar a su cliente antes de que éste se arrepintiera de haberse metido en semejante lugar. Porque el café era tan sucio como la servilleta y los pantalones de aquel camarero lamentable.

—Buenas—respondió el recién llegado: un hombre arrogante, de mostachos negros, después de echar una mirada a las sillas vacías.—No hay nadie aquí, según veo.

—Es que... se...nos...—tartamudeó el camarero.—Es... ma... mala hora. La gente... em... empieza a ve... venir a la sa... salida de los... los... ci...nes...

—No me interesa nada de eso—cortó el otro.—Esperaba encontrarme aquí con algunos amigos.

El pequeño camarero miró a un costado.

—Acaso aque... aquella persona sea uno de e... ellos, se... señor.

A la entrada veíase ahora a un hombre grueso, rubicundo, con cara de criatura. El primer parroquiano miró a este otro con desconfianza. El hombre grueso se volvió, y a él le tocó iniciar la conversación:

—Bernardo, ¿eh?—preguntó.

—Sí, y usted es Davis—repuso el otro.—Ha cambiado muchísimo, Davis.

—Quince años es mucho tiempo—dijo el hombre grueso.—Casi no le conocí a usted tampoco. ¿Han llegado ya los otros?

—Todavía no. ¡Camarero!, ¿hay aquí algún sitio reservado? Esperamos a otros tres caballeros para cenar.

—Sí..., se... señor... Un si... sitio apro...piado. Por aquí, caba... lleros...

El pequeño camarero los condujo a una habitación disimulada detrás de una gran cortina, en el extremo más alejado del salón. Ubicó cinco sillas junto a la mesa, saludó a los hombres y salió. Davis y Bernardo tomaron asiento, dejando sus sobretodos y sus sombreros en la percha de la pared. Se miraban los dos con atención, pero ninguno parecía dispuesto a revelar en voz alta sus pensamientos. La puerta exterior crujía. Ruido de pasos. La voz del camarero. Luego, las cortinas se apartaron, y dos hombres más penetraron en la habitación. Uno de ellos, canoso, de barba poblada, tenía en la boca una mueca que dejaba al descubierto los dientes amarillos; el otro, de cara afilada y ojos sardónicos, miraba de soslayo a Davis y a Bernardo, y su voz aguda dañaba los oídos.

—Walgren y Cleeve— anunció—. Todos juntos, ¿eh? Linda reunión.

La nota burlona desapareció de pronto, y el hombre dejó escapar en un silbido:

—¿Está aquí él?

—Todavía no—repuso Bernardo tranquilamente.

Hubo una pausa y un silencio impregnado de sospechas. En ese momento, los cuatro hombres clavaron los ojos en las cortinas, que se apartaban de nuevo...

—Perdonen..., caba... caballeros—dijo el camarero, solocando sobre la mesa los platos y los cubiertos para la cena.—Dijo usted cinco, ¿verdad?—preguntó, dirigiéndose a Bernardo. Y como recibiera una señal afirmativa:—Bien... ¿Qué or... ordenan para... para cenar?

Los cuatro hombres consultaron el menú. Cuando dieron sus órdenes y el camarero salió, se pusieron a charlar de cosas indiferentes, hasta que fue servida la primera copa de vino. La curiosidad es tan poderosa en los mozos de restaurante como en las demás personas, y en los fragmentos de la conversación que llegaban a oídos del lamentable camarero resultaba claro que aquellos cuatro hombres se habían conocido íntimamente muchos años atrás y que algún extraño acontecimiento los había separado después. Desde entonces, los cuatro habían recorrido distintos senderos, hasta esta noche, en que se habían encontrado obedeciendo a las citaciones de un quinto hombre, un ser misterioso, designado como El, en un murmullo. Transcurrió media hora. Una segunda y una tercera vuelta de vino fue servida, para desaparecer enseguida. El alcohol desata la lengua. Como el quinto hombre no aparecía, la desconfianza amenguó, y comenzaron las confidencias. Resolvieron cenar.

—Maldito sea—exclamó, sardónico, Cleeve—. ¿Y quién es, por fin? ¿Qué poder tiene sobre mí, sobre nosotros?

—El poder suficiente para hacerte venir aquí esta noche, Cleeve—puntualizó Davis.

Cleeve hizo una mueca de disgusto:

—¡Bah!! Vine aquí esta noche, no porque le tenga miedo a él, sino porque...—Hizo una pausa.

—¿Por qué?—urgió Walgren, el hombre barbudo.

Pero Cleeve se había puesto en pie y espiaba a través de la cortina. Los otros, asombrados, le miraban. ¿Qué ocurría? ¿Llegaba el número cinco? Cleeve se dio vuelta.

—Me pareció oír algo—explicó—. Como les iba diciendo, vine aquí esta noche porque esto significa dinero para mí... para todos nosotros. Él quiere reunir el plano y rescatar los diamantes.

Davis y Walgren asintieron. El plano. Los diamantes. Beneficio para todos...

Bernardo, un poco incrédulo aún, se interpuso:

—¿Ustedes creen que es por eso por lo que nos citó a todos juntos, y no por motivos de venganza?

—¿Venganza? ¿Y de qué?—rió Cleeve.

—¿Y todavía lo preguntas?—repuso Bernardo—. ¿Es que has perdido la memoria? ¿Olvidas que alguien le denunció a la policía como el autor del crimen?... ¿Olvidas que no pudo probar una coartada, que fue sentenciado a muerte, y que sólo un habilísimo abogado pudo hacerle conmutar la condena por la de prisión perpetua? ¿No te das cuenta de que lo han indultado después de quince años de vida infernal?

—¡Basta, basta!—Cleeve sabía ser enérgico cuando quería—. Ya sé todo eso. Alguien le denunció, y nosotros no hicimos nada para salvarle, es cierto... Pero, ¿cómo podíamos saber que no fué él quien mató a Jim Malone?

La calculadora mirada de Bernardo recorrió, uno por uno, los rostros de los circunstantes. La súbita aparición de aquel tema olvidado había transformado los semblantes en otras tantas máscaras.

—Uno de nosotros pudo saber que él no mató a Malone—les recordó Bernardo con tranquilo énfasis—. Los cinco sacamos cartas al azar del mazo de Walgren, para hacer ese "tarbajo", y el que sacase el as de pique debía matar a Malone. Uno de los que estábamos allí sacó el as..., y puede no haber sido él, necesariamente.

—Cambia de tema, estúpido—gruñó Davis de pronto. La impasibilidad del hombre grueso habíase desvanecido repentinamente. Temblaban sus labios, y un sudor frío le chorreaba las mejillas.

Los demás le miraron con ojos sospechosos. Del otro lado de la cortina, alguien tosía.

—¿Quién demonios...?—dijo Cleeve, al mismo tiempo que daba un respingo de miedo.

—¿Café..., ca... caba... lleros?—articuló la voz del mozo.

—Sí. Caliente, cargado y bastante—respondió Cleeve, tranquilizado.

El camarero entró en el reservado trayendo una bandeja con café, leche, azúcar copas chicas y licores. Sirvió café y depositó la taza con una copita ante cada comensal.

—A propósito—dijo Bernardo, dirigiéndose al camarero.—. Nuestro quinto invitado no llegó. Estoy pensando si no le habrá visto usted... Cabello negro, bigote también negro y una barba recortada...

—¿Un hom...bre muy... ele...gan...te—tartamudeó el mozo—, y que... habla muy li... ligero?

—El mismo.

—Llegó aquí una ho... hora antes que us... ustedes...

Bernardo reprimió un movimiento de sorpresa. Los demás sorbían su café y trataban de aparentar indiferencia. Poco dispuesto a retirarse, al parecer, el camarero quitaba con extremada lentitud los cubiertos; pero, al gesto que le hizo Bernardo en señal de despedida, tartamudeó algo y salió, corriendo detrás de sí las cortinas. La tensión aflojó.

—Me pregunto qué clase de broma es ésta—protestó Davis—. En su mensaje, él me decía que estuviese aquí a las nueve..., y él se viene a las ocho. Después de todo...

Walgren le interrumpió:

—Es el plano—murmuró lentamente—. Tiene que ser por el plano...

—Si es que nos ha citado por el plano y se nos adelantó en una hora—observó Cleeve—, no dejará de volver. Todos sabemos dónde están los diamantes... Escondidos en un pantano de Murragh. Pero el plano consta de cinco pedazos, y ningún hombre podría cruzar el pantano por el camino secreto si no reúne los cinco pedazos.

Bernardo intervino:

—Seamos francos, compañeros... Me imagino que cada uno ha traído aquí su pedazo de plano, ¿verdad?—y se tocó el bolsillo interior del saco para indicar la presencia de su propia porción.

Los otros asintieron.

—Bueno—dijo Davis, que había recobrado su compostura—. Lo único que podemos hacer es esperar hasta que vuelva. El próximo paso le corresponde darlo a él. Entretanto, el café se enfría...

Los cuatro alzaron las tazas y bebieron. Bernardo dejó su copa vacía y encendió un cigarrillo:

—No puedo darme cuenta de por qué vino y se fué...

No pudo decir nada más. El cigarrillo se le cayó de entre los dedos, y su cuerpo se dobló en la silla. Cleeve, Davis y Walgren le vieron un segundo antes de que el coma se apoderara también de ellos. Y la mirada de sorpresa que había en sus ojos produjo la divertida sonrisa del hombre que ahora entreabría las cortinas...

Se quedó un instante vigilándolos, con la sonrisa en los labios.

—Tú tenías razón, amigo Bernardo—dijo en voz baja—, y también estabas equivocado. Él vino, pero no se fué.

Volvióse al inanimado Walgren:

—Y tú... tú tenías razón. Es el plano lo que motivó esta reunión. Hurgando delicadamente en el bolsillo de los cuatro hombres, extrajo y depositó sobre el mantel cuatro fragmentos de papel. De su quinto bolsillo sacó un quinto pedazo. El plano estaba completo. Burlón, siniestro, contempló con una mirada circular a los cuatro hombres, y agitó la cabeza.

—Conque durmiendo, ¿eh?... Pero tres de ustedes despertarán cuando el narcótico pierda su efecto. Uno...—y dió un golpecito en el hombro a Davies—, uno seguirá durmiendo para siempre, por cierta razón que yo sé... Los diamantes son míos ahora; pero ¿no me los ganó? ¡Tú, Cleeve! ¡Y tú, Davis! ¡Bernardo! ¡Walgren! ¿No están de acuerdo? ¡Mírenme! ¡Vean lo que significan quince años de cárcel! ¡Vean cómo se hunden las mejillas, y se debilitan los ojos, y se ponen blancos los cabellos! ¡Vean cómo se han roto las uñas que antes cuidaba una manicura! ¡Roto a pedazos, lo mismo que el alma! Digan... ¿No me ganó el tesoro?

Recogió los pedazos de papel, y al ponérselos en el bolsillo, sus dedos tropezaron con una cartulina... La sacó a medias del bolsillo.

—¡Bien me lo ganó!—murmuró.

Y volviendo al fondo del bolsillo el gastado as de pique, el pequeño camarero se dio vuelta y desapareció detrás de las cortinas...



"ALMANAQUE LITERARIO 1935"

EDITORIAL PLUTARCO

Guillermo de Torre, M. Pérez Ferrero y E. Salazar Chapele—tres cumplidos buscones—se han reunido una tarde en un café y determinaron entrar en los doce tinglados, hangares y cobertizos de los pasados meses, para levantar el inventario y asentar el stock de todo cuanto había ido dejando allí el año literario. No se trataba tanto de reunir marchiteces pensadas hipócritamente *ad hoc*, ni de anudar ramilletes de siemprevivas ingeniosas, como en los almanaques primiseculares, gratos al empleado de Hacienda, sino de dar un balance con sus deberes y sus haberes, establecidos con pulcritud y sin demasiada alegría. Este libro, pues, viene a ser un libro de contabilidad rigurosa, en el que si algo flaquea es la cuenta de "Ganancias y Pérdidas", que debió haber sido asentada al final con mano firme; que esa y no otra es la practicidad de todo balance. Queda sugerida la idea para años próximos.

Las trescientas páginas del tomo son de una suntuosidad literaria poco común en España. Y ecuménicas también. ¿Demasiado ecuménicas? En estos recuentos comunales suele ocurrir lo que en las crónicas de salón: "Entre otros que sentimos no recordar, se encontraban..." Y entre los que se recuerdan, suelen estar no todos los que son, y entre los que se olvidan, algunos que debían estar. No propiciamos los mundillos y los cenáculos, y seguimos creyendo que Madrid, que la vida literaria de Madrid y que el juicio de Madrid no es, ni mucho menos, toda la vida y el criterio literario de España. Mano ancha y diestra hubo en estos avisados contables, y todos los asientos son de legitimidad bien probada; pero quizá, para que su ambición totalitaria hubiese sido mucho más obtenida, falte aquí un poco de generosidad y de comprensión para aquellas cuestiones literarias y artísticas que se cocinan lejos de estos cafés y de estos centros. Porque una cosa es lo español y otra lo madrileño, y hay que hacer casar ambas cosas para que no se nos continúen yendo demasiado los ojos a este ya muy remirado ombligo.

Fuera de estos escolios, no tan menudos como la obligada brevedad con que aquí se enuncian, ni tan desagradables como de su presunta inoportunidad podría deducirse, el *Almanaque Literario 1935* es un esfuerzo bien logrado—desde el punto de vista editorial comparable a lo bueno bueno que se pueda hacer por ahí adelante—y una seria iniciación para bien esperanzados años que vienen. Quien lea el índice-sumario, si es hombre de estas curiosidades, caerá en la tentación, lo comprará y le alabaremos el gusto.

No es sólo el sensacionalismo de las cincuenta mejores firmas de la España actual, desgranadas en muchísimas especialidades, lo que atrae con el señuelo de los nombres preclaros, que luego salen del paso con cuatro vulgaridades de autógrafo; ¡nada de eso! Tinta ancha, prosa en gran modo caudal, ensayos para bien forrarse de noticias e interpretaciones. Citemos los *Centenarios*, a cargo de Montesinos y Díez Canedo, y los *Años*, de los susodichos Chapele, De Torre y Pérez Ferrero, y de Chabás, Abril, Adolfo Salazar...

Alegren el tomo viñetas de Norah Borges de Torre, Maruja Mallo y Santa Cruz, y lo alumbran, desde sus cuatro ángulos, dos casidas y dos gacelas de Federico García Lorca...

Y en medio de esta asfixia y de este horror en que chapotea la actual vida literaria de Madrid, este *Almanaque* es de una valentía tan insólita y de una audacia tan generosa, que nos declaramos sinceramente muy obligados al esfuerzo de estos tres hombres todos aquellos a quienes la vida del espíritu atañe, inquieta y duele.

E. B. A.

Míster Gale y Mr. Sandbach

Por ARNOLD BENNET

La escena sucedió en el andén de la estación de Kanype, una tarde de verano, más exactamente: en la parte del andén próxima al quiosco de libros y revistas. Había tres personas en la vecindad del quiosco. La primera era el vendedor principal, que doblaba con extraordinaria rapidez ejemplares de la edición especial del *Staffordshire*; la segunda era Mr. Sandbach, un fabricante de cacharros, famoso en toda la extensión de Cinco Villas por su genial invento de las teteras que vuelcan el té en las tazas, en vez de volcarlo en la mesa; y la tercera persona era un hombre muy andrajoso, a quien Mr. Sandbach no conocía. Este hombre tan andrajoso se hallaba muy cerca del quiosco; Mr. Sandbach se hallaba, en cambio, a unos tres metros. Mr. Sandbach miraba seriamente al hombre; pero el hombre, sin conceder importancia a Mr. Sandbach, miraba con ojos pensativos y abstraídos hacia la lejanía, donde una locomotora empujaba y arrastraba vagones impacientemente, así como una madre da empellones o tirones a una inofensiva criatura. El andén aparecía poco concurrido. El tren de Londres acababa de llegar, y la estación recobraba su calma. Únicamente un tren local figuraba en el indicador.

Mr. Gale, un amigo de Mr. Sandbach, penetró rápidamente en el andén. Vió a Mr. Sandbach y se le acercó.

—¡Hola, Sandbach!

—¿Qué tal, Gale?

Aquellos hombres eran rivales en el campo de la invención. Pero ambos habían obtenido éxito en la vida, y ambos denotaban satisfacción del éxito y la prosperidad. Nacidos hacia la misma época, trabajaron con parejo entusiasmo durante cuarenta años.

—¿Qué haces aquí?—preguntó Gale, por decir algo.

—Espero el tren de Crewe.

—Y yo me iré en ese tren a Derby—dijo Mr. Gale—. Parece que llega con trece minutos de retraso.

—Mira—dijo Mr. Sandbach, sin preocuparse de la observación del amigo—. ¿Ves a aquel hombre?

—¿Cuál? ¿El que está cerca del quiosco?

—El mismo.

—Sí. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Te apuesto que no eres capaz de hacerle mover de donde está. Sin recurrir a violencia física, se entienda.

Mr. Gale vaciló un instante. Luego sus ojos brillaron en respuesta al desafío. Y contestó:

—Te apuesto que puedo.

—Bueno, haz la prueba.

Mr. Sandbach y Mr. Gale frecuentemente se arrojaban el guante en esa agradable forma. Se planteaban adivinanzas, problemitas y juegos de prestidigitación. Mr. Sandbach, por ejemplo, cuando descubrió, en una reunión, que nadie puede levantar el pie derecho si se coloca de costado contra una pared en forma que el pie izquierdo toque el zócalo, lo primero que hizo fué proponerle la cosa a Mr. Gale. Y Mr. Gale, si leía alguna noticia rara en un diccionario, lo primero que se preguntaba: "¿Mr. Sandbach sabrá esto? Apostaría que no..." Y apostaba.

Así, pues, cuando Mr. Sandbach desafió a Mr. Gale a conseguir que el hombre andrajoso se moviera, las pupilas de los amigos brillaron con fulgor de aceros. Mr. Gale concibió inmediatamente su plan y se dispuso a ejecutarlo. Se paseó unos metros por el andén, alejándose, y luego volvió en sentido inverso. Tomando de su bolsillo unas monedas de plata, empezó a contarlas. Pasó lentamente junto al hombre andrajoso, y le rozó casi con el codo. Y, en ese mismo instante, dejó caer una media corona. La media corona describió en el suelo un amplio círculo y se detuvo a un metro y medio del hombre andrajoso. El hombre andrajoso miró la media corona, y enseguida a Mr. Gale, que, continuando, su camino, pretendía, magníficamente, ignorar la pérdida de la moneda. Y entonces, el hombre andrajoso volvió a hundir su mirada pensativa en la lejanía.

—¡Oiga!—gritó Mr. Sandbach a Mr. Gale, levantando al mismo tiempo la moneda—. Se le ha caído algo.

Era un gran triunfo para Mr. Sandbach.

—Ya te dije que no conseguirías hacerle moverse—comentó mister Sandbach, cuando hubo alcanzado a su amigo en otro sitio del andén.

—¿A qué se debe? ¿Cuál es la trampa?—preguntó Mr. Gale, demostrando en sus gestos y en el tono de su voz cuán decepcionado estaba.

—Muy sencilla—repuso Mr. Sandbach con aire de superioridad—. Te parecerá muy sencilla... cuando la conozcas. Y verás también que es muy divertida. Hace un rato, cuando todo el mundo corría, después de abandonar el expreso de Londres, oí que una moneda caía al suelo. Y la vi rodar. Era un medio soberano. No sé quién lo perdió, pero creo que fué una joven. Como nadie lo reclamase, resolví inclinarme a recoger la moneda. Pero llegó el hombre andrajoso, puso un pie sobre el medio soberano y se quedó parado en ese sitio. No se dió cuenta de que yo también quería apoderarme de la moneda. Me aparté un poco entonces. Y resolví esperar, a ver qué sucedía.

—¿Y por qué ese hombre no levantó enseguida el medio soberano?

—¿No ves por qué?—dijo Mr. Sandbach, mostrándose sorprendido—. Tiene miedo de que sea el vendedor del quiosco quien perdió la moneda de oro. Deja que el vendedor termine de doblar los diarios y entre en el quiosco, y ya verás cómo el hombre andrajoso levanta la moneda.

En ese momento, Mr. Gale hizo el involuntario gesto de un hombre que tiene repentinamente una idea genial.

—Espera—dijo—. Me propusiste una apuesta, pero no hemos apostado nada. Bueno: te apuesto media corona que consigo esta vez sacarlo de su sitio.

—Con la condición de que no hables con el hombre andrajoso.

—Claro que no hablaré con él.

—Bueno. Acepto la apuesta.

Mr. Gale fué directamente hacia el hombre andrajoso, sacó del bolsillo de su chaleco una moneda de oro—un medio soberano—y la depositó, al pasar, en la mano del desconocido, yendo enseguida hacia la puerta del andén. Nada le dijo al hombre andrajoso; pero sus gestos eran expresivos, y decían claramente esto: "Yo sé que usted tiene bajo el zapato medio soberano. Aquí le doy éste para

que se vaya. Déjeme el otro en el suelo. Y no me pregunte nada." Mientras tanto, el ingenioso Mr. Gale pensaba: "Le di medio soberano, pero levantaré el otro medio soberano que el hombre andrajoso tapa con el pie. Y ganaré la apuesta. Resumen: media corona de beneficio."

El hombre andrajoso, que no era un estúpido, comprendió enseguida: aceptó el medio soberano y se movió, por fin; pero antes de alejarse miró al lugar que había estado tapando con el pie. El resultado de aquella investigación debió sorprenderle, como sorprendió poco después, en un grado extremadamente violento, a mister Gale y a Mr. Sandbach. Porque en el suelo no había ni huellas del medio soberano. Mr. Gale miraba al suelo con cara de angustia, y Mr. Sandbach, con cara de idiota.

—Está bien—gruñó fieramente Mr. Gale—. Ese hombre es un estafador. Y se lo voy a decir—. Y se largó tras los pasos del hombre andrajoso, que ya se había metido en el bolsillo el medio soberano de Mr. Gale.

—Te aseguro que yo le vi plantar el pie sobre la moneda de oro—aseguró Mr. Sandbach—. Y desde entonces no dejé de mirarle ni un segundo.

—¿Y entonces cómo me explicas esto?

—No me lo explico—dijo Mr. Sandbach.

—Pero a mí se me debe una explicación—dijo Mr. Gale en tono singularmente peligroso—. ¿Ahora me dirás que fué una broma?

—No fué una broma—protestó Mr. Sandbach—. Si el medio soberano desapareció, la culpa no es mía. Hice una apuesta contigo, y la perdí. Aquí tienes tu media corona.

Mr. Gale aceptó la media corona, aunque estuvo a punto de rechazarla con gesto de orgullo ofendido.

—Pero así, a pesar de haber ganado la apuesta, sigo perdiendo tres medias coronas—dijo Mr. Gale.

—Te repito que yo no tengo la culpa. Perdí la apuesta, y pago, como buen jugador.

—Buen jugador, buen jugador... Esta es una broma de pésimo gusto, y yo...

Los ojos de Mr. Gale relampagueaban.

La larga amistad existente entre aquellos dos hombres estaba a punto de naufragar. Y hubiera naufragado si en aquel momento no hubiese sucedido algo sorprendente y milagroso. Mr. Sandbach caminaba junto a Mr. Gale, y éste seguía tesonosamente los pasos del hombre que se llevaba el medio soberano. Pues bien: de pronto... una moneda de oro resbaló de la suela del zapato del hombre andrajoso. Apenas si produjo, al caer, un levísimo rumor. Mr. Sandbach y Mr. Gale, simultáneamente, iniciaron una soberbia pero poco digna carrera hacia el medio soberano.

Y Mr. Sandbach llegó primero. El hombre andrajoso, en tanto, proseguía su marcha, alejándose para siempre de la vida de aquellos dos amigos. Hubiérase dicho que el hombre andrajoso era de un temperamento soñador y demasiado distraído para este mundo.

—El hombre andrajoso tendría agujereada la suela del zapato, y el medio soberano se le alojó en uno de los agujeros—dijo mister Sandbach, mirando satisfecho la moneda que acababa de recoger.

—Tú llegaste primero y levantaste la moneda. Muy bien. Pero ¿no te parece que, en justicia, esta moneda de oro es mía?

—¿Por qué?—preguntó, extrañado, Mr. Sandbach.

—Porque...—empezó Mr. Gale, buscando una razón decisiva.

—Yo llegué primero—interrumpióle enérgicamente Mr. Sandbach—. Tú no eres quien vió primero la moneda. Tú no eres quien la levantó. ¿Y entonces? ¿Qué derecho tienes?

—Pero es que yo le di el medio soberano al hombre. Y si bien gané la apuesta, todavía salí perdiendo tres medias coronas.

—¿Y con eso?—contestó Mr. Sandbach—. Si te doy esta moneda, saldré perdiendo yo. ¿No te di ya el importe de la apuesta? Dándote esta moneda, perdería la media corona.

Y la amistad de los dos industriales corría un nuevo peligro, cuando se produjo una segunda interferencia del destino, en la forma de una joven y hermosa mujer que venía hacia ellos y de pronto les interceptaba el paso, interpellándolos:

—Perdonen, caballeros—dijo la joven con voz deliciosa—. ¿podría preguntarles si acaban de levantar del suelo esa moneda de oro?

Mr. Sandbach, después de mirar vagamente durante uno o dos segundos a Mr. Gale, como en busca de inspiración, vióse obligado a admitir que, en efecto, la moneda de oro tenía esa procedencia.

—Bien—continuó la hermosa joven—. Si es una moneda de 1898 y tiene grabada una "A", me pertenece. Se me cayó de la cartera...

Mr. Sandbach examinó la moneda de oro, y enseguida se la tendió a la joven, quitándose al mismo tiempo el sombrero. También Mr. Gale se quitó el sombrero. La sonrisa de agradecimiento que la joven les dedicaba era encantadora. Los dos hombres, por ser solteros, estaban dispuestos a interesarse por una sonrisa de aquel tipo.

—Fué la primera moneda de oro que ganó mi esposo—explicó la joven—. Gracias.

El interés de los solteros se desvaneció. Cuando llegó el tren, mister Sandbach dijo al amigo:

—No ha sido una tarde muy provechosa, ¿eh?

—Me parece que deberíamos equilibrar las pérdidas, compartiéndolas a medias—dijo Mr. Gale.

—Eso es lo que tú crees—se limitó a contestar Mr. Sandbach.

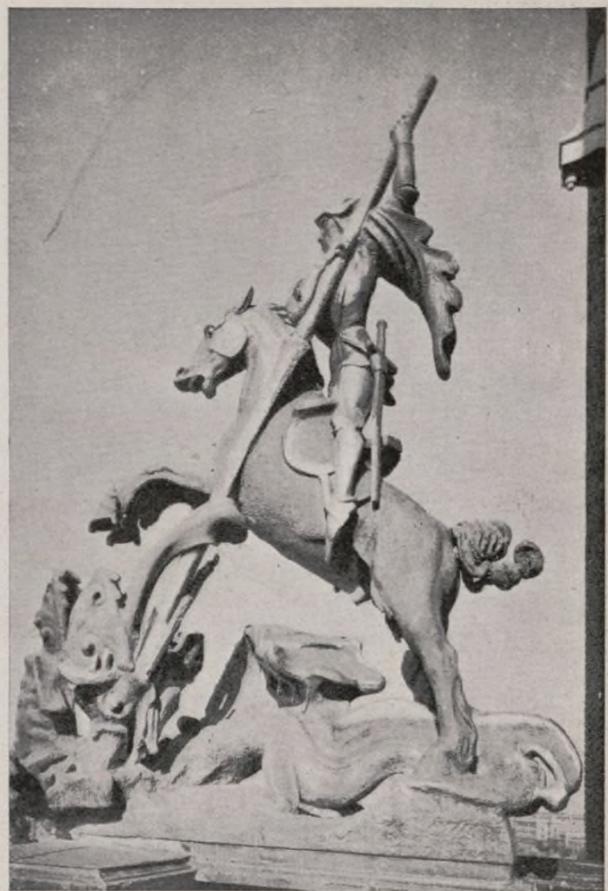
DEMANDA DE AVISPAS

Las avispas, cuya extinción tanto buscamos en estos países, son cultivadas y acogidas con alegría en el Canadá. El Gobierno canadiense ha encargado al profesor Morris, del Instituto de Zoología y de Parasitología, comprar en Hungría una especie particular de grandes avispas negras de alas muy desarrolladas. Se ha descubierto, en efecto, que la avispa es la enemiga mortal de la mosca "tse-tse" que infesta ciertas regiones del Dominio y provoca en ellas la enfermedad del sueño.

En agosto último, el pueblecito de Iszak, en Hungría, sufrió una terrible invasión de avispas, que amenazaba de ruina a los desdichados granjeros. Pero cuál no habrá sido la alegría de los habitantes de Iszak la ver llegar a unos ingleses, que contrataron sesenta hombres, al precio de 3.750 francos por semana, para coger avispas, que eran luego reexpedidas al Canadá.

(Evening Standard, Londres.)

A R T E



En la renovación de fórmulas artísticas a que el mundo occidental está asistiendo desde los comienzos del siglo, quizá ningún país de Europa haya aportado soluciones más sensatas, armoniosas y duraderas que las que se deben a los arquitectos y artistas suecos. Sus esfuerzos parecen estar encaminados a crear la forma nueva, deduciéndola de la evolución de lo clásico, adaptándolo a nuestros materiales y a las exigencias de nuestra vida actual. Este magnífico San Jorge, de Christian Eriksson, es una muestra de sabiduría antigua y de moderno impulso. Se trata de un grupo de bronce, colocado a gran altura, en la nueva Casa de la Ciudad, en Estocolmo.

A V I A C I O N



Un vuelo de prueba del primer aeroplano-torpedo de bombardeo, de Vickers, "Vildebeest", construido en Weybridge, Surrey, por orden del Gobierno de Nueva Zelanda, cuya prueba fué presenciada por sir James Parr, el Alto Comisario de dicho país.

Los que trabajan mientras todos duermen

No se les ve. Están adheridos al torbellino de la gran ciudad, sin presentar aristas de reconocimiento; están a nuestro lado, con sus afanes, sus chistes y preocupaciones, prestándonos el apoyo de su labor, como tuercas de esa formidable maquinaria en acción que se llama "el día de un pueblo". Pero no son piezas que se mueven al sol. Trabajan en la noche, mientras toda la población hunde su fatiga en las almohadas y se arremolina entre los pliegos de las mantas.

Las ciudades no duermen. Están en pie. Cierran los párpados, porque las ventanas deben cerrarse hasta la llamada de la luz; pero quedan en acción, latentes, sus fuerzas, aunque apaciguadas, para reanudar el agitado ritmo en el día nuevo.

Y éstos son los que cuidan esa tarea nocturna de la ciudad, que no debe perder fisonomía ni fuerza aunque se tire horizontalmente a descansar; son los que la guían en esta navegación nocturna, los cerebros alerta, los músculos en tensión. Ellos heredan de las últimas sombras del día la responsabilidad de hacer viva la función de la ciudad de todos, centinelas que tienen un santo y seña que aún no hemos sabido acatar con el respeto que merece: duerme, que yo trabajo...



EL SERENO

El sereno es el "cotilla" de la noche: él sabe el secreto de las sombras y conoce todas las revelaciones amorosas de las esquinas, los umbrales y los huecos. Con su vientre voluminoso en función de luciérnaga, recibe de nosotros un depósito de fe. Creemos en él, que nada turbará nuestro sueño mientras su luz corre de una esquina a otra en la vigilancia de todas las puertas. Ha aprendido, en reiteradas vigiliadas, el dialecto de amor de los gatos, y ha transformado toda su capacidad en una habilidad de cerraduras. Cualquiera que sea la hora de nuestro arribo, basta aplicarle al silencio el despertador de nuestro alarido para que la luciérnaga abandone el nido y venga en nuestra ayuda.

EL PANADERO

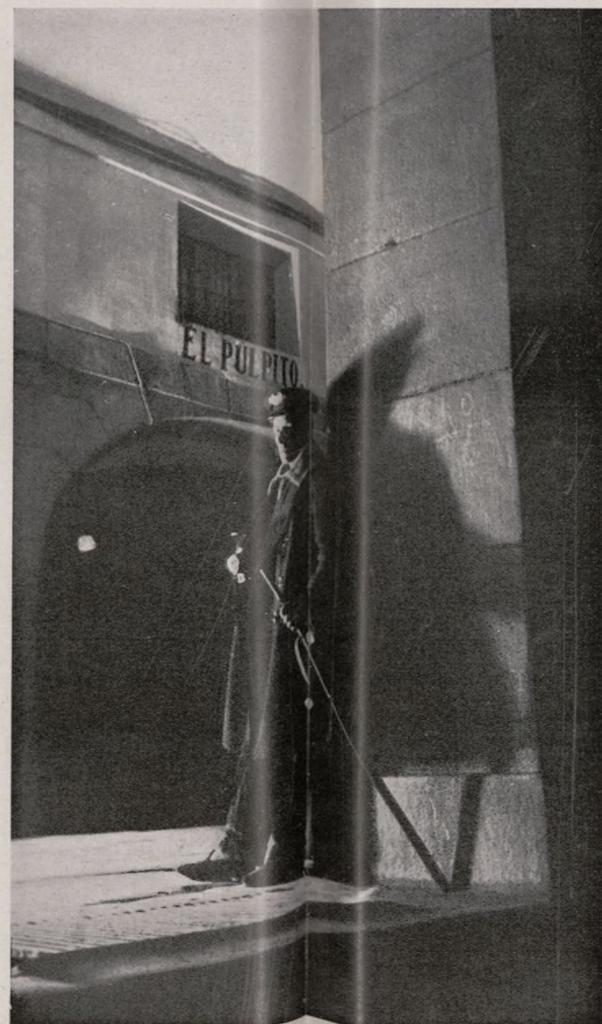
En estas noches en que el Guadarrama nos envía sus buenos deseos de pulmonía, más de uno desearía encontrarse frente al horno de la tahona. Sin embargo, si conocieran el trabajo arduo que se desarrolla en los sótanos amasando la harina que nos servirán hecha pan en las primeras horas de la mañana, la envidia del calor se disiparía instantáneamente. Para estos hombres la noche no tiene descanso; inclinados sobre su trabajo, ven pasar las horas en un solo deseo: ver salir frescos y humeantes a los panecillos de la ciudad.

LOS FERROVIARIOS

Los expresos cruzan la noche. El aliento de la locomotora le va haciendo cosquillas a las sombras. Alertas, mirando las horizontales de la ruta, atentos al mecanismo y a la presión de las calderas, van tragando kilómetros hacia la estación final. Dos, tres palabras, en una estación de tregua; un pitillo, apenas unos minutos de reposo aspirando el aire de la noche, y otra vez al trajín de válvulas, manivelas, paladas, avivando el silencio con pitadas estridentes para arrimar a Madrid, Barcelona, Sevilla, Badajoz, Vigo, San Sebastián... a los turistas, a los viajantes, a los enamorados y a la correspondencia que Madrid envía hacia todos los ámbitos del país.

EL OPERARIO DE LOS RIELES

Cuando los últimos coches se dirigen a encerrar, aparece sobre las vías el carro de las reparaciones. Vienen los equipos eléctricos, que desparraman en la oscuridad los fuegos artificiales de sus chispas de color. El violeta, verde, tornasol, que arrancan los tubos de fuego al acero de los rieles se esfuman tras un inflamado resplandor de incendio. Es otro de los héroes de la noche. Debe ajustar, asentar bien sobre el pavimento los hilos de metal por los cuales rueda media población madrileña.



EL GUARDABARRERA

En el trágico cruce de los pasos a nivel, esquina de la muerte, la noche es para el guardabarrera una vigilia permanente con su farol y las banderas de aviso. Cientos de vidas están a merced de su atención, puestas en sus manos con la convicción de que no ha de abandonar su puesto, por donde pasa como un bólido el expreso nocturno. Echada su vista sobre los rieles, aguarda sin impaciencias el cruce de los trenes, atendiendo, con la cachaza de un insólito pastor de mostruos, el paso de los rugientes rebaños de acero, que él encamina con el índice de la bandera o con el guiño rojo del farol.

LA ENFERMERA

Entre el sopor de las salas y corredores impregnados de éter y cloroformo, la enfermera hace su guardia. Está lista al llamado de la recién operada, o al gemido de quien espera la operación, o a la respiración fatigada del convaleciente. Vive para un mundo de dolores, encerrada en la fría vitrina del sanatorio, consagrada a su misión de bicefalo humano. ¡Cuántos miles de pacientes no le deben a sus manos el remedio o la atención instantánea para cerrar con un sueño tranquilo los sobresaltos de una noche pellizcada por el dolor.

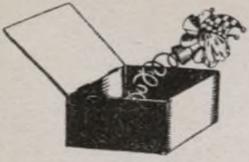
LA COSTURERA

Hay que darle pan a los pequeñuelos. La vida es dura; el trabajo de casa no tiene el límite de las ocho horas. Su máquina de coser gira sin descanso. Pasan los manteles, pañuelos, vestiditos, camisas, vertiginosos bajo la suave presión de sus manos, que los guían en la ruta del hilo. El montón de ropa blanca no la atemoriza. El reloj cercano echa al vuelo de sus campanadas la proximidad de la aurora. Su pájaro duerme, sus hijos reposan. Ella debe terminar para las primeras horas de la mañana el equipo de una novia. Y no cesa en su pedalear. ¡Ella también fue novia!...

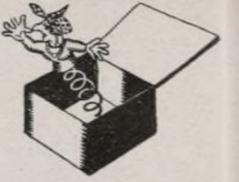
EL CONDUCTOR DE "TAXI"

—Vamos, rápido, a Chamartín...
Es el señor de las últimas horas, cuando comienzan a entornarse las puertas de los lugares de diversión. Los tranvías ya no hacen trepidar la calle. Las manzanas se alargan. Esas distancias, en las interminables noches de invierno, lo meten dentro del primer "taxi". Y el "taxi" lo deposita en la puerta de su casa. Durante toda la noche el ruido de los motores de "autos" nuevos y viejos, novatos y profesionales a punto de jubilarse, le hacen saber a la ciudad que ellos cuidan por los cuatro puntos cardinales, su misión de siempre viva.





LA CAJA DE SORPRESAS



Cuando los astros se suicidan

Por I. P. WALKO

Después del reciente descubrimiento de una nueva estrella particularmente brillante en la constelación de Hércules, los astrónomos y físicos se han aplicado con renovados bríos al estudio de las "novae", puestas ahora de actualidad. Es conocido el fenómeno. En alguna parte, en medio de una constelación o de una nebulosa, aparece de pronto una nueva estrella que brilla con un estallido particular durante algunos meses o algunos años, y luego desaparece de nuevo en la obscuridad del cielo. En realidad, la palabra "nova", que significa estrella nueva, es impropia. Las fotografías de la bóveda celeste en que parece nacer la nueva estrella prueban que la "nova" existía desde siempre como estrella de décimo o de vigésimo orden, y que solamente su poder de irradiación es lo que se ha decuplicado.

En otro tiempo se explicaba la aparición de una "nova" por el choque de un astro con un meteorito importante. Según la teoría del astrónomo inglés Jeans, tal choque no es indispensable: basta con que un cuerpo celeste se aproxime considerablemente a una estrella para que de ésta se desprendan, por la fuerza de la atracción, inmensas masas de gas. Es así como se habría levantado, hace millones de años, ese astro de importancia mediana que es nuestro sol y cuyos nueve planetas son un testimonio del cataclismo cósmico que una vez ocurrió.

"NOVAE" Y "SUPERNOVAE"

La fuerza luminosa de la "nova" de Hércules sobrepasa la categoría media de las "novae" y se aproxima a la de las "supernovae". Por un curioso azar, pocas semanas antes de la aparición del nuevo astro, dos astrónomos norteamericanos muy conocidos, Baade y Zwicky, publicaron el resultado de sus investigaciones en esta clase de estrellas. Según estos dos sabios, la fuerza luminosa de una "supernova" equivale a la de un millón de astros ordinarios, y la energía que ella desprende es aún más importante. Sin embargo, esta luz deslumbradora no dura más que algunos días. Luego se buscaría en vano al astro luminoso en el lugar que ocupaba en el cielo; ni el más poderoso de los telescopios le descubriría: el astro se ha apagado.

De acuerdo con la teoría de la relatividad, materia y energía son dos manifestaciones del mismo fenómeno, y la irradiación lleva consigo una pérdida de la energía. Para un astro normal, esta pérdida es mínima. Así, por ejemplo, el sol, al cabo de mil años, no pierde más que una millonésima de su peso. Mientras tanto, la "supernova" pierde en pocos días una cantidad de energía equivalente a todo su volumen. Un astro de esta naturaleza se irradia en el espacio, se suicida—podría decirse—, trocando una existencia infinita y desteñida por algunos días de deslumbramiento glorioso.

Semejantes fenómenos no se producen más que muy raramente. De cada cien millones de estrellas, apenas si se encuentra una "nova", y las "supernovae" son aún menos numerosas. Como nosotros no podemos ver con nuestros propios ojos, ni siquiera con ayuda de nuestros telescopios, más que una ínfima parte del universo, sólo asistimos muy raramente a esas muertes de estrellas. Solamente una vez en el curso de la historia nos ha sido dado a los mortales contemplar en medio de la Vía Láctea una soberbia "nova". (La "nova" de Hércules no pertenece a la Vía Láctea.) Se trataba de la famosa estrella de Tito Brahe, la "nova" más luminosa de todos los tiempos, y en la cual el pueblo veía un precursor de la batalla de Lepanto, que en el año 1571 decidió para un largo período del curso de la historia.

LOS RAYOS DESCONOCIDOS

Es sabido que sólo una ínfima parte de la energía desprendida en ocasión de la muerte de estos astros se transforma en luz. Según la teoría de Baade y Zwicky, la energía de las "supernovae" se transforma, en su mayor parte, en irradiación cósmica. Por rayos cósmicos, los físicos entienden ciertos rayos ultracortos, extremadamente poderosos y dotados de una inmensa facultad de penetración. Estos rayos han sido analizados en la superficie de la tierra, en el fon-

do de los lagos, en la cumbre de las altas cimas y hasta en la estratósfera, sin que hayamos logrado definir su origen. Pero es cosa casi averiguada que esos rayos no provienen de estrellas próximas a la tierra, y desde hace mucho tiempo, los sabios han intentado explicar su existencia por el nacimiento y la desaparición de los astros.

Baade y Zwicky suponen que las estrellas en camino de su destrucción se descomponen en átomos y hasta en electrones, cuya energía media es, por otra parte, posible calcular. Ese resultado coincide de una manera sorprendente con los cálculos de Regener y de Piccard, los mejores conocedores de la estratósfera con respecto a los rayos cósmicos. Desde luego, una de las primeras cuestiones que se plantea es la de averiguar cómo los rayos cósmicos pueden manifestarse permanentemente, en tanto que la aparición de las "novae" es extremadamente rara. La respuesta es simple. Es cierto que las "novae" son raras, pero solamente entre las estrellas visibles para nosotros. Entre los varios miles de millones de estrellas invisibles, nacen y mueren "novae" a cada minuto, sin que lo sospechemos. Esto explica que la irradiación cósmica sea ininterrumpida y su fuerza, más o menos, la misma. Naturalmente que si en estos momentos una "supernova" hiciera su aparición en la Vía Láctea, como en otro tiempo la estrella de Tito Brahe, la fuerza de esa irradiación se vería centuplicada. Desgraciadamente, tal fenómeno se observa rarísimamente. Sin embargo, dado que la "nova" de Hércules es igualmente visible a simple vista, lo que revela su proximidad relativa con nuestro planeta, es de prever que podremos registrar igualmente algunos cambios, aunque no sea cierto que la velocidad de los rayos cósmicos sea idéntica a la de la luz.

El resultado de los recientes trabajos del profesor Kohloerster prueba, en efecto, que la intensidad de esa irradiación ha aumentado ligeramente sobre la superficie de la tierra. Es por esto por lo que el profesor Regener acaba de lanzar un nuevo globo hacia la estratósfera, sin viajeros, como se comprenderá, que ha alcanzado una altura de 27.000 metros. Múltiples cifras han registrado los aparatos automáticos de medida.

La publicación de los resultados definitivos, basados sobre esos cálculos, exigirá todavía algún tiempo; pero puede darse por descontado desde ahora, gracias a los aparatos registradores, que la intensidad de irradiación en la estratósfera es un 4 por 100 más importante que la irradiación ordinaria. En verdad, es posible que se trate de una simple casualidad, y no hay duda que, para tener un resultado definitivo, todos los físicos del mundo deberán controlar las cifras; parece, de todas maneras, cierto que la aparición de la "nova" de Hércules viene en apoyo de la teoría de Baade y Zwicky. Todo ello nos permite esperar que se vea resuelto uno de los misterios de la Astronomía.

TRADUCCION ESPECIAL PARA "CIUDAD"



Una época a través de los anuncios

Por MAX HELLER

Cuando Bulver escribió su famosa novela *Los últimos días de Pompeya*, estudió durante mucho tiempo y meticulosamente las inscripciones murales exhumadas en las excavaciones. Aquel que en el año 3000 quiera iniciarse en la historia de nuestra civilización y de nuestras costumbres podrá consultar, con tanto provecho como Bulver, los pequeños anuncios de los periódicos, que constituyen una fuente extraordinariamente rica de documentación. En las líneas que siguen, echaremos una rápida ojeada a la historia de los anuncios por palabras, tal como nos ha sido revelada por los periódicos de Praga.

Es hacia la mitad del siglo XVIII cuando encontramos en los periódicos que aparecen entonces, más o menos regularmente, los primeros pequeños anuncios. En su mayor parte, son insertados por editores e impresores, que se hacen así su publicidad. En varios números seguidos del *Allgemeine Prager Anzeigenblatt*, encontramos el anuncio siguiente:

Partitura de Las Bodas de Figaro, para piano, la vendo en mi casa, calle Grande número 84. La oferta hecha por seis ducados.

Ayuntamiento de Madrid

Seis ducados equivalen a unas 250 pesetas actuales, y el anuncio habla claramente de la boga de la música en aquella época.

Hacia el mismo tiempo, la censura se hizo muy rigurosa, tachando severamente una gran parte del contenido de los periódicos. Poco a poco se vió en éstos que el anuncio desalojaba al texto y ocupaba casi todas las columnas. Fué entonces cuando se asistió al nacimiento de una cantidad de periódicos casi exclusivamente consagrados a la publicidad, como, por ejemplo, el *Im Koenigreich Boheim*, destinado, como su título lo indica, a los edictos, licitaciones y anuncios de mercaderías, a los objetos "robados, perdidos o encontrados", a los mercados semanales, etc.

Entre los pequeños anuncios que han hecho época, citemos el primer anuncio matrimonial, publicado en 1794, y que es, ciertamente, el primero en su género bajo la Monarquía austrohúngara, y, sin duda también, en toda la Europa Central. Sería demasiado largo reproducirlo *in extenso*, pues ocuparía casi una columna. Nos limitamos a reproducir los párrafos más interesantes:

Viudo desde hace tres meses, de cuarenta años, sin taras físicas, con dos hijos, los dos muy bien educados. El sueldo actual del postulante pasa de los quinientos florines por año. En caso de muerte, su viuda percibiría una pensión anual de doscientos florines hasta el fin de sus días. El postulante es de una excelente moralidad; actualmente está viviendo en una de las mejores ciudades de Galitzia. Por medio de este anuncio busca, para hacerla su segunda mujer, joven originaria de Bohemia. (Su difunta y llorada esposa era también originaria de este país...) La futura deberá ser convenientemente instruida, de piel blanca, sin defectos físicos, que haya tenido ya la viruela y la enfermedad no le haya dejado huellas. Debe ser buena ama de casa. Las jóvenes que crean poder convenir a este anuncio, pero que sean tímidas, pueden obtener informes verbales complementarios en la oficina de expedición de este periódico, Frenzengasse, 492.

El "postulante" era, sin duda, algún funcionario relegado o desterrado en Galitzia, y se sentía desarraigado. En cuanto a su exigencia de encontrar una futura que ya hubiese tenido la viruela y no hubiera quedado marcada, ello no tenía nada de extraordinario en aquel tiempo. ¿No se ha visto, acaso, recientemente, en la sección matrimonial de un gran diario, otro postulante que... "preferiría joven a la que ya le hubiesen cortado el apéndice"? Sea como sea, lo cierto es que las autoridades algo intuyeron contra las costumbres, y ordenaron una investigación.

A comienzos del siglo XIX, como consecuencia de la rápida industrialización de la producción, la publicidad propiamente dicha tomó un lugar destacado en los periódicos. No contentos con dirigirse a su clientela por medio de los diarios, los anunciantes comenzaron a hacer distribuir prospectos. Las bibliotecas y museos de Checoslovaquia poseen una curiosa colección de estos últimos.

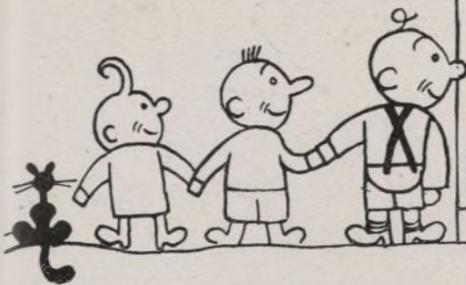
Uno de los anuncios trata de captar la atención del comprador no solamente por la palabra, sino también por la imagen. Es un reclamo de cierta marca de betún. Se ve en él a un señor que se está afeitando delante de su bota, bien lustrada, que hace las veces de espejo; detrás de él, su gato se mira en otro bota.

Los periódicos de hace ochenta años, la *Prager Zeitung*, por ejemplo, poseían una sección de anuncios, ya numerosos, pero aún sin clasificar. Sin embargo, treinta años más tarde, se advierte, entre otros, en el *Prager Tageblatt*, anuncios que no se distinguen casi de los que llenan las últimas páginas de los diarios de hoy. Se ofrecen ya allí "calzados con suelo de caucho"; las casas de comercio recurren a ellas para encontrar sus viajantes y agentes, y locatarios exigentes piden allí habitaciones sin pulgas ni chinches. Ciertamente, uno acudiría en vano si pretendiese encontrar la publicidad de lámparas eléctricas, automóviles de ocasión o aparatos de radiotelefonía; pero se ofrecen lámparas de petróleo, ungüentos para conseguir un pecho firme, y hemos descubierto, el 13 de diciembre de 1884, el siguiente anuncio:

*Bacilos Koch
de Cholera asiática.
Preparación microscópica.
Envío franco por V. FRIC.
Precio: 3 florines 10.*

Prager Tageblatt, Praga.

EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



La vaca de las ubres de oro

CUENTO INFANTIL

Por JOSE S. SANTONJA

(Conclusión)

III

Era una vaca de pelo amarillo, con manchas blancas, de hermosa estampa, de mirada lánguida y melancólica...

Animal dócil, noble... Tenía por nombre "La Dorada".

Exteriormente no ofrecía ninguna otra particularidad, y sin embargo...

"La Dorada" era un tesoro! ¡Un tesoro viviente! Más aún: ¡era un prodigio!

Porque habéis de saber, queridos amiguitos, que esta vaca, cuando se la ordeñaba, de sus ubres, siempre repletas, manaba un hilito de leche blanca..., blanca..., blanca...

Diréis que esto no tiene nada de prodigioso, porque de las ubres de todas las vacas brota, al ordeñarlas, un hilito de leche blanca y espumosa...

Un poco de calma, que todo se explicará.

De las ubres de la vaquita de mi cuento brotaba leche, pero, ¡he aquí lo prodigioso!, cuando esta leche caía en la vasija, quedaba al punto coagulada, solidificada..., ¡convertida en panes de oro!

¡De oro!

¡De un oro purísimo! ¡Oro de ley!

Y este milagro sólo se operaba una vez al día, y precisamente al salir el sol. Pasado este momento, era inútil ordeñarla: no se obtenía ni una partícula más de oro.

¿Cómo podía ser esto? No se pudo averiguar nunca la causa de tal prodigio. No tratemos, pues, de analizar la causa, y hablemos solamente de los efectos.

La leche se convertía en oro, y el oro, bien administrado por los afortunados poseedores de la prodigiosa vaca, se convertía en bienestar..., en salud..., en felicidad...

Dicho en una palabra: ¡en alegría!

Los esposos Pedro y Nieves eran la comidilla de toda la comarca y la envidia de mucha gente. ¡La envidia! ¡Plaga terrible! ¿Conocéis cosa más repulsiva que la envidia?

Desconfiad y huid del envidioso. En el envidioso cabe siempre una traición y una maldad.

La alegre Quinta de los Claveles fué víctima de esa plaga. Por su puertas se entró la envidia, del brazo de los habitantes de la Alquería de la Mugre, alentados por todos su comarcianos, que eran tan vagos, tan sucios y tan envidiosos como ellos de la prosperidad de sus semejantes.

Hacía tiempo que "El Mugre" y su repugnante mujer "La Manchosa" observaban el bienestar de sus vecinos, que contrastaba lamentablemente con la ruina y la miseria de su casa.

Ellos veían que, mientras el huerto y los campos de la "Quinta de los Claveles" aparecían radiantes de flores y pletóricos de frutos cada primavera, el campo de su alquería cada año daba menos frutos y cada primavera brotaban menos flores en su desmedrado huerto.

¡Y de sus mezquinos corazones se apoderó el demonio de la envidia!

IV

Pablo y Nicasia habían ido vendiendo poco a poco sus vacas, sus cabras, sus ovejas... y hasta las tierras de labor tenían hipotecadas. Sus vecinos, los de la Quinta de los Claveles, habíanles comprado muchas reses, varias colmenas, algunos potros, y andaban en tra-

tos para quedarse con un terreno colindante que, por rara casualidad, aún no estaba en manos de la usura.

Pedro y Nieves pagaban siempre al contado y sin discutir el precio. Eran caritativos, y la miseria de esta pobre gente les daba lástima, por lo que, en más de una ocasión, añadieron algunos dineros al precio convenido. Pero *esta pobre gente* era perversa, y la generosidad de su vecinos y protectores, lejos de llevar a su ánimo el instinto del agradecimiento, engendró el odio más enconado.

—¿De dónde les vendrá tanta riqueza?—se preguntaban a todas horas—. Al fin, unos miseros campesinos como ellos... Y los campesinos no suelen hacerse ricos con el producto de la tierra... ¡Si sabrían ellos lo que producía la tierra! ¿Habrían heredado? ¿Se dedicarían a la usura? ¿Qué endiablados negocios traían entre manos que tan buenas ganancias les reportaban?... ¿Negocios? ¡No serían muy limpios los tales negocios!

Y tanto criticaron, tanto rastrearon... y tanto husmearon, que al fin vinieron a dar en lo que ellos llamaron origen de la fortuna de sus vecinos: ¡la vaca de las ubres de oro!

Y aquí fué el asombrarse, el indignarse, el vociferar de aquellas gentes.

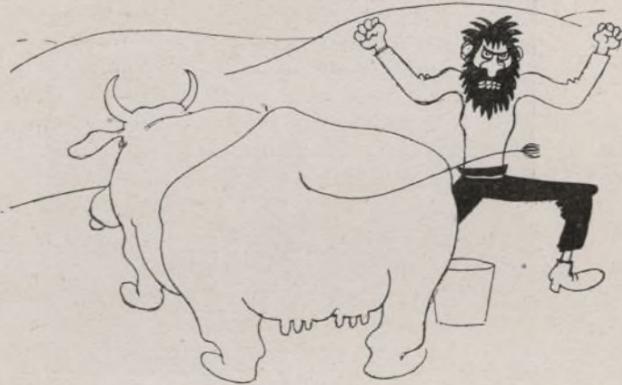
Y... ¿queréis saber lo que se les ocurrió decir a todo el que quiso escucharles? Que la vaca prodigiosa, "La Dorada", era de su propiedad; que en un lote de varias reses que habían vendido a Pedro, esa vaca rubia habíase escapado sin que nadie lo advirtiese; que la reclamarían y que habrían de dársela, por las buenas o por las malas... Y, en efecto, la reclamaron.

Pedro protestó que la vaca había nacido en su establos... que lo que aseguraba Pablo era una impostura y una villanía... ¡Todo en vano!

Pablo acudió al síndico de la comarca, se nombró un juez, se reunió un Tribunal...

Pedro no pudo presentar pruebas... Pablo las presentó falsas...

En suma: la vaca fué entregada a Pablo, quien tuvo buen cui-



dado de no descubrir el secreto del tesoro que la res guardaba en sus ubres prodigiosas.

V

Al día siguiente, los habitantes de la Alquería de la Mugre se levantaron muy temprano.

¡Oh, sí!, muy temprano. Acababan de dar, en el reloj de la aldea, ¡las diez de la mañana!

Y su primer cuidado fué ordeñar la vaca, codiciosos de su oro. Desde la víspera tenían preparadas varias vasijas..., no muy limpias que digamos, pero buenas, según ellos, para el objeto.

"La Manchosa" fué la encargada de ordeñar, y no bien hubo empezado su delicada labor, cuando la vasija se llenó... ¿de oro? ¡Quia! ¿De leche? ¡Tampoco! Pues ¿de qué se llenó?, preguntaréis. ¡De agua sucia y pestilente!

¡Esto era inaudito! Jamás pudieron sospechar cosa semejante. Que la vaca no diese oro, bueno; pero que no diese leche... Allí había misterio, según opinión de Pablo.

Pero "La Manchosa", que era de suyo maliciosa y supicaz, dijo que allí no había tal misterio, sino un engaño y una burla por parte de su odiosos vecinos. Ellos habían cambiado la vaca de las ubres de oro por esta otra, falsa y enferma, que daba leche adulterada. Y era preciso reclamar la verdadera. ¡Pues no faltaba más! ¡No faltaba más sino que se dejaran engañar como bobos, tan villanamente! ¡Protestarían, sí! ¡Ya lo creo!

Y allá fueron todos a la Quinta de los Claveles con la famosa vaquita.

Reunióse en el zaguán un numeroso grupo de vecinos de la comarca, que comentaban apasionadamente lo ocurrido, y como los que más gritaban y gesticulaban eran Pablo y Nicasia, a ellos les daba todo el mundo la razón. Y era natural que se la diesen, porque, a la cuenta, todos eran lobos de la misma camada, gentes viciosas y holgazanas, enemigos de todo trabajo.

Fué llamado el síndico que antes entendiera y fallara el pleito en favor de "los manchosos", y tuvo frases durísimas para Pedro y para Nieves..., y les amenazó ¡hasta con la cárcel!, si no entregaban la vaca reclamada.

Pedro aseguró que no había otra, y que si en manos de sus nuevos propietarios no producía más que agua sucia y pestilente, culpáranlo al cambio de pesebre, al pasto nuevo, a la hora en que había sido ordeñada..., a mil causas más, pero no a la mala fe de sus antiguos dueños. Que él estaba allí dispuesto a demostrarlo cuando quisieran, comprometiéndose a ordeñarla delante de testigos, pero en su casa y a la hora que él dijese, que sería la del alba...

Todo esto dijo, y mucho más, por lo que el síndico ordenó que se encerrase la vaca en su antiguo establo y fuese custodiada por varios vecinos hasta la mañana siguiente.

Y antes de salir el nuevo sol ya estaban en el zaguán otra vez todos los vecinos, el síndico y, aunque os parezca mentira, también acudieron puntuales "La Manchosa" y su marido, quienes en esta ocasión, ¡la única en su vida!, madrugaron de lo lindo. ¡Lo que puede la codicia!

Una vez reunidos, el bueno de Pedro tomó una vasija dorada, y en el preciso instante en que los gallos lanzaban a los cuatro vientos su primer ¡ki-ki-ri-ki!, empezó a ordeñar su vaca.

¡Y la vasija se llenó de leche..., que al instante quedó cuajada y convertida en oro.

Un rayo de sol cayó sobre todos los presentes.

Y en este momento la vaca y el hombre, bañados por los primeros resplandores del astro del día, semejaban un grupo escultórico cincelado en oro puro por un artista divino.

Y todos exclamaron:

—¡Milagro! ¡Prodigio!

Es decir, todos no; los "manchosos" de la Alquería de la Mugre se tiraban de los pelos y se mordían las uñas. Esperaban confundir y abochornar a sus vecinos ante el pueblo entero, y resultaba que los abochornados eran ellos...

Y más cuando oyeron decir al síndico:

—Un animal de tales méritos no puede estar en poder de cualquier ciudadano; no puede ser patrimonio de uno solo, sino de todos, y desde este momento queda por mí decretado que la vaca de las ubres de oro pase a ser propiedad de los vecinos de esta comarca y sea depositada en el Ayuntamiento.

A continuación dictó un reglamento para que todos los vecinos disfrutasen de los beneficios de la vaca cada veinticuatro horas, por riguroso turno. Púsose en práctica inmediatamente esta sabia disposición, y la vaquita empezó a pasar de mano en mano...

Pero...

¡Lo que ocurría era irritante!

Sin duda, la vaca estaba embrujada, y el que la embrujó se había propuesto burlarse bonitamente de todo el mundo...

¿Creéis que ni un solo vecino conseguía ver convertida en oro la leche de la vaca?

Pues así era. Y todos se llamaron a engaño.

Y fueron en tropel a protestar ante el síndico.

El síndico llamó a Pedro y a Nieves, como presuntos embrujadores de la vaquita. Pedro no supo defenderse. El mismo no podía comprender aquello...

Y ya iban a ser condenados a prisión y confiscación de sus bienes, cuando de entre el público que escuchaba anhelante el fallo del Tribunal salió una voz que pronunció estas palabras:

—¡Vais a condenar a dos inocentes! La vaca de las ubres de oro pierde toda su virtud cuando no la ordeñan manos avezadas al trabajo.

Todos se volvieron hacia la persona que había hablado.

Era un viejecito de lengua barba blanca, de noble y bondadoso aspecto. Nadie le vió llegar; surgió de improviso, y al oírle, todos quedaron extáticos escuchando sus palabras dulces, melodiosas...

—Soy el Trabajo. Yo proporciono a los humanos la Riqueza, la Alegría, la Felicidad. La vaca de las ubres de oro es un símbolo ideado por mí para dar una lección a los habitantes de esta comarca, tan propicios a la pereza, a la vagancia y a la vida cómoda. Para hacerlos ver que, mientras la vaca prodigiosa esté en poder de sus primitivos dueños, oro será cuanto de su cuerpo salga, porque estos honrados vecinos viven exclusivamente dedicados al trabajo... Y por eso, hasta el estiércol de las bestias se les ha de convertir en oro. Pero vosotros, especialmente Pablo "El Mugre" y Nicasia "La Manchosa", sólo pensáis en la holganza y en los vicios, despreciando el trabajo, fuente de toda riqueza y bienestar. Y mientras no cambiéis vuestras costumbres e inclinaciones, lo que es oro para los trabajadores será para vosotros estiércol e inmundicias.

Así habló el viejecito de la barba blanca..., y desapareció.

Entonces el síndico, alzando los brazos y clavando su mirada en el Infinito, exclamó:

—¡Oh, cuán sabías han sido las palabras de ese anciano! ¡Grabadas en vuestra memoria y retiradas a vuestras casas, que si sabéis aprovechar la lección, habréis conquistado la mayor de las fortunas.

Y eso os digo yo también, niños que habéis tenido la paciencia de leer mi cuento hasta el fin: si habéis sabido leer entre líneas la moraleja que encierra, medita sobre ella y tenedla bien presente durante toda vuestra vida, pues ya habéis visto cómo el Trabajo y la Honradez se convierten siempre en ORO DE I.E.Y.



Aún los más grandes titanes de la Armada norteamericana pueden atravesar el Canal.

El Canal de Panamá

Resulta una triste ironía llamarlo "Canal de Panamá", cuando de todo el trayecto es lo único que carece de ciudadanía panameña...

Allí está, sobre las compuertas de Gatún, la bandera de la Unión, diciendo: "Me encuentro en este sitio porque todo esto es mío, y si no lo incorporo definitivamente a mi cuerpo, es para no perder la armonía de mis cuarenta y ocho estrellas..."

A media noche habíamos anclado frente a Cristóbal, mientras se arropaba en sus luces amarillentas, iluminación barata de ciudad que sólo gastaba en emborracharse tras el deslinde del patrimonio norteamericano.

Un murmullo de aviones nos sacó del camarote.

Como despertadores de la población, saliendo de entre la selva que nos aguardaba al fondo, sobre las casas de Cristóbal aparecieron con el sol varios hidroplanos de la armada norteamericana; venían pegaditos ala con ala, como horas más tarde, para cuidar la estabilidad, los pilotos irían codo con codo por la vereda del alcohol.

Los ojos del pasaje estaban adheridos a la magnífica acrobacia de las modernas águilas de los Estados Unidos que sobre el cielo de Colombia rubricaban su potencialidad: admirables y temibles.

Porque yo he cruzado el canal con dos emociones en pugna: la admirativa, por esa fuerza humana que anula toda dificultad, y la temerosa, por la peligrosa expansión natural de ese mismo poderío.

La mejor voluntad de panamericanismo se quiebra en el canal.

Bien es cierto que los puertos del Pacífico austral acortan su lejanía de Nueva York; pero, en cambio, la política que ha engendrado a este paso entre los dos océanos que disminuye las distancias, dilata la compenetración de los dos temperamentos del Nuevo Mundo.

Las máquinas comenzaron su esclavitud impulsora después del recreo de un anclaje.

El mar Caribe concluía, y el océano Atlántico se aprestaba a apretarse el cinturón para empujar por el desfiladero de material a nuestro buque, que aguardaba la voz del "starter": "El canal se cruza de mañana..."

Reanudada la marcha, comenzamos a entrar en los recintos del ingenio técnico.

Cómo se hace la travesía

Tenemos a izquierda y derecha dos planchadas de cemento, por donde corren locomóviles eléctricas, de cuyos centros parte, del interior de unos tapones giratorios, el cable de acero que, tendido hasta la proa de la nave, la guía en su paso por las esclusas.

Estos remolcadores de tierra parecen las hormigas que se han echado a espalda la responsabilidad de una conquista desproporcionada.

De improviso, se detuvo nuestro tonelaje.

Nos cierra el paso una muralla de acero; nos encontramos encerrados entre dos paredones que tienen un nivel superior a nuestra borda. Poco a poco, sin embargo, los ojos vanse guiando, por la escala numérica pintada en ellos, de la rapidez de nuestra ascensión. El montacarga acuático nos eleva paulatinamente sobre las motas de los negritos panameños que nos contemplan con el hastío de este su juego diario.

Estamos en Gatún, en el primer peldaño de la escalera atlántica.

Entretanto, Cristóbal se cambia la segunda camisa del día y Colón sacude a los últimos borrachos de la noche anterior.

Crucé el canal cuando aún existía la ley seca, y, por lo tanto, me depararon sus poblaciones una muestra de hipocresía puritana. En Cristóbal se bebía a escondidas, mientras en Colón, sin importársele la canícula agotadora de cualquier energía, se bebía sin medida.

En una esquina regían leyes norteamericanas, y era vedado beber; se cruzaba la calle, y en la esquina opuesta terminaba el mandato del Tío Sam, y sus marineros y soldados caían al suelo bestialmente embriagados.

Aguardábamos todos que se abrieran las puertas de Gatún con la curiosidad con que Ali Babá y los cuarenta ladrones esperaban el resultado del "Sésamo, ábrete". Estamos ante la primera prueba

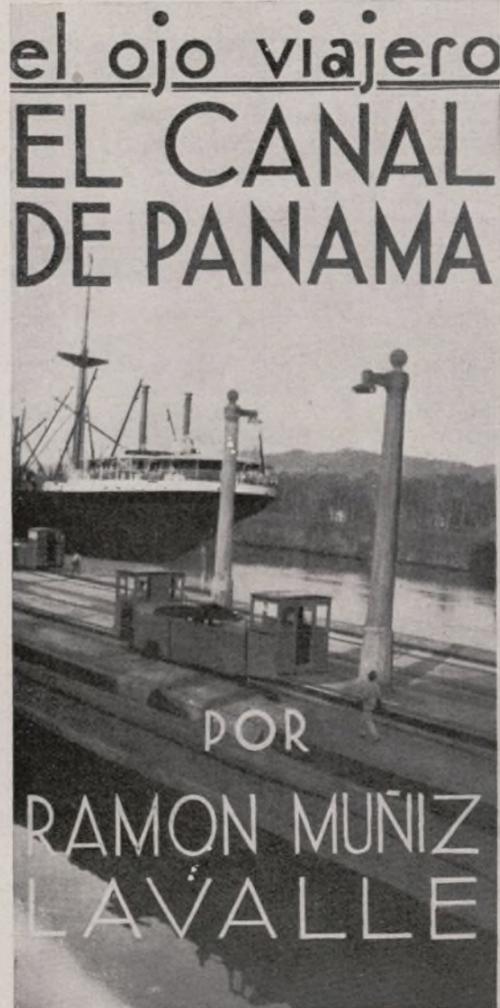


Uno de los automóviles

de prestigiosidad de esos mágicos ingenieros norteamericanos; repentinamente vemos ir desapareciendo las hojas gigantes que nos cortaban la visión de proa, y ya en alto nivel, podemos continuar el viaje por esas esclusas de 300 metros con 33 de ancho y 21 de profundidad. Tres escalones en Gatún, para luego sentir una brisa ardiente en el lago del mismo nombre, que adornan cañaverales trunco. Estamos ya en condiciones de proseguir, y mientras las locomóviles continúan trepando por la lomita que conduce a las oficinas y depósitos de Gatún, las compuertas han desaparecido, y los cables quedan tendidos en tierra, como agotados de esa tensión hercúlea que ha logrado hacer pasar nuestro buque al segundo tramo del canal.

Las cubiertas se llenan de pasajeros recientes: negros vendedores de estampas, tarjetas postales, fotografías, sombreros, curiosidades, han hecho un abordaje silencioso. En segundos nos vemos sometidos a su jerga anglohispana; algunos de ellos traen diarios de Panamá donde el titular de primera página anuncia que la campaña presidencial ha sido sellada con la marca regional de una rueta con muertos y heridos. Otros vendedores nos ofrecen los célebres sombreros de paja de fama mundial.

Estamos en el lago de Gatún, a una altura aproximada de 30 metros sobre el nivel del mar. Mirando desde la popa observamos las últimas columnas de cemento: cruces blancas, electrizadas, que parecen vistas desde lejos, el camposanto simbólico donde han encontrado un homenaje mudo, trágico y latente esas multitudes interna-



sionales que sucumbieron por las pestes tropicales en los trabajos preliminares de la apertura del canal.

El río Chagres allí está inmobilizado por el ingenio técnico de los norteamericanos, paralizado en su historia, avergonzado de una destino burlesco, cuando antes fué el escenario fabuloso que decoraron los aventureros españoles que marchaban a las ciudades del Pacífico.

El lago es grande, y su extensión se aproxima a los 35 kilómetros, hasta Gamboa.

En él ya estamos en contacto con el panorama que se ha leído o escuchado: esa naturaleza semisalvaje vencida en sus alientos de fiebres mortales por la pasión higiénica de la raza que dominó su maldad.

Las orillas se abren y cierran, según la configuración del terreno; sobre ellas se extiende un infinito de plantas y árboles, que a cada margen, por cinco millas, tiene ciudadanía norteamericana.

La mañana se desliza entre la admiración de babor y estribor.

Se corre de un lado a otro vaciando, con el anhelo de ver todo, al más aniquilador de los calores. Monos hay que saltan a nuestra vista siguiendo la marcha por entre las ramas; los yacarés o caimanes panameños exhiben sus epidermis sinuosas, donde posan bandadas de cuervos; carteras en bruto que algún día encerrarán el lápiz de colorete de las damas que hoy se horrorizan al verlos bostezar.

De trecho en trecho, las señales distribuidas por la organización de la zona del canal. Mientras avanzamos hacia el paso de Culebra, nos encontramos con las islas de hierro, grúas y maquinarias negras de petróleo, que viven a la espera de los continuos desprendimientos.

La travesía se hace sin más emoción que el paisaje, verde, siempre verde, de matices, a los cuales el sol les encuentra una nueva gama. Bien verde, como una esperanza que simboliza tan bien lo que es América: una inmensidad fresca que se dilata como una esperanza infinita...

Sólo se perciben durante la travesía escasas poblaciones, más bien caseríos, como Canal Zone, "C. Z.", húmedos, recalentados, con sus techados bajos sobre cuatro sostenes que circunda una tela metálica, y en donde vive sacrificada una minoría militar que añora los rascacielos y que aguarda entre cada nuevo folletín del "Cosmopolitan" la hora del traslado a la Unión.



Una locomóvil ayudando al paso de un buque.

Caminamos dentro de la herida de América, de este tajo continental que las grúas impiden cicatrizar, acercándonos al Paso de Culebra.

El canal se estrecha, las orillas ofrecen el espejismo óptico de parecer ir a unirse unos cientos de metros antes de proa. Esta repentina delgadez nos advierte que ya estamos en el trecho trágico donde se experimentó el fracaso de un sistema y el triunfo de otro. El Paso de Culebra, o ahora "Corte Gaillard", comienza en Gamboa y se alarga por ocho kilómetros, con un ancho no menor de 90 metros, llegando hasta donde comienza el descenso al Pacífico.

El Corte Gaillard fué en la época de Lesseps el más insaciable aspirador de vidas humanas: el vómito negro, las pestes, epidemias continuas, el cólera, la fiebre amarilla, toda esa variedad tropical de asechanzas a lo vivo, devastaron los campamentos franceses y apresuraron el gran escándalo políticofinanciero. Recordé la briosa figura de Clemenceau joven, airado y rugiente en los célebres debates e iracundas polémicas de París, que tanto daño le hicieron.

Sobre un paredón liso se destaca una placa gigante. Encuéntrase incrustada en el muro de tierra, a mano derecha, a una altura como de 30 metros sobre el nivel del agua; representa a dos trabajadores con medio cuerpo desnudo, con sus elementos de trabajo en las manos. La distancia nos impide leer su leyenda; mas la muda elocuencia basta para emocionarnos. Estamos frente al homenaje que el vencedor dedica a los nobles vencidos, a los que murieron allí por millares.

Poco después entramos a la sección Pacífico. En Pedro Miguel, la nave baja por una esclusa hasta el lago Miraflores; a su final, las esclusas del mismo nombre nos depositan en el otro lado de América.

Hemos llegado a Balboa; hemos visto los cuarteles norteamericanos, los aviones que deberán volver a France Field. En Balboa hay ruidos y sensación de trabajo. Los hidroplanos cuidan el cielo. El buque se detiene. Bajan los pasajeros que subieron en Cristóbal y desaparecen los negros vendedores de "souvenirs". Nos aprovisionamos de frutas nativas, y unas horas más tarde tomamos rumbo para Los Angeles.

De Balboa a Panamá, capital, hay un corto tranco de avión. Ciudad bonita, donde relucen, como senos de virgen, las cúpulas de su iglesia mayor. De New Cristóbal a Balboa hay de ocho a diez rollos de películas.

Un poco de historia y de estadística

En 42.799.826 dólares Estados Unidos compró la propiedad francesa. El 4 de mayo de 1904 los norteamericanos ocupan la zona del canal. Ya Washington ha definido en el mar Caribe la moderna interpretación que para la Casa Blanca tiene la doctrina Monroe. Roosevelt, con declaraciones prácticas, especifica el nuevo sentido: "Centroamérica para los Estados Unidos". Una revolución, idealizada a fuerza de dólares, estalla en el istmo. Los marinos norteamericanos cuidan a los revolucionarios y apuntan sobre Colombia. El nacimiento político del canal se define en la vida ciudadana como "hijo natural". Porque la República panameña es el producto de la desavenencia matrimonial de la Unión con Colombia, de Norte con Sur.

El canal lo hizo el Gobierno, y fué un tiro que mató dos pájaros: acercar los mercados del Sur, desplazar a Europa y asegurar el tráfico nacional del Atlántico al Pacífico y viceversa.

Pero la suerte es patrimonio del rico, y no sólo serían ventajas políticas, sino también económicas, las que obtendría el constructor. "Un dólar por tonelada..."

Aquel corte de cirujano magistral atrajo miles de buques. Hasta el 1.º de enero de 1930 han cruzado por él, 65.448 naves mercantes con un desplazamiento mayor a 20 toneladas. El costo del canal hasta el 1.º de julio de 1927 ascendía a 338.000 dólares. Sólo en el mes de enero de 1929 se recaudaron en concepto de derecho de cruce 2.503.815 dólares. Cien líneas navieras tienen un servicio regular entre los dos océanos...; y sobre esas ventajas económicas, la escuadra del Atlántico puede desplazarse al Pacífico a la brevedad más rigurosa que exija el definir la hegemonía del océano oeste. No hace mucho, camino a la gran revista del Hudson, los titanes del mar formaron línea india para cruzar el canal en un plano ínfimo que satisfizo a los técnicos navales.

En el año del desangramiento europeo se inauguró el canal. En 1920, época en que se inicia la ofensiva comercial de los Estados Unidos, se le da un nuevo brillo con una inauguración oficial.

El canal ha quedado desde entonces como un símbolo norteamericano en un doble aspecto: técnico y político.



En las compuertas de Gatún.

Film de Keyserling

Por M. ANGEL COLOMAR

TERCERA JORNADA

Extremo Oriente, Norteamérica.—Un mínimo Dante y un Virgilio enorme.

... es el hombre que sube a las cataratas del Niágara, se mete en un tonel encristalado y se deja llevar por la furia de la corriente, mirando a una y otra parte, unas veces asustado y otras jubiloso, pero nunca indiferente.

El hombre de las cataratas del Niágara me invita a un viaje y a una cacería. El vehículo—¡magnífico!—lleva un nombre en la portezuela: "Das reisetagebuch eines philosophen." Países vírgenes—¡virginidad siempre renovada de todas las tierras y de todos los seres!—aguardan trémulos ser poseídos por nuestra mirada. El Mediterráneo, el Mar Rojo, Adem, el Océano Índico, Ceylán; luego, hacia el Extremo Oriente: China y Japón, de punta a punta; y al regreso, adentrándonos en las selvas del Nuevo Mundo. Cazaremos faisanes, aves del Paraíso, colibríes, dragones fabulosos, plesiosaurios, caimanes, panteras, serpientes ponzoñosas, sirenas... (¡Oh las sirenas, hendiendo con sus míticas alas el cielo de Grecia!) No habrá pieza que resista al magnífico "Winschester" de Keyserling. Mi pobre escopeta de pistón también ensayará disparos. Una magnífica cacería, a través del tiempo y del espacio, sublimada de emociones, porque alguna pieza—alguna idea—podría despedazar furiosamente a nuestro Keyserling. (Pirandello sabe bien que los seres de la imaginación tienen una vida propia, independientemente de su creador, y que no pocas veces han absorbido devorado a éste.) Esa posibilidad dramática hace más gustosas la expedición y la cacería. Comencemos, pues, el viaje. Hacia los trópicos...

... pero, antes de partir, el conde de Keyserling me ha dicho:—No es posible entender nada sin amorosa entrega a la cosa. Me doy cuenta de lo que significan sus palabras. Precisa fundir un espíritu con otro, como se mezclan dos colores para obtener un nuevo color. Llegar, en fin, a un "che" netamente espiritual, dándonos limpiamente a aquello que aspiremos a entender. Para eso es preciso que el Conde y yo, intelectualmente, nos tratemos con mucha intimidad.

Las piezas cobradas por el Conde de Keyserling—¡cuántas son y qué pocas se ofrecerán, por apremios de espacio!—van expuestas en tipo negrito; las mías—cuánta humildad ganan con el contraste!—en tipo redondo. No intente verse relación alguna entre unas y otras; no hay diálogo, sino monólogo. Cada loco con su tema. Además, el elefante y la hormiga sólo tienen posibilidad de diálogo en las inocentes fábulas de La Fontaine.

CONDE DE KEYSERLING: *

M. ANGEL COLOMAR: ●

* Mi persona es mundo exterior con relación a mi sujeto. El hombre viaja por su cuerpo. La materia cambia; sólo persiste la dirección. De igual manera, el hombre peregrina por su alma. Cuanto más oye, cuanto más siente y experimenta, tanto mejor se conoce a sí mismo. Y a buen término llega quien ha explorado el ámbito de su alma y lo domina; como el "wikingo" domina el mar.

* En las leyes de la formación irracional de los cristales está contenida toda la música. Todas las ideas artísticas hallan simbólicamente preformadas en el plasma genial.

* El deseo crea la realidad.

● Aritméricamente distinguimos entre "probable" y "posible". En arte aún cabe otra distinción: "Posible" y "realizable".

* El comediante representa; el poeta crea; el metafísico anticipa en el sentido toda posible representación y creación. Por eso el metafísico no debe sumergirse en ninguna figura, no debe sentirse idéntico con ninguna forma. El centro de su conciencia debe coincidir con el del mundo. El metafísico debe contemplar todo fenómeno singular desde el punto de vista de Dios. Y, ante todo, su propia individualidad, su propia filosofía.

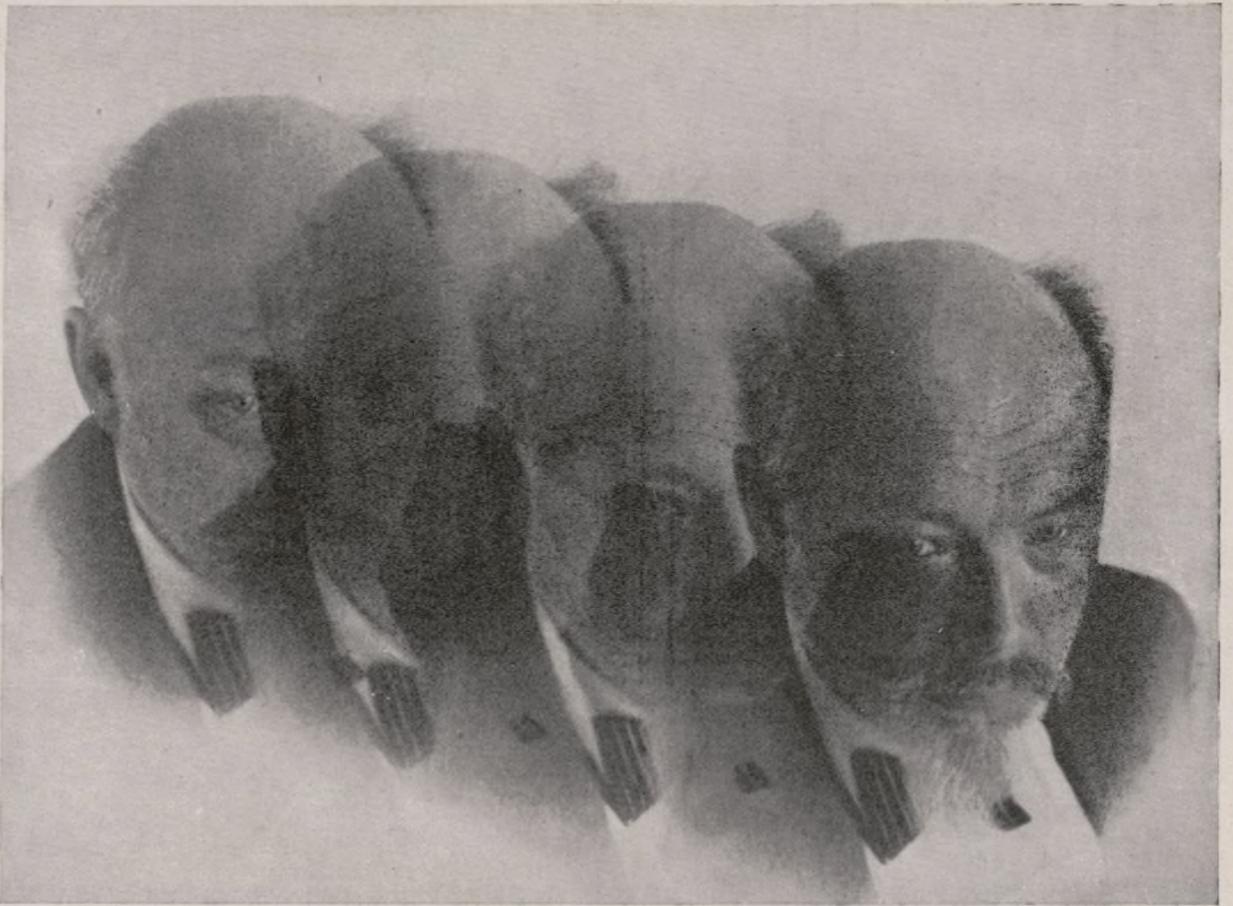
* Toda salvación consiste en conocimiento; pero la fe le prepara el camino y puede lograrlo, porque la fe en un contenido de conocimiento da a éste la posibilidad de desenvolver sus fuerzas inmanentes. Toda representación acogida sin resistencia, afirmada con fe, fijada con veneración, reobra sobre la conciencia.

* Toda verdad es simbólica.

● La cronología casi nunca está de acuerdo con la lógica. Hay que reordenar las cosas y los hechos. No es difícil obser-



Los ojos de Keyserling

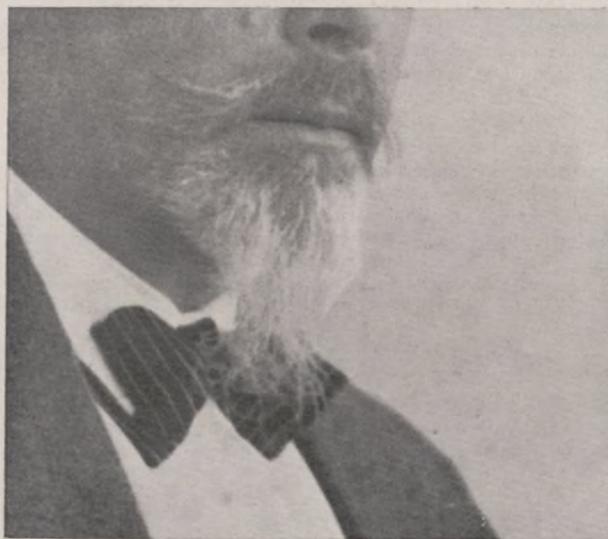


El conde Keyserling

var, fijando un poco la atención en el "arte nuevo", que primero fué el Partenón, y luego la cueva de Altamira.

* Las ruinas evocan un encanto mayor que las obras de arte bien conservadas; no sólo porque imprimen sobre el alma la idea de lo efímero en el cuadro del pasado; ni tampoco solamente porque lo destruido—como lo incompleto—excite al espíritu a completar en el mundo de la representación lo que falta en el mundo de la realidad; el encanto peculiar de la ruina obedece a que la creación del espíritu humano aparece engarzada en las energías cósmicas, y así recibe un fondo infinito en vez del marco limitado de una personalidad o de un tiempo.

* Veo en la idea más sublime un representante abstracto;



La barba de Keyserling

en el más logrado sistema, un esqueleto rígido; en todo hecho, un sedimento; en toda individualidad, una expresión o un medio de expresión para la única cosa que tiene valor absoluto.

* La forma crea contenido.

● La curva es la línea de la gravedad y la gracia. Todo impulso—...palma, surtidor, cohete...—es una recta que se desmaya. Sólo cuando se inicia su caída nace su gracia.

* ¿Quién se vive literalmente a sí mismo? ¿Quién puede hacerlo? Nadie. Todos vivimos algo supraindividual, pues incluso eso que perdura verosímelmente tras la muerte, ese "yo" cuya inmortalidad postula el cristiano, no es la persona: es el fruto que la persona lleva en su seno y da a luz.

* El ideal no es hacerse cargo de las circunstancias, sino estar tan firmemente afianzado en sí, que las circunstancias resulten indiferentes.

* Toda creación es una en su raíz.

● El talento y el genio crecen y medran en medios distintos. El talento opera sobre el mundo exterior, sometido a su orden, condición y dimensiones; el genio opera sobre un mundo y un orden creados por él, que somete y domina sólo por obra de su voluntad, y cuyas condición y dimensiones son independientes de la representación—utilicemos una expresión grata a Keyserling—, aunque ésta obre como excitante para la creación.

* El disfraz produce exaltación en aquellos a quienes la profesión, el medio y las sugestiones ambientes sólo conceden una realización parcial; éstos, entonces, una vez disfrazados, son más que ellos mismos o son ellos mismos, pero en mejor sentido que en su existencia real.

* Los mitos son a veces formas expresivas de la realidad, más veraces que las concepciones científicas.

* Cuando se está solo no es posible sentirse aislado.

Raíz y rama, naturaleza y arte. Relación similar. Adentradas en la tierra—en la entraña—, las raíces; cielo arriba—abiertas al aire—, las ramas. Al pájaro que se posa en el ramaje—como al espectador de la obra de arte—poco le importa del oculto camino de la savia: le es suficiente con que exista en la medida necesaria a la vida—al sostén—de la rama.

* El dominio de la plebe grosera—cada día más amenazador—sobre los elementos más finos y más espirituales es consecuencia de la exaltación, durante un milenio, de los pobres de espíritu, que han acabado por creer que son los únicos valiosos, y sacan las consecuencias de su convicción.

* Los poetas se figuran poseer el monopolio de dar expresión al sentido de las cosas; pero, en realidad, desde los tiempos antiguos hasta nuestros días, no ha habido ni diez poetas que en eso puedan igualarse a la modesta rosa.

* La creación da expresión a su principio, pero no lo es.

● Sostén de la carne, sangre y nervios: esqueleto. Razón de la curva, armazón del humo, alma de la forma. ¡Línea recta!

* El hombre no advierte nunca lo que se opone a su creencia firme; a la larga, la fe crea su realidad correspondiente.

* Quien prematuramente se descarga de sus prejuicios, no alcanza la libertad, sino que se cierra el camino de la libertad. Sólo el que sabe puede no tener prejuicios.

* Todo conocimiento es percepción.

● El talento crea la verdad; el genio crea la realidad.

* Los poetas deben la enorme estima y valoración de que disfrutan a la circunstancia de que la mayor parte de los hombres no sienten nada por sí mismos y necesitan que un sentimiento ajeno les enseñe a percibir en su alma otro análogo.

* Todo aquel que ha conocido a un hombre grande se ha dicho a sí mismo: "A éste le he conocido siempre."

* El camino de Occidente pasa por el fenómeno para llegar al sentido.

Queda expresada en las anteriores líneas—sentencias, aforismos, pensamientos—una diezmilésima parte del conde de Keyserling. (¡Menos aún! ¿Quién puede medirlo?) Mi deleznable aportación—mínimo Dante de ese Virgilio enorme—es la "expresión exhaustiva" de mis posibilidades. El Conde puede seguir—¡sigue!—el viaje y la cacería. Yo me siento a un lado del camino, seco el sudor de mi frente, me restrego los ojos deslumbrado, y dejo—¡resignadamente!—que desciendan de nuevo las sombras eternas, cuyas alas corvinas siento batir, toda vía lejanas.

Fotos ARBOS, especiales para "CIUDAD"



Caricatura del filósofo por "Xam"

UNA EXTRANJERA EN VIAJE

UN CUENTO DE
ALDOUS
HUXLEY



La batalla había concluido. Viena era la misma. ¿La misma? ¿O acaso, bajo las mismas formas exteriores, era alguna otra ciudad extraña y más sombría? Mientras arrancaba el tren, experimenté toda la tristeza de quien dice adiós para siempre a los lugares que ha conocido y amado.

Sí, estaba triste por abandonar la Viena antigua; pero... ¡con qué satisfacción escapaba a la nueva! Aquellos días de guerra civil habían sido una pesadilla. Mañana, en Venecia, iba a despertarme. El tren tomó velocidad. Escapar... ¡Qué liberación! Pensé en todos esos pobres diablos que quedaban allá y que no podrían huir, huir de sus enemigos, de la pobreza, de... Tomé mi volumen de Tauchnitz y me puse a leer. Hay momentos en los que es mejor no pensar. Es una de las leyes fundamentales del periodismo la de que, cuantos más lectores tiene un diario, más espacio debe consagrarse al sexo y a la sangre. El diario para el cual trabajo de tiempo en tiempo tiene más de dos millones de lectores; de ahí las informaciones sobre los procesos de divorcio y las aventuras de las actrices; de ahí, ante la más leve sospecha de disturbio, mi envío precipitado a Viena, para escribir artículos pintorescos sobre la masacre.

La costumbre endurece, y aquel que debe tomar nota y hacer frases con los horrores que se desarrollan a su alrededor, no tiene tiempo de sentirse horrorizado. Sin embargo, a pesar de todo, esos pocos días de Austria me dejaron helado y casi enfermo, como si el mundo entero se hubiese balanceado desagradablemente bajo mis pies; me dejaron también un extraño sentimiento de vergüenza. ¿Vergüenza de qué? Apenas lo sabía. De estar vivo aún, supongo; de disponer de medios decentes para vivir; pero, sobre todo, de no ser más que un periodista, un espectador profesional. Decididamente, bien me venían tres días de licencia que pensaba tomarme antes de regresar.

Venecia, en febrero, puede ser casi polar. Yo iba preparado para lo peor; pero, con gran alegría, encontré lo mejor: un sol cálido, y la ciudad, a medida que me acercaba a ella atravesando la laguna, semejante a un viejo joyel precioso, lanzando pálidos reflejos al borde de un cielo perfecto. Parecía que los elementos se hubiesen puesto de acuerdo para hacer el mundo del despertar lo más distinto posible del mundo de pesadilla que quedaba atrás. El Arte consumió la obra de liberación que la Naturaleza había comenzado. Después de un intervalo de vida real—de esa vida real de pesadilla que un reportero debe vivir y observar—, ¡qué consuelo, qué alivio maravilloso el de encontrarse en el ordenado universo de la belleza intelectual! Sexo y sangre, sexo y sangre. He aquí

al redactor recogiendo su cosecha cotidiana de escándalos, sodomías y adulterios; heme ahí a mí observando con los prismáticos cómo se hieren y se matan los hombres.

Pero existe San Marcos; y la Virgen del Tiziano sube las escalinatas del templo, y el Veronés muestra a qué magnificencia, y el Tintoretto a qué sombrío y noble ardor puede llegar la vida de un hombre. Experimentando la necesidad de un consuelo más grande aún, tomé el tren, al segundo día de mis vacaciones, y fui a Padua. En la iglesia "Degli Eremitani", las criaturas de Mantegna eran tan ferozmente estoicas, tan implacablemente racionales, que la substancia de sus cuerpos no era ya la carne débil y efímera, sino bronce pulido, y cada una de ellas había convertido en un tan intransigente dignidad humana. Pero enfrente, en la capilla "Dell'Arena", el consuelo fué total, sin reservas.

Los hombres y las mujeres, en los frescos del Giotto, alcanzaban la cúspide de la dignidad más serena sin perder nada de la humanidad. Nada de metal aquí, sino carne, carne elevada, por así decirlo, a una potencia más alta, transmutada en la pura esencia de la corporeidad tangible. Era la Resurrección del Cuerpo en un mundo en que las leyes de la gravitación son tales, que las relaciones de materia a materia no pueden ser sino armoniosas. El espacio, aquí, se curvaba de tal suerte, que los cuerpos no tomaban otros caminos que aquellos cuya intersección era necesariamente el máximo de belleza serena y majestuosamente expresiva.

Pasé otra hora en aquel otro mundo de una humanidad llegada a la perfección; luego me alejé, por las calles en arcadas, a rendir mis homenajes a la estatua de Donatello y a San Antonio. Soberbio, en su caballo de bronce, Guattamelata cabalgaba a través de los tiempos. Y detrás de él, las cúpulas de la inmensa, fantástica iglesia, hinchaban sus pompas en el cielo. Todo el edificio parecía vivo, en pleno trabajo, como si las sombrías pasiones de la religión siguieran fermentando allí hasta la consumación de los siglos.

Entré. Desde el fondo de la enorme caverna crepuscular llegaba el son monótono de la plegaria—una sola voz—y luego los resposos de numerosas voces al unísono; de nuevo la voz sola, y de nuevo las voces numerosas. Interminablemente. Parecía que no hubiese ninguna razón para que eso concluyera jamás. Un murmullo incesante en la sombra. Una vez más sentí, con cierto mal-estar, apoderarse del reportero la pesadilla de la vida real.

De un grupo confuso de mujeres arrodillado muy lejos, en la semipenumbra de una arcada, una mujer se levantó, hizo un gesto final de adoración hacia el altar iluminado y empezó a descender hacia mí. La silueta era juvenil y parecía, en aquel crepúsculo milenarío, de una incongruente elegancia.

Una página de Vogue viva. Y luego, bruscamente, aquel grabado de modas salió de su lejana impersonalidad y penetró en mi universo privado. Aquel movimiento de los hombros y ese paso danzante me resultaban familiares. Pero no... imposible. Y, sin embargo, sin ninguna duda, a medida que ella se aproximaba, sin ninguna duda...

—Laurina—murmuré.

Ella se estremeció y levantó los ojos. Sí, el rostro era el de Laurina Magnelli. Pero la expresión era la de alguna otra. Jamás habría creído posible que Laurina pudiese tener una expresión tan desventurada: Laurina, a quien yo conociera como la encarnación misma de la despreocupada alegría, más allá del bien y del mal... o más bien extraña a tales miserias, en un paraíso, en otro mundo, más lejos aún que el otro mundo, allá donde todo lo que se exige es reír, existir deliciosamente, y donde, gracias al cielo, hay todavía suficientes escudos sonantes como para hacer posibles en la materia la risa y la deliciosa existencia. ¿Qué destino enemigo la había lanzado desde aquel edén al universo de dolor, al universo por donde se va, baja la cabeza, sombría la mirada, mordiéndose los labios?

Ella me reconoció, en un relámpago que brilló de pronto a través de su máscara de amargura.

—¡Qué sorpresa!—exclamó con aquel sabroso arrastrar de las erres que daba a su inglés un singular encanto de exotismo.

Había tenido una madre americana, una abuela francesa, y ella misma hablaba los dos idiomas a la perfección, pero cada uno con un imperceptible matiz del acento del otro. Aun su italiano original y paterno tenía en su boca un débil e indefinible perfume de lengua extranjera. Ella era en todas partes, aun en su misma casa, una extranjera en viaje que hubiese dejado momentáneamente el

Paraíso Terrestre. Tal era la conclusión cuando uno la había visto y escuchado.

—¡Qué sorpresa!—repitió.

En el sombrío y murmurante silencio de la iglesia, su voz sonaba con un timbre turbador, demasiado cálido, vibrante y sensual. No está permitido llevar desnudos los brazos en las iglesias italianas. Pero ¿y las voces desnudas? Cuando Laurina hablaba, era el retrato de la "Petite Morphil", de Boucher, era como todas las "Baigneuses" de Renoir.

—Darling!—prosiguió ella, con esa extravagante protesta de ternura que es siempre tan acariciadora, aun cuando uno sabe que no significa nada, que no es sino un cliché, la palabra de paso de las gentes del mundo—: "Je suis si contente..."

La tomé del brazo y la arrastré hacia la puerta. Aquella voz resonaría con menos indecencia fuera del sagrado recinto. Yo no tenía ganas de hacerme detener por exhibicionismo vocal.

—Pero yo le hacía en Londres...—prosiguió ella, mientras aparecíamos a pleno sol.

—Y yo la hacía en Roma.

Laurina explicó que había ido a "hacer esquí" en Cortina d'Ampezzo y que habíase detenido por una noche en Padua, de regreso a Roma.

—¿Para visitar a San Antonio?—le pregunté riendo.

Pero en lugar de reírse también, ella se puso súbitamente grave.

—Sí, para quemar un cirio.

—¡Ah! Es una cosa seria, entonces...

Ella se limitó a suspirar.

—Me pareció muy triste hace un momento...

—¡Oh, si usted supiera!

Laurina cruzó las manos en un gesto de desesperación.

—¿Ha perdido algo?—pregunté, recordando la fama que tenía el Santo de conseguir las cosas extraviadas.

—¿Perdido?—replicó—. Ojalá. Es precisamente lo contrario.

Se quedó un instante silenciosa; luego posó su mano en mi brazo y, deteniéndose de pronto en medio de la calle, levantó hacia mí sus ojos suplicantes:

—¿Sabrá ser discreto?—me preguntó.

Sus ojos, a través de las pestañas maravillosamente pintadas, eran de una profundidad y un azul insensato, improbable. Una nariz exquisita, los labios entreabiertos, la garganta, el vestido, el sombrero redondo. No, era demasiado hermoso para ser verdad. Hubiera podido creérsele real en la pantalla o en California del Sur; aquí, en Padua, era completamente inconcebible. Bajo las arcadas, imaginábasela como un producto de la imaginación calenturienta, como una de aquellas Tentaciones que fastidiaron tanto al otro San Antonio en su desierto.

—Claro que seré discreto—le dije, pensando que era agradable, después de todo, ser tentado.

—"Vous le jurez?"—insistió Laurina.

Por una razón cualquiera, acaso porque la mayor parte de las novelas que leía estaban en francés, un juramento le parecía a ella más solemne pronunciado en la lengua materna de Maurice De-kobra.

Juré. Seguimos caminando otro trecho en silencio.

—"Sono proprio disperata"—exclamó Laurina, por fin, dejándose llevar al italiano.

—¿Por qué?—Tan sincera parecía su amargura, que me sentí inquieto—. ¿Por qué?

—"Je crois..."—comenzó ella lentamente, en francés—. "Je crois que..." En fin, "that I'm going to have a baby". (Creo que voy a tener un niño.)

Estas últimas palabras salieron precipitadas, de un golpe.

—¡Ah, un bebé! ¿No es más que eso?

Y respiré.

—Sí, ¡pero es tan espantoso!

—Pero usted aseguró siempre que deseaba...—empecé.

Y luego, como la verdad se habría camino en mí, me detuve.

—¡Oh, comprendo!

Tuve la visión de aquel frágil y tímido hombrecito que Laurina tenía por marido.

—¿Quiere decir usted que no es...?

Ella asintió con la cabeza.

—Ese pobre Fosco—explicó—no ha podido venir a Cortina este año. —Y luego, con voz indignada—: Es realmente escandaloso cómo le hacen trabajar en el ministerio. Apenas una semana de vacaciones para Navidad. Eso no es justo. Si, por lo menos, le hubiesen dejado venir en enero...

—Todo eso no habría ocurrido—concluí yo.

Ella inclinó la cabeza. Quise rectificarme:

—O, si hubiera ocurrido, Fosco podría creer que él...

—Sigue siendo usted el mismo cínico—me dijo Laurina en tono de reproche.

Hubo un largo silencio.

Pensé—no sin odio, lo confieso—en ese soberbio Galeazzo Inghirami, el muchacho que había cercado con tanta insistencia a Laurina durante el tiempo que ella pasó en Roma. Un ejemplar magnífico. Semejante a una pantera joven, pensaba yo siempre. Y casi tan estúpido como una pantera.

Sin embargo, en determinados momentos, yo habría cambiado mis aptitudes por su hermosa apariencia. No siempre, por Dios. Nada más que de tiempo en tiempo, por algunos días, aun por algunas horas. Cuando uno es un intelectual, se fatiga, a la larga, de hacer el confesor y el bufón de las princesas, y uno envidia a los Rizzio y a los Orlov.

—Supongo—dije por fin—que se trata de Galeazzo.

—¿De Galeazzo?...—Y por primera vez, desde nuestro encuentro de esa tarde, Laurina se rió.

Aquella risa era el símbolo sonoro de todo su ser. Tan franco, tan ingenuamente feliz. Resonaba con una pecadora claridad que mareaba como si uno bebiese una copa de vino; la cuerda más sorda de su sensibilidad vibraba en su risa como la más deliciosa de las invitaciones.

Me reí por contagio; era irresistible.

—Pero, ¿qué hay en eso de gracioso?—pregunté, sonriente.

—La idea de que pueda ser Galeazzo—balbució ella.—Y volvió a reír—: Galeazzo.

—No le resultaba tan cómico la última vez que la vi a usted.

—"Mais, mon cher, c'est de l'histoire ancienne!"

—Hace dos años—precisé yo.

—¡Es que es tan estúpido!—continuó ella.

—Siempre lo fué.

—Y, además, no es mi tipo. Demasiado rubio, ¿sabe?...—me confesó—. He descubierto que no me gustan, absolutamente, los hombres rubios. "Mais pas du tout."

—¿No será negro el nuevo... supongo?

—Pero ¿cómo puede ser tan grosero?—exclamó Laurina, indig-

Se los enseñaré en el hotel, y usted me ayudará a encontrar uno apropiado para San Antonio.

Mientras su doncella concluía de hacer las maletas, nos sentamos en la alfombra para mirar el álbum. Nos pusimos de acuerdo, por fin, en una ola suntuosa de follaje, flores y granadas.

—¡Yo sé que le va a gustar muchísimo!—dijo Laurina, mirando el modelo con los ojos semicerrados—. Va a quedar encantado...

—Estoy seguro de eso—aprobé—; pero no se olvide, Laurina, de que, ante todo, él tendrá que realizar el milagro...

Laurina dejó el álbum y me miró.

—¡Y lo hará!—exclamó con vibrante convicción. La voz pareció brillar con voluptuoso ardor.— ¡Lo sé, lo siento aquí!...

Y a través de la seda de su vestido de Schiapparelli, Laurina se apretó la elástica comba de su seno izquierdo. Debí sonreír con ironía, porque ella sacudió la cabeza y sonrió también, pero con indulgente piedad.

—Usted nunca podrá comprender—me dijo—. Usted no tiene religión.

Una semana o dos después de mi regreso a Londres, le escribí; pero la carta, naturalmente, quedó sin respuesta. Laurina sólo sabía servirse del teléfono. Bien pronto ella y San Antonio, los Giotto y los Mantegna, Venecia bajo el sol y las ametralladoras de Viena, todo se cubrió de la misma bruma de Londres, todo se hundió bajo las olas pequeñas de mis ocupaciones cotidianas. Belleza, risa paradisiaca, pesadilla: este mundo se había devorado a todos los otros mundos.

Más tarde, en una fría y triste tarde, víspera de Pascua, volví a casa y encontré una esquila escrita por mi ama de llaves y colocada bien a la vista sobre el teléfono: "La presente es para comunicarle que la condesa Magnelli ha telefonado y le pide a usted que vaya a tomar el té con ella en el Brigg's Hotel, Curzon Street". Yo tenía que escribir un artículo; pero fui a la cita inmediatamente, lleno de curiosidad y de aprensión. ¿Qué iría a encontrar en el Brigg's?... ¿A quién? ¿A la riente viajera escapada del Paraíso Terrestre, a la exquisita Laurina de otro mundo y de mis culpables, divertidas y deliciosas tentaciones? ¿O a otra mujer? Porque acaso las circunstancias habían vencido. Acaso Laurina habría sucumbido en realidad a su arrepentimiento, y habría tomado otro camino en la vida. En el ómnibus que me llevaba me estremecía ante el solo pensamiento de una posibilidad tan espantosa.

—¡Me moría de ganas de verlo!—exclamó ella, con su voz desnuda, mientras apretaba mi mano con sus dos manos—. ¡Me moría de ganas, y eso es todo!

Supe más tarde que Laurina se hallaba en Londres desde unos quince días atrás; pero, en el momento, estoy seguro de que ella creía sinceramente en ese deseo de verme.

—Y ahora, ¿dónde quiere sentarse—. Y señaló el sofá y los dos sillones.

Al dirigirme hacia el sofá pasé ante la puerta del dormitorio. Estaba abierta. Muy discretamente, sin duda, eché una mirada. Sentada en una incómoda silla baja, la doncella de Laurina estaba inclinada sobre un bastidor bordado. Una ola de seda de un blanco perláceo le cubría las rodillas. Aquel suntuoso modelo de follaje, flores y granadas... Me volví hacia Laurina con un interrogativo enarcamiento de las cejas. Ella miró hacia la alcoba.

—"Non disturbarti, Giulia"—dijo cuando la doncella hizo ademán de levantarse.

Y luego, dirigiéndose a mí, a tiempo que cerraba la puerta:

—Ya ve—me dijo con el tono de una apologista que acentúa un punto—. Ya ve... Cuando prometo algo, cumplo. Y ahora—prosiguió con la desnudez más palpitante y más cálida de su voz—quiero que usted me cuente todo sobre ese adorable amigo suyo a quien me encontré ayer... Tony Faversham... Pero ¿qué hace?

En mi entusiasmo agradecido, la había tomado la mano y se la besé. La Laurina que yo conociera seguía siendo la misma.

DIBUJOS D ARTECHE



nada—. Hugo pertenece a una de las mejores familias napolitanas ¡Qué desgraciada soy!

Y estubo a punto de llorar.

—Lo encuentro horrible...—insistió.

—Pero, Laurina...

—¡Burlarse de mí cuando me ve en semejante desesperación!

—Pero si yo no me burlaba...

—Por otra parte—continuó ella—, he resuelto cambiar de vida por completo.

—¡No, no, por favor! ¡No haga eso!—le supliqué.

—La vida que llevo me causa horror... "D'ailleurs, les hommes..., sà sono proprio schifosi. Ils me degoutent. Touts." Hasta el mismo Hugo. Es injusto. Soy la mujer más desdichada del mundo.

—¡Oh, vamos, vamos!—protesté.

Iba a hablarle de aquella mujer que yo había visto en Viena arrodillada junto al cadáver de su marido. Pero no, ¿para qué?

—¡Del mundo entero!—repitió Laurina. Y acabó llorando. Con toda precaución, para no mancharse las mejillas con el "rimmel" de las pestañas, se enjugó los ojos.— He estado en la iglesia desde la hora de almorzar—prosiguió, entrecortando las palabras—. Desde la hora de almorzar... Orando... Esa es mi única esperanza ahora.

—¿Cuál?

—San Antonio, por supuesto, siempre ha sido bueno conmigo.

—¿Y usted cree que él... aun en este caso...?

—¿Y por qué no? Le prometí bordarle un mantel para el altar, si... si todo va bien—luego, con más alegría—: He encontrado un álbum lindísimo de modelos de manteles... Aquí, en Padua, en casa de un anticuario. Maravillosos dibujos del "cinquecento"...

Entre los adoradores de osos de Sajalín

Por HERMANN F. BOENISCH

En una noche sin luna, Siemión Siemionovitch, viejo y experimentado pescador, me hizo atravesar el golfo de Tartaria, que tenía unos 60 kilómetros de ancho en este lugar, y me llevó a Sajalín, esta isla misteriosa, aureolada con una maraña de leyendas, que alberga al reducido pueblo de los ainos. Su hermano, Mirón Siemionovitch, que conocía perfectamente el idioma de los indígenas y que mantenía relaciones amistosas con éstos, de natural poco comunicativo, relaciones cuya naturaleza parecía, por otra parte, poco confesable, se encargó de servirme de guía. Después de haberme desembarcado, Siemión partió, prometiendo regresar dos días después para buscarnos.

A mal tiempo, buena cara

Nos internamos en la isla por un terreno sembrado de piedras cortantes, que me lastimaban los pies, y después de haber cruzado, en medio de la más completa obscuridad, unas malezas impracticables, llegamos al alba a un villorrio compuesto de algunos chozos sórdidos, recubiertos de paja de arroz. Hombres con barbas pluviales, mujeres de tez amarillenta—si es que podía discernirse su tez a través de espesa capa de grasa—y ojos almendrados, que no formaban más que una pequeña hendidura, nos saludaron, o por mejor decir, saludaron a mi compañero con una indiferencia completa. En cuanto a mí, ellos parecían no haber advertido siquiera mi presencia. Todos, hombres y mujeres, llevan el *atouch*, una especie de albornoz grosero hecho con fibras vegetales y sin ningún cuidado artístico. En un fuego de leña, los indígenas preparaban pescados a medio ahumar, que apenas los tostaban. Esta comida se rocía con aguardiente de arroz, un líquido turbio y lechoso, de

olor desagradable. Fuimos obligados a compartir este festín con nuestros huéspedes.

El culto de los animales

Los ainos son paganos, y al igual que sus vecinos los siberianos, creen en los espíritus. Tienen en gran estima al pescado. Según una de sus creencias, las espinas de una especie de bacalao común en la región, reducidas a polvo y mezcladas con la leche, sirven para ayudar el crecimiento de los dientes de los niños.

Las serpientes son objeto de un culto particular. Matar una serpiente es un acto que trae consigo una desgracia. Pero el animal más sagrado, elevado al rango de la divi-



Peinado ejecutado por el Sr. Molina, que obtuvo el primer premio en el Concurso Nacional de Permanente y al Agua.

PELUQUERIA DE SEÑORAS
MOLINA

Rosalía de Castro, 40. Teléfono 20972

nidad, es el oso, del cual se encuentran numerosos especímenes en las selvas de Sajalín. Casi todo villorrio aino posee un oso sagrado, que despoja a la población de sus escasas reservas de alimentos. En invierno, cuando el oso, ahito, se aletarga, más de un niño aino muere de hambre, víctima indirecta de ese culto oneroso. La adoración del oso va tan lejos, que cuando a algún cazador le ocurre encontrar un oseño abandonado lo lleva a la aldea para hacerlo alimentar por una mujer, aunque tenga que privar al pequeño de su leche. "Pues ¿qué valor tiene un pequeño ante un *tched*, un oso sagrado?", me dijo un día el jefe de la aldea. "El niño no es más que una carga para nosotros. Si quieres, te vendo a mi hija por tres yens; no tiene más que seis primaveras y será hermosa." Me entero, en efecto, que la venta de niños es la principal fuente de recursos de los ainos.

Un pueblo sin armas

Cuando le pregunto la razón de esta triste práctica, el aino me responde:

—No tenemos bastante que comer. Nuestros vecinos del Norte avanzan cada día más al Sur y nos arrojan de nuestros villorrios. No poseemos campos, y las bestias de la selva se tornan cada día más raras. Cuando nos aventuramos en el mar para pescar, los vapores de los pescadores coreanos cortan nuestros aparejos y retornamos con el rabo entre las piernas y nuestros estómagos vacíos. Carecemos de armas para defendernos. Cualquiera reclamación que hiciéramos a las autoridades japonesas no sería atendida. (La parte Sur de la isla está bajo la dominación japonesa, en tanto que la parte Norte pertenece a la U. R. S. S.) Nuestros amos japoneses no necesitan de nuestros brazos. Por eso se desinteresan de nosotros. Entonces, señor, no nos queda otro recurso que vender nuestros hijos. Vale más eso que dejarnos morir de hambre...

Divina embriaguez

Por la noche, apenas acababa de dormirme, cuando la voz de Mirón me despertó.

—¡Psch! Sígame. Va a tener ocasión de asistir a una ceremonia aina. Pero estése tranquilo para no traicionarnos.

Empujé la cortina de paja de arroz que nos servía de puerta a nuestro chozo y advertí a algunos metros de allí un fuego chisporroteante, alrededor del cual se perfilaban sombras extrañas. Eran los hombres del villorrio que, reunidos en torno a la fogata, miraban un objeto misterioso alumbrado por las llamas. Supe a la mañana siguiente que se trataba de un recipiente lleno de aguardiente de arroz. De tanto en tanto, uno de ellos levantaba el recipiente y tragaba algunos sorbos de líquido. Todo esto transcurría en medio de un silencio absoluto, y esos viejos de barbas blancas, recogidos e inmóviles, parecían más estatuas que seres humanos.

A la mañana siguiente, al salir de mi chozo, me pareció soñar. Alcancé a ver a los últimos testigos de la ceremonia nocturna, que regresaban vacilantes a sus habitaciones. Interrogué con la mirada a mi guía, quien me respondió sonriente:

—Usted debe saber que los ainos creen aproximarse a sus divinidades y a sus espíritus hundiéndose en la borrachera sagrada. Cuanto más completa es su borrachera, tanto mejor piensan haber rendido homenaje a sus dioses.

Durante casi todo el día casi no pudimos ver a los hombres del villorrio. Dormían con ese sueño profundo que sólo la borrachera da a los hombres. Cuando, al mediar la tarde, el hermano de mi guía vino a buscarnos con su velero, los ainos estaban todavía en brazos de Morfeo, soñando, sin duda, que tenían el vientre lleno.

Neus Wiener Journal, Viena.



La noche es blanca en la blancura de Tetuán. La luna alta destila gracia de inmortalidad.

Miniaturas de Giralda, los minaretes de las mezquitas se destacan en el azul profundo. En torno, callan las cosas y los hombres. El silencio es tan denso y tan hondo, que se le oye palpar. Y esta palpación del silencio es el latido de la eternidad. Frente a la mezquita grande, hermética y callada en esta nocturna escenografía lunar, pero atenta al fervor de todos los fieles dispersos en el tumulto del mundo, un hombre inmóvil, apoyado en el muro, adentrado en sí mismo, medita o reza. Nada le distrae ni le turba. La noche teje, para ocultarle, un velario de ensueño.

Los pasos resuenan cóncavos y negros en la blancura pálida de esta noche moruna. Arriba, en la tupida rejería de un ventano, unos ojos en sombra acechan el deambular de los nocharnegos. Y de súbito, se retiran. Dos estrellas resbalan—rúbricas de fuego—en la altura celeste.

Es la noche del jueves, noche nupcial, olorosa a azahares y jazmines. Es la noche ritual consagrada a las bodas. En un vasto camerino de nubes, la luna está de fiesta también, y es exactamente la luna llena de la media luna.

A la puerta de su casa, en esta noche de sus primeras nupcias, Mohamed adormece la mirada en el claro de luna, que da al paredón fronterero una apariencia de milagro. Está un poco emocionado y le inquieta la solemnidad de este momento de su vida. Mohamed—indumentaria europea bajo la chilaba mora—es joven y, al amparo de unos ojos negros, peina un bigote escaso y breve.

Mira a lo alto y quiere beber la luna, que es aquí de plata, más de plata que en ninguna parte. Bruñida, pulida, encendida.

En esta noche de sus primeras bodas, el novio siente que la luz lunar se le entra alma adentro y, a su influjo, las evocaciones se levantan en su espíritu. Recuerda. Hace una semana, ante *Adul* firmó sus esponsales; cumplió el acto por el cual pasó a ser suya esta mujercita a quien no conoce aún, y que hoy realizará con él, en la noche del jueves, única señalada para estos ritos, el acto nupcial. Una extraña sensación frente al misterio conturba su ánimo. Hace unos días, de casa de la novia llegaron los fastuosos objetos con que paramentar la alcoba. Y esta noche la boda se consuma.

La casa del novio es una mansión rica y bien abastecida. De puro estilo moruno, su alma es el gran patio, con luz cenital, tamizada con cristalería policroma. En torno de este patio se distribuyen las habitaciones. Aquí está, en el sitio de honor, la alcoba nupcial. Toda la fantasía suntuosa de un orientalismo refinado refulge en el pulimento de esta joya; brocados y damascos recubren las paredes, y en un extremo, como en un altar, recogida, cuidadosamente acolchada con cortinajes riquísimos y telas de una policromía vibrante y algarera, la cama de metal delicadamente trabajada y exornada con lujuria imaginativa. Al otro extremo, en lo alto, como en una hornacina, la riqueza de las colchas y de los cobertores, y al pie, una gran caja de vivos colores profusos y diversos, donde la novia guardará desde mañana su ajuar numeroso. A lo largo de una de las paredes, en hilera presuntuosa, cinco grandes espejos de mano, de cristal trabajado con mucho gusto. En medio de esta orgía de tono oriental y fastuoso, destacan, es-



ESTAMPAS MARROQUIES BODA MUSULMANA

Por RAFAEL MARQUINA

tridentes, cuatro modernos relojes de pared, cubriendo su horrible pedantería de alabastro científico. Feos, parados y mudos.

Las demás habitaciones de la casa, de un gusto parecido y de una semejante riqueza, difieren poco de ésta. En una gran sala corren a todo lo largo de las paredes cubiertas de *haities*, ricos en la simetría de sus bordados, los bajodivanes blandos.

La casa se va llenando de invitados moros y europeos, que acuden a festejar la boda de Mohamed y a desearle prosperidades y venturas. Antes de que la novia sea traída a la casa, es preciso que se cumpla el lento ritual gastronómico. Después de las tres tazas de té, se sirven, con abundancia pródiga y casi tan pomposa como una enumeración de las *Mil y una noches*, el "alcuzuz" y el café. El novio y sus familiares ejercitan solícitos con el té y

las pastas, y al modo con que derraman sobre sus huéspedes las gotas del agua de azahar, esa cortesía moruna que tiene para un europeo esa misma dulzura, un poco áspera, de la naranja con canela que los moros suelen servir como entremés.

La noche es en la casa tan bulliciosa y ruidosa como quieta y recoleta es en la calle, donde la luna resbala a su placer en un desperezo lento y sensual, mientras en el patio la música mora gime sus melancolías estridentes.

En un rincón, aparejada y dispuesta, está la *amaria*, especie de camarín secreto y ambulante, en la cual será conducida, desde su casa, la novia. Se diría que, del todo cerrada, cuando la gentil desconocida la ocupa, con profusión de telas y bordados, es como una jaula cerrada, hermética, impenetrable. En ella, acurrucada, casi sonámbula en el pasmo inaudito del gran misterio, pintada, alhajada y medrosica, la doncella maravillada atravesará el barrio moro para llegar, en la noche toda llena de evocaciones, hasta la casa de su novio. A las cinco de la mañana, el cortejo se pone en marcha. Un gentío enorme acompaña el tránsito de la novia hacia el esposo con hachones encendidos, entre aclamaciones y gritos entusiastas y al son de una música alegre y ruidosa. Llevan la *amaria* en hombros fornidos mocetones, y en torno a la doncella hermética y misteriosa, como una deidad incógnita, rompen el silencio los votos estridentes de los acompañantes.

Y cuando llega a la casa del que ha de ser su esposo, se retiran de ella todos los hombres, dejándola al libre arbitrio de las mujeres, que hasta entonces—aparte las europeas invitadas—han permanecido, como siempre, invisibles.

Los amigos se llevan al novio a una casa cercana. Allí le someten a la prueba de la seriedad y de la paciencia. Desfilan ante él y le denuestan y ofenden, y le lanzan, como saetas venenosas, las más atroces burlas. El debe conservar ante el ataque reiterado una impavidez lunar. Cumplido esto, le visten y acicalan para su noche de bodas.

La novia, en tanto, es atendida en su nueva casa por las mujeres, que luego la transportan en brazos, para que no pise aún las alfombras y tapices que cubren el suelo, hasta el nupcial camarín.

El tocado de la novia, su atuendo y su pulimento son largos, difíciles, ceremoniosos. Largas horas permanecerá mañana inmóvil, recargada de joyas, callada, como ausente, y lejana, y hundida en vagas ensañaciones, sin abrir los ojos, sin despegar los labios, sentada en el lecho, pálida, misteriosa, mientras desfilarán las amigas besándola, sopesando las ajorcas y pulseras, murmurando votos de ventura...

Ahora, Mohamed se ha marchado, y la novia está ya dispuesta. El gran rito va a tener lugar. El misterio va a aclararse. Mohamed volverá al punto, y podrá conocer a su mujer.

Y unas horas más tarde, todo se ha cumplido. El esposo se dirige a los baños de la mezquita para su purificación lustral. Al cruzar el barrio, levanta los ojos al cielo. Positivamente, en medio de su inexplicable y dulce embriaguez desconocida, siente como una pequeña herida. Una nostalgia infinita. De todos modos, mirando al cielo, siente una pena mezclada de ternura. Le han robado la luna de plata.

CON EL MEDICO Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

Cosas de la calle

En el despuntar de la razón, toda providencia es poca, porque de la jornada del vivir, tal la aurora, tal el día.

Con qué alegría compran los chiquillos esas cornetas, pitos y silbatos de perifollos que a ínfimo precio venden por calles y paseos "industriales" de todas clases, mientras pregonan a *vos en cuello* la mercancía, experimentándola por sí mismos, al objeto de atraer el deseo y la curiosidad de su especialísima *clientela*.

Aseguro que observo esta práctica con verdadero terror higiénico, y me horroriza más la indiferencia de los que, atentos a los mandatos de la salud, debieran velar por su prohibición.

Si descendemos un poco a la realidad de las cosas, trágica y de funestas consecuencias en este caso, nada tiene de particular ni extraño que el vendedor, obligado a privaciones sin fin, viva sus miserias orgánicas, unas veces espontáneas (escrófula, herpetismo, etc.), desgraciadamente adquiridas otras (lúes, tuberculosis), y como es *natural*, maneje y pruebe—teniéndolos en sus manos y llevándoselos a su boca—los juguetes que después los niños acercarán a la suya y tendrán en sus manos para que les sirva de entretenimiento.

¿Se comprenden, leído esto, esas manifestaciones del tipo que acabamos de citar, a las que tantas veces no se las encuentra justificación causal? ¿Y pensar que mal tan grave puede corregirse de manera sencilla precisamente por aquellos que son los primeros en lamentar sus tristes consecuencias!

¡Por un juguete!

No discuto que en la edad de razón, y por eclipse de ésta, se pierda la vida o se tare un organismo por adquirir conscientemente una enfermedad; pero hay que evitar a todo trance que en la edad de las inocencias desaparezca, por una mal entendida idea de las más elementales nociones de higiene, la salud de un niño. ¿Habéis pensado alguna vez en el clásico proverbio "Todo se pega menos la hermosura"? Pues no lo olvidéis, porque tiene más importancia de lo que parece.

UNA plaza. Un paseo. Un grupo de chicos que *echan a suertes* para acordar quién ha de ser la primera *víctima*.

Ya está. El *desgraciado* dobla pacientemente el cuerpo con resignada obligación, y sus *compañeros* dan comienzo a los saltos por encima de aquel *gancho orgánico*. Cuando ya lo han hecho todos y todos también, al impulso de dar el salto, han gravitado su peso sobre la espalda del que se ha *quedado*—se ha quedado hecho polvo—, éste mide un paso más y se reanuda la "escena anterior", corregida y aumentada. Nueva medición, y así sucesivamente, cada vez es mayor el golpe—los golpes—que recibe a tiempo que aumenta la distancia desde la que se inicia el salto.

Así, en esta posición tan auténticamente *deportiva*, permanece durante bastantes minutos un chico, que tiene que sufrir sobre su columna vertebral presiones bruscas, verdaderos golpes, que han de conmover y conmueven de manera violenta las importantísimas vísceras que tienen su alojamiento en la cavidad torácica.

¡Cuántas lesiones pulmonares y cuántos procesos de índole fímica, cuyo término fatal es la muerte, son debidos a ese popular y antihigiénico juego del *paso*!

Para muchos, el divertimento, posiblemente, no tendrá ninguna importancia patológica.

Y sin embargo...

Los médicos vemos muchas cosas de origen al parecer insignificante, que, no obstante su sencilla manifestación



Ayuntamiento de Madrid

externa, derivan más tarde en trascendentales complicaciones.

Las pequeñas causas producen a veces muy grandes efectos.

TAN necesario como el sueño, es para la salud del niño respirar aire puro, que lleve oxígeno a sus pulmones; un *alimento sano*, que favorezca su desarrollo y complemente el desenvolvimiento de su estado fisiológico.

La escrófula, enemiga constante de los niños mal nutridos, funesto jalón donde asienta la temida tuberculosis, reconoce como causa esencial y predisponente la falta de aire, la impureza de la atmósfera que se respira.

Es un error, ¡uno más de los muchos que vemos todos los días!, suponer que al organismo le basta, para recuperar las fuerzas perdidas, los alimentos que puedan prepararse en la cocina. No. Así como no matan sólo la humedad y el frío, de la misma manera se produce la desnutrición orgánica por la falta de sueño, que engendra el neurosismo, y por la carencia de pureza en la atmósfera respirable. Porque el niño, al igual que las plantas, necesita el aire puro, el beso del sol, que vivifica su existencia, activa su circulación y anima su espíritu.

Es una costumbre detestable tener a los pequeños encerrados en casa, por muy buenas condiciones que ésta reúna. El temor a que el chiquillo pueda resfriarse conducirá sin remedio a crear en él una predisposición bronquial, expuesta a graves derivaciones.

Por muy frío que aparezca el día, mientras no llueva o haga excesivo viento, de "once a dos", puede y debe pasear un niño, convenientemente abrigado.

En todo tiempo hay que prohibir—eso sí—que el niño esté fuera de la casa por la noche, e incluso anochecido, pues en esas horas, principalmente en las grandes capitales, las emanaciones de la atmósfera se desprenden en mayor proporción.

Tampoco debe permitirse que el pequeño juegue cerca de fuentes o arroyuelos corrientes o de aguas estancadas, ni tampoco donde haga poco tiempo que hayan regado, pues, aparte el peligro inherente a una posible caída por resbalamiento, la evaporación lleva en sí residuos contagiosos o epidémicos difíciles de dominar después.



UN GRAN ARTISTA DEL GRABADO EN MADERA

GORI MUÑOZ

España no puede enseñar entre sus artistas un grupo dedicado al bello y difícil arte del grabado en madera; nuestros pintores y dibujantes buscan otras técnicas para el volumen y la línea, y dejan para su vecino de París el cultivo de la sombra y la luz.

No vemos en nuestras revistas el vigoroso llamado de atención del negro y blanco de los grabados, y en los libros, en que tan bien quedan como viñetas las hábiles interpretaciones de los grabadores, igualmente no nos es dado avalorar esas muestras de las gubias que van arrancando virutas y astillas para darnos en dos colores esenciales la pequeña ilustración maestra.

Gori Muñoz ha regresado de París. Fué a trabajar, a inclinarse sobre su tabla de dibujo con un ansia joven de aprender y hacer obra. Y la trae, modestamente, en sus carpetas; con una proyección noble y llena de promesas sobre las ya eficientes realidades de sus cosas realizadas, en sus manos y ojos. El es un artista del contorno y del dintorno. Su trazo firme crea sin alteraciones un contorno perfecto, que nos recuerda a los grandes dibujantes y grabadores japoneses. Y luego, su arte, amplio en conocimientos de técnica y enriquecido por interpretaciones personales de la misma, forma el dintorno de sus siluetas con unas aplicaciones de volúmenes de gran fuerza. Especializado en el grabado, ofrecemos hoy cuatro bellas realizaciones de sus años de París. Son grabados de maestro: la distribución de la luz y la ejecución de las formas indican a la mano sin vacilaciones en la tarea de las gubias. Gori Muñoz se incorpora hoy con la ilustración del cuento *Deslumbramiento* al cuerpo de dibujantes de CIUDAD. En la actualidad se encuentra decorando la Legación de El Salvador: frisos con motivos indígenas, de los cuales hablaremos en su oportunidad. También estudia Gori las ilustraciones, para grabar en madera, de un libro que sobre el Amazonas ha preparado el capitán Iglesias.



EL BANCO EXTERIOR

Frente al comercio dirigido del mundo, nuestros comerciantes sólo cuentan con su ayuda

En una de nuestras calles más céntricas se yergue, entre edificios de línea normal, el perfil elegante del viejo palacio señorial que ahora ha venido a convertirse en el domicilio social del Banco Exterior de España. Aún resuenan los ecos de su reciente inauguración. El Banco iniciaba una nueva vida al abandonar su domicilio fundacional por esta mansión elegante, con aire de viejo y clásico Banco inglés, de esos Bancos provincianos de rancia solera, fuertes y desvuelto, que han resistido al avance de los "big five" como prueba de su abolengo.

El edificio, digno en su suntuosidad interior de ser un templo del dinero, recibe las dependencias de esta entidad oficial, que en estos momentos intenta plasmar de una manera definitiva lo que siempre debió ser su línea de acción, desdibujada al correr de las vicisitudes políticas de todo orden por que viene atravesando España.

Nacido en los tiempos de la Dictadura, al calor de nobles ideales, de ilusiones de dominio y extensión por las tierras creadas a la vida moderna gracias al esfuerzo de nuestros emigrantes, continuadores en la intensa vibración de la vida económica moderna de nuestros viejos conquistadores, no ha podido realizar todavía lo que era su sueño y su idea motriz.

Un Banco Exterior, un Banco que, a la vez, es oficial. Por tierras americanas, nuestros emigrantes, los pobres y los ricos, los que envían a España rentas de trabajo y los que envían rentas de capitales o capitales sienten el reflejo de este nombre prometedor para ellos de ayuda y amparo para sus negocios, para sus iniciativas.

Cuantos consideran la difícil situación de nuestro comercio exterior, cuantos han de preocuparse de resolver los problemas que a diario surgen, se dan cuenta perfectamente de que España necesita para su vida financiera y comercial de relación con el extranjero un órgano certero y eficaz que cubra el vacío que ahora existe y que se cubre, a duras penas, por la Banca extranjera domiciliada en España.

Política de comercio dirigido, contingentes, restricciones monetarias, saldos bloqueados. Las relaciones entre los países se van cristalizando a través de esta tupida red de obstáculos. El comerciante entregado a sus propias fuerzas se siente muy pequeño ante estas barreras. Pero para él, comerciar y exportar es función de vida. Y sólo mediante el auxilio oficial puede salir adelante. El Estado, nunca, como ahora, necesita de instrumentos financieros para llenar estas funciones. El Banco Exterior surge en el camino de esas dificultades, ofreciéndose al Estado como un afortunado hallazgo. Ahora, lo que hace falta saber es si el Estado sabrá utilizarlo, concediéndole la importancia que en sí tiene.



HENO DE PRAVIA

PERFUMERIA GAL - MADRID - BUENOS AIRES



"Caída", con el capitán Martínez Hombre.

IMPRESIONES DE UN HÍPICO

Decadencia de la producción caballar en el campo andaluz

Por "EL PÁJARO"

Reúnen los fértiles campos andaluces inmejorables condiciones para la producción caballar, y prueba de ello que fué en otros tiempos esta región española la productora de un ejemplar conocido por todos los países, de donde acudían sus compradores, constituyendo este comercio una de las muchas fuentes de riqueza de tan bella región.

Hoy día, aquel ejemplar andaluz de elegantes y elevados movimientos casi ha desaparecido.

De lamentar es su desaparición, más que por otra cosa, por lo que de tradicional tenía, porque en la actualidad no es ése el tipo de caballo de silla adaptable a las modernas exigencias hípicas.

Nuestro caballo andaluz reunía condiciones favorables para la doma francesa y Alta escuela, equitación en boga cuando este caballo se hizo famoso.

La equitación actualmente requiere del caballo de silla otras cualidades que las de aquel ejemplar andaluz para conseguir la rapidez y rendimiento susceptibles de obtener con la doma italiana. Por esto, las características del ejemplar de silla que hoy tiene aceptación en el mercado caballar difieren fundamentalmente de las que tenía nuestro caballo andaluz. Se necesitan hoy caballos eumétricos y longilíneos adaptables, a la velocidad, lo que requiere pocas elevaciones y mucha extensión de movimientos; por tanto, rodillas y corvejones bajos, para que el caballo resulte terrero.

No es, por tanto, de capital importancia que aquel ejemplar haya desaparecido; lo verdaderamente lamentable es que no haya sido sustituido por el que hoy tiene aceptación, y no tengamos aquél ni ninguno que merezca consideración.

Muchas son las causas por las cuales la producción caballar andaluza se encuentra en tan precaria situación: la primera y más importante es la falta de una orientación definida y concreta en la Dirección de la Cría Caballar de España, que debe ser impuesta al ganadero mediante subvenciones, premios, concursos y exposiciones, que orientaran al productor en la dirección que, previo estudio concienzudo, se crea más conveniente para el Estado.

Sin esta dirección, y una vez abandonada la producción a sus propios medios, las circunstancias han ido llevándola por malos derroteros.

Al no encontrar el ganadero estímulos en su producción caballar que le obligaran a mejorar sus productos, trató únicamente de obtener el máximo beneficio económico, y como la producción caballar tuvo durante los años de la guerra y de campaña en Marruecos seguro consumidor, el ganadero optó por producir a "granel", ya que el comprador no hacía distinción de clases, no interesándole más que la cantidad, variando poco los precios de unos ejemplares a otros, por muy distanciados que estuvieran en calidad.

Suprimió el productor toda selección de yeguas y sementales, desatendió la alimentación de los potros, así como cuantos preceptos zootécnicos le imponían algún gasto o molestia, trayendo esto como consecuencia la degeneración de los productos.

Así se ha llegado, con el abandono del Estado, a la situación actual, en la que nuestros caballos no tienen aceptación en el mercado internacional y son deficientes para los servicios de nuestra Caballería.

Contrastando con este abandono en la producción caballar, existen algunos ganaderos cuyo celo, competencia y patriotismo (pues el sostenimiento de sus ganaderías les resulta oneroso), que han sabido con su propio esfuerzo y orientación obtener para sus productos las características y cualidades que hoy solicita el mercado caballar. Estos beneméritos ganaderos no pueden, como es lógico, mantener en muy grande escala su ganadería; pero merecen citarse como ejemplares las de los Sres. Gamero Cívico, La Coba, marqués de Cartagena, Miura, Moreno, etc.

Prueba de su buena orientación es lo apreciados que son sus productos, entre los que se destacó "Caída", formidable hispano-anglo-árabe de la ganadería de Gamero Cívico, a la que la mano maestra del capitán Martínez Hombre le elevó a la categoría de caballo internacional de nuestro equipo militar de saltos, obteniendo muchos premios en Niza, Roma, Bruselas, Lisboa y otras poblaciones extranjeras.

Si el Estado recompensara de alguna manera estos méritos del ganadero evitaría el abandono actual, aumentando la cantidad de selectos ejemplares, y evitaría el tener que salir al extranjero a comprar ganado aceptable para nuestros equipos hípicos internacionales. Ello redundaría en beneficio de nuestros ganaderos y en interés del propio Estado.

Cualquiera decisión que el Estado adopte para remediar la situación precaria de nuestra producción caballar será bien acogida por los ganaderos, porque hoy día la venta de esta producción no es

fácil en España en buenas condiciones. Por su mala clase, no es solicitada en el mercado internacional; terminados los conflictos de Marruecos y la guerra europea, que todo lo consumía, se encuentra el ganadero con que, si no vende sus potros a las Comisiones de Remonta del Estado (cuya capacidad adquisitiva también disminuye), tiene que venderlos a los tratantes por lo que quieren darle. Ante esta perspectiva, el pequeño ganadero opta por producir mulos, de más fácil venta y más remunerador, pero siempre perjudicial para la producción caballar.

Para conseguir esta fija orientación es indispensable que la Dirección de la Cría Caballar no tenga el criterio de una persona variable a cada instante; es necesaria una Junta o entidad permanente, que sea la que dé las orientaciones, sin que por ningún concepto la mayoría de sus componentes puedan ser reemplazados de una vez.

Si el Estado premiara bien los buenos ejemplares y pagara nada más que como le cuestan en el extranjero los productos que reúnen las características por él ideadas, con la anterioridad consiguiente, manteniendo su criterio con rigidez y justicia, bien seguro es que la producción caballar mejoraría y se orientaría en sentido conveniente.

El ganadero no desea otra cosa que acertar; pero está desorientado respecto a lo que debe producir, y más desorientado aún respecto a la salida que puedan tener sus productos; aspectos ambos fundamentales de toda producción, cuya misión orientadora es importantísima, y sólo al Estado competen por conducto de su Dirección de la Cría Caballar.



En torno al sainete y a un sainete

Por JOSE D. DE QUIJANO



Al instituirse el Premio Lope de Vega, del Ayuntamiento de Madrid, se abrió el primer concurso para premiar una comedia; el año pasado—segundo de la institución del premio—se eligió el sainete como género para el concurso; este año—el del centenario del Fénix—creo que es una obra biográfica sobre Lope. Y así irá variando, año tras año, el tema del certamen. Bien está. No había, pues, por qué escandalizarse por el hecho de otorgar a un sainete premio de tal importancia.

Recayó éste en uno, de dos sainetes que tienen en el género sus mejores aciertos teatrales. Y se estrenó la obrita. No pudo presenciar el estreno quien firma este artículo; pero sí la segunda representación.

Antes había leído los juicios de toda la crítica sobre "Una tarde en la Boca del Asno", y me habían hablado del sainete diversas personas. La impresión general obtenida de todas estas referencias no era muy halagüeña. ¡Qué palos los de algunos críticos! Alguno, tan de ciego, que nos alcanzaba a los demás concurrentes al certamen. "Mal debemos andar de saineteros, cuando ha sido éste el sainete premiado"...

Salvo escasas y autorizadas excepciones, la crítica puso a los autores de la obra y al sainete como no digan dueñas.

Le tildaban de excesivamente sintético...; de anticuado, arcaico y marchito; de falso y convencional; de burdo y plagado de "golpes"... ¡Qué sé yo!

Influido por tan graves reparos, mal predispuesto, como es lógico, me senté en la butaca entre veinticinco espectadores mal—contados—, y se levantó el telón.

Y ellos y yo—pronto cogidos por la simpatía del ambiente—asíntimos encantados a la representación de la obrita: un auténtico sainete, es decir, una sucesión de escenas ligeras, bien observadas, dialogadas, con soltura y propiedad, con inconfundible acento madrileño, divertidas, llenas de animación y colorido.

¿Un sainete perfecto? Un buen sainete con leves defectos. Uno le quitaría, por ejemplo, los tres o cuatro chistes que tiene (no más, aunque a parte de la crítica le parecieran "plaga"), y que no le hacen falta; tal vez el guardia—por lo menos, uno le afeitaría—. Aquel bigotazo del guardia es lo único verdaderamente anacrónico de la piececita, y lo que ha podido dar pie para tacharla ligeramente de arcaica de la cruz a la fecha.

Y después de aplaudirla y de repasar los severos juicios de la crítica, se reacciona y se pregunta uno: ¿qué se entiende ahora por sainete? ¿Hasta qué punto se ha desvirtuado el sentido, el significado del género, con estrago del paladar y tergiversación del concepto definidor de esta clase de obritas teatrales?

En cuanto a su extensión, olvidan que el sainete ha de ser necesariamente un acto, más o menos breve. Y si no lo olvidan, no se explica por qué censuran en éste (hasta los mismos autores—tan extendido está mal—parecen disculparse por ello) la reducción a un acto de los tres de que primitivamente constaba. Este es un mal de las previas declaraciones del autor de una obra. Le venden. Da armas tontamente a los Maese Reparos, que sin estar en el ajo no advertirían, a buen seguro, el proceso técnico de la creación literaria. En ésta han censurado esa reducción, que, en puridad de verdad, no se advierte, en absoluto, tal como la obra se ha estrenado. ¡Si precisamente el mal de que adolecen todos los actuales sainetes en tres actos (?) es ese: no haberlos refundido en uno antes de estrenarlos! Esa "poda"—que es lo gracioso—que suele la misma crítica aconsejar en tantos casos, cuando no se ha hecho.

Pues en esta ocasión les ha parecido mal. Y hay quien opina que la obra "ha perdido jugo en la síntesis del pequeño sainete que resta". Pero ¿qué redundancia es esa de "pequeño sainete"? ¿No es el sainete necesariamente síntesis? ¿Es que el levisimo asunto de éste daba humanamente para más? Mínimo sainete le llama el mismo crítico. Como debieran serlo todos, si respondiesen a la índole del género, y hasta a la etimología del vocablo que lo define y clasifica.

Anticuo, arcaico, marchito, falso y convencional, ¿por qué? El sainete es pintura de costumbres, o no es nada. Las costumbres que éste pinta son de este momento, y no pudieron alcanzarlas los personajes de "La verbena", que ni escuchaban la reseña de un partido de fútbol por la radio ni se iban de excursión, dominguera a la sierra. Pues, sin embargo, los personajes de "La verbena" son obligada y casi unánime referencia—traída, como se ve, bien a la ligera y por los pelos—, como demostración de la falta de actualidad, de modernidad del sainete. (Esa modernidad que otras veces admiten en kilométricos sainetones al uso, porque un personaje vestido de mecánico esté inyectando aire en un neumático...) No acertamos a ver por qué puede parecer convencional lo que en este sainete pasa. Pinta costumbres del día, que están al alcance de todos. ¿Quién puede acordarse de "La verbena"? Es que el espíritu de los personajes es el mismo, se me dirá. ¡Naturalmente! Como

EL ESTATUTO DEL VINO

Siguiendo las disposiciones oficiales, el Estatuto del Vino no deja de crear graves conflictos de orden regional, pues las zonas acogidas en las clasificaciones imponen trabas ruinosas a la producción lindera de menor renombre, como ocurre en estos instantes con las casas de Jerez respecto a los vinos del Oeste, y muy principalmente ese veto afecta a la zona vinícola del Condado de Niebla.

Acogiéndose a lo dispuesto en dicho Estatuto, Jerez cierra la entrada a estos vinos, y, con el tiempo, de persistir esa actitud, sería Jerez el más perjudicado, pues estos caldos del Condado, aunque por esfuerzo individual, van creando su personalidad propia, y no tardaría en adueñarse de un vasto mercado exterior, como hoy lo tiene conquistado en la Península.

Tales trabas llevarán a los cosecheros-exportadores del Condado a sumar sus esfuerzos, y de un modo colectivo desplazar gestores comerciales para la colocación directa de sus vinos en el extranjero.

El Condado produce mistelas, vino color, saneados, mostos concentrados, soleras y abundante fino de mesa. Carece de los olorosos y los "cherres" de precios altos; pero sus vinos-base se impondrán como tipos medios de un modo insubstituible en los mercados consumidores de esas clases suaves.

¿Cómo Jerez (en cerrazón injusta) a estos vinos, tributarios de ablenço en sus bodegas, puede olvidarse de su ofrenda anónima?

Inmemorial y valiosa ayuda, que en la hora presente de las clasificaciones no se quiere tener en cuenta.

Seguro que un gran número de casas jerezanas compartirán conmigo el trato de conjunto equivocado, y tal vez fuera tarde para la rehabilitación.

Los caldos del Condado cumplían una importante misión de copaje, y ya la echarán de menos los riegos y recevos de muchas bodegas.

Confiamos que Jerez rectificará esa actitud en beneficio mutuo.

"BACO"

Sevilla, febrero 1935.

que aquéllos, por ser vivo y cabal retrato del pueblo, son de ayer y hoy; son eternos, porque el espíritu del pueblo, en lo más íntimo de su ser, en su entraña, no varía. Lo que cambian son sus costumbres, y éstas, las de hoy, son las que el sainete que nos ocupa refleja.

No ven del Madrid de hoy—snobs de un Madrid neoyorkino que no ha matado al otro—más que el kilómetro que va de la Cibeles a la plaza del Callao, y no pisan, por lo visto, calles ni plazas de la Mayor abajo, donde están vivitos y coleando, imperturbables, invariables y en su salsa, los propios taberneros y Julianes, que ni han desaparecido ni desaparecerán por escuchar la radio ni por irse a la sierra de merendola y alpinismo.

Yo los encuentro, a diario, y quien no los vea, ni los advierta, ni los oiga es que va con los ojos y los oídos cerrados, sólo abiertos a los letreros luminosos y a los "klaxons" de la Gran Vía; snobs de todo lo superficial y aparatoso, sin calar en la hondura de los tipos y las cosas. (¿Por qué no puede Julián ser conductor de uno de esos "taxis" que alborotan por la Avenida de Pi y Margall?)

No hay tal falsedad en estos tipos, bien vistos y llevados a la escena, y a los que otro crítico tilda de verbalistas. ¿Es que no es verbalista este pueblo de Madrid?

Pues otro—y precisamente de un periódico bien del pueblo—también hace aspavientos y remilgos, abominando de la "burda estirpe" de su madrileñismo. Fenómeno curioso y frecuente el de estos pujos de antiplebeyismo en periódicos que viven de adular a la plebe. Porque no se refiere sólo al sainete premiado, sino a "toda la vulgaridad y artificio del género"... ¡Proscrito de un plumazo el género sainetesco!

Yo, que he concurrido al certamen y cuyo sainete ha sido el primero entre los cinco recomendados, de los noventa y seis que se presentaban al concurso, me apeno y me preocupo ante la inconsistencia, la ligereza y el desdén de tales juicios. No porque abrigue esperanzas de tener que padecerlos (no se estrenará, probablemente, "Gente de Cuchilleros", a pesar de la recomendación del Jurado y del Ayuntamiento), sino por haber podido comprobar, al estrenarse el premiado, hasta qué punto se ha estragado el paladar con los melodramáticos, recargados, estirados y astracados sainetes en tres actos que ahora se estilan.

Cuando ya se empezaba a malar y a falsear el género, de que son arquetipo "La verbena de la Paloma", "La revoltosa", "La reina mora", etc., pasó entre la indiferencia y el desdén más injustos ese primor de primores—en su maravillosa sencillez—que es "Todos somos unos", de Benavente. Algo así—salvando la gran distancia en calidades que hay entre uno y otro—ha pasado ahora con "Una tarde en la Boca del Asno", cuya feliz sencillez, naturalidad y genuina pintura de costumbres, acaso se aprecien debidamente un día, en una posible revisión, como pasó con aquél, al estrenarlo, el último año de Apolo, después de varios lustros de injustificado olvido.





SENSACIONES PARISIENSES

Los aniversarios románticos

Por EDUARDO AVILÉS RAMÍREZ

Ya comenzó París a celebrar, anticipadamente, el cincuentenario de la muerte de Víctor Hugo, Tambor Mayor del romanticismo y Pater Noster, Jehová y Júpiter tonante, intangible y terrible de las letras francesas, ocurrida el 22 de mayo de 1885 en su residencia de la place des Vosges.

Tallado en el mejor de los robles, el autor de *Hernani* había cumplido ya sus ochenta y tres años en medio de la más fulgurante de las apoteosis. Nadie antes que él había subido, como él, a las vertiginosas alturas de la gloria. La Francia, Europa, el nuevo Continente americano, el mundo entero, tenían puestos los ojos en el hombre que se había buscado una isla para identificarse con ella, como un símbolo de la Naturaleza. De Guernesey al Monte Tabor no había distancias...

"Cuando se supo la muerte del gran abuelo—nos cuentan las crónicas de la época—, una emoción indescriptible ganó la tierra toda; pero París especialmente sintió como si de pronto se desplomase Nuestra Señora, por ejemplo, o como si el Sena hubiera desaparecido."

Hugo fué enterrado en medio de ceremonias imperiales. Toda una noche fué velado bajo la curva napoleónica del Arco del Triunfo. Los partidos políticos hicieron alto en la batalla, las tendencias literarias más opuestas se reconciliaron junto al féretro, las estaciones de París dejaban en sus andenes millares de personas venidas de toda Europa. Dos días seguidos dura el desfile de gente por el Panteón, donde fué expuesto el cadáver antes de ser llevado al Arco. Las calles todas de París estuvieron ocho días embanderadas de negro. Mientras el cañón dejaba oír sus bronces de hora en hora, el pueblo, la multitud emocionada, no quería salir de su consternación. "Ver el desfile—escribía más tarde Jules Claretie—era un espectáculo soberbio; pero ver el público, estudiar barrio por barrio, calle por calle, este París emocionado, tembloroso, era seguramente más interesante y más bello." Y lo más curioso es que en medio de las urnas funerarias, los himalayas de flores, los pabellones enlutados, la consternación de las caras, el brillo de las armas desnudas, los pendones negros que caían desde todos los balcones, en una apoteosis funeral sólo comparable a la ofrecida a los restos de Napoleón venidos de Santa Elena... el cadáver de Víctor Hugo era conducido en el más modesto, el más pobre, el más insignificante de los carros fúnebres de la capital. "Je veux être enterré—había dicho antes de morir—dans le corbillard des pauvres." La apoteosis verdaderamente imperial caía sobre un coche miserable. Palomas en libertad, por centenares, revoloteaban a los largo de los Campos Elíseos, en el momento en que pasaba el desfile. Las estatuas aparecían envueltas en velos negros. Había gente hasta en los techos de las casas, en todas las ramas de todos los árboles. Los reverberos, alumbrados en

mitad del día, también han sido envueltos en gasas negras y flotantes. Palmas de oro, lirás de violetas por todas partes. Músicas. Discursos. La multitud, a veces, está hundida en un silencio patético, y, a veces, estalla en aclamaciones inesperadas. ¡Víctor Hugo ha muerto! ¡El último dios ha muerto!

Cincuenta años han pasado desde aquella apoteosis funeraria, teatral, romántica, desmesurada, huguesca. Cincuenta años durante los cuales han pasado tantas cosas y se han modificado y revisado tantas ideas.

Hernani, Ruy Blas, Marión Delorme, Los Burgraves, Lucrecia Borgia, todas sus piezas teatrales han sido catalogadas sin piedad en el museo del tiempo, sin que despierten emoción de ninguna clase. Todas sus obras poéticas también, desde *Les Châtiments* hasta *La Légende des Siècles*, titánicos, verdaderos atlánticos de versos empenachados y sonoros, uniformemente oratorios y frecuentemente vacíos.

El gran hombre, el inmenso abuelo romántico, nos dejó una lengua que no sirve ya para nada, mezcla de tambor político y de musa de mercados. La poesía es ya otra cosa. Lo fué desde que él murió, desde que el romanticismo fué suplantado en el corazón de las musas por el simbolismo, por el parnasianismo. Sus cobres, sus cataratas, sus trómpetas, sus condenaciones, sus magníficas vulgaridades, no despiertan emoción poética alguna. La tempestad clarineante de Víctor Hugo no asusta a ningún lector de 1935, ni siquiera a una lectora. Aquel Napoleón del verso ha sufrido un Waterloo definitivo.

Naturalmente, la organización oficial para la celebración de su cincuentenario no dejará de darnos un ciclo Víctor Hugo en el Odeón, en la Comedia Francesa, en la Opera. La Sorbona nos refrescará los oídos del recuerdo con la repetición—¡es infalible!—de las viejas conferencias oídas en la primera juventud. Los periódicos literarios le dedicarán números enteros. Y volveremos a oír, como hace cinco años, con motivo de la celebración oficial del centenario del Romanticismo, que "Hugo reúne en su propia, y magnética, y divina, y jupiterina personalidad—¡textual!— las personalidades de Ezequiel el profeta, de Esquilo, de Dante, de Juvenal, de Homero, de Cátulo, de Cervantes, de Shakespeare y de Camoens". ¡Pero qué apetito! ¡Pero qué niágara de contundencias!

No importa. Hugo es un magnífico punto de partida y de referencia. Un mojón que limita un imperio de la poesía. Para convencernos cada día más que la poesía moderna, como la pintura, debe ser despojada de atributos inútiles, o, como la arquitectura, debe ser presentada sintéticamente, sin adornos vanos, nos es preciso un Víctor Hugo, nos es necesaria aquella obra cargada de vanos adornos y de atributos inútiles fabricados millonariamente. ¡Si Víctor Hugo no hubiera existido, hubiera sido preciso inventarlo!

París es una ciudad sensible. París adora sus genios, sobre todo cuando son monumentales y decorativos, como Hugo. París va a *victoruguirse* por necesidad y urgencia de su temperamento teatral. Ya os contaré...

Un joven investigador español en África

Hallazgo de una tribu de pigmeos

El joven doctor español D. Luis de la Serna, miembro de la Expedición Iglesias al Amazonas, ha realizado en el África continental española una labor corta, pero intensa, y que ofrece un interés excepcional desde el punto de vista antropológico.

En uno de sus internamientos hacia la frontera de Guinea española con el Camerón consiguió localizar una tribu de pigmeos, hasta ahora desconocida.

Los pigmeos son los primeros pobladores de África, y tienden a desaparecer por el mismo fenómeno de adaptación que determinó la extinción de los bosquímanos en Australia y Nueva Zelanda.

La tribu hallada por el Dr. La Serna vive en el estado más primitivo imaginable, y es tal vez el exponente más bajo de colonia humana sobre la tierra. Apenas poseen lenguaje, y la comunicación entre ellos se hace por expresiones del tipo más simple. Desconocen estos seres en estado tan primario la construcción de viviendas, y utilizan como resguardo contra las inclemencias de la natu-



raleza el primitivísimo "paraviento", especie de yacija construída con cortezas de árboles, sin manipulación ulterior.

Son, en cambio, estos pigmeos, según ha declarado nuestro compatriota, unos habilísimos cazadores, para los cuales la selva no tiene secretos. Cazán con redes, trampas y flechas, y hasta el elefante y aun el gorila llegan a ser capturados en enormes zanjas, en las que colocan estacas puntiagudas envenenadas con estrofantó. Si el animal consigue escapar, los diminutos cazadores le persiguen, infiriéndole hábiles heridas en las ingles, hasta que le hacen caer. Para ello se valen estos valientes enanos de unas curvas azagayas.



La principal causa del estado de extinción en que la tribu se halla es la endogamia; añádate a esto la mosca *tsé-tsé*, muy abundante en la zona insalubre visitada por el joven investigador y donde viven los pigmeos.

El nombre de la tribu, según denominación propia, es el de M'Ye. Su enemigo mayor, después de la mosca del sueño, es la nueva raza de Guinea, los poderosos Fang, gentes sanas y atléticas, que van desplazando a los pigmeos hacia las charcas o el mar.

El Dr. La Serna, que ha sido durante años interno del Kaiser Wilhem Institut für Anthropologie de Berlín, bajo la dirección del Dr. Fischer, rector de la Universidad, se propone escribir una interesante comunicación acerca de su hallazgo.

Le debemos las primicias de su hallazgo y las interesantes fotografías obtenidas por él mismo, valiéndose de un autodesparador, durante el pasado mes de enero.



Una expedición a la estratósfera

Por J. RUSSELL

I

Ahora nos damos cuenta cabal del trance extraño que atravesamos: prisioneros en una sólida esfera de metal, suspensa de un globo enorme, a más de once millas de altura. Al alcance de la mano había dos escotillas, que podíamos abrir para quedar libres. Una de las escotillas estaba provista de una palanca para su rápida apertura; pero ninguno hizo siquiera un ademán hacia esa palanca. Abrirla significaba para nosotros la pérdida instantánea del conocimiento a causa del cambio de presión. Nuestros tejidos se habrían expandido súbitamente, como ocurre en ciertos peces de las profundidades del Océano cuando se los lleva a la superficie, y, naturalmente, el resultado habría sido desastroso.

UNA PRISION EN EL FIRMAMENTO

Nuestra elevada y reducida cárcel era, como lugar de habitación, bastante tolerable. La conocíamos perfectamente, pulgada a pulgada, pues durante semanas la habíamos visitado por dentro y por fuera no menos de una docena de veces al día. Sus paredes eran absolutamente impermeables al aire; resistía, sin lugar a duda, la ingente carga que transportaba; parecía que era aún más cómoda de lo que habíamos supuesto. Todo su interior había sido pintado de blanco brillante, en el que se reflejaban vivamente los rayos de sol que atravesaban los gruesos vidrios de los ventanillos situados sobre nuestras cabezas. Nos rodeaban totalmente instrumentos científicos, cuyo rumor, sordo al principio, crecía a medida que el globo se elevaba, y venía a ser grata música para nuestros oídos.

Mediante los receptores telefónicos, aplicados en los cascos, y los micrófonos que teníamos delante, nos hallábamos en condiciones de establecer conversación, tras la espera de pocos minutos para efectuar las conexiones, con cualquier habitante de los Estados Unidos. No sentíamos sed ni apetito, y el aire artificial que respirábamos nos parecía excelente.

De pronto, sin que nada lo hiciera sospechar, se produjo un gran desgarrón en la tela del globo. Minutos antes no habíamos notado el menor indicio anormal y he aquí que de súbito todo comenzó a descender, a caer: globo, góndola, instrumentos y tripulantes.

Mientras no se agravara el accidente y el globo resistiera, las cosas no marcharían del todo mal; pero si se producían nuevas roturas de la tela, era inevitable que la góndola se precipitara en el espacio... y nosotros con ella. Con una caída desde una altura de once millas y media, y empezando en una zona donde el aire era tan raro que se acercaba al vacío, la velocidad de descenso sería tan grande, que no habríamos podido vencer la violencia del aire que penetrara por las escotillas, aunque las hubiésemos abierto en tiempo oportuno para saltar por ellas. Más tarde, cuando la góndola descendía a razón de una milla por minuto, fué necesario, para salvarnos, salir por una de esas escotillas, pero tal hazaña hubiera sido imposible cuando la velocidad del descenso alcanzaba a cinco millas por minuto.

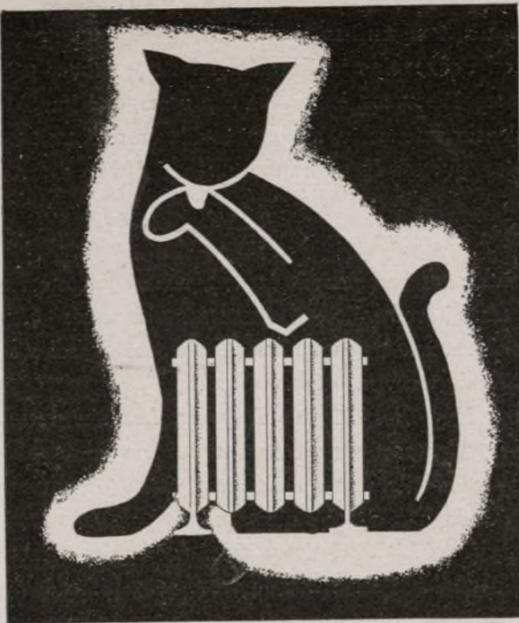
La expedición a la estratósfera fué organizada por la Sociedad Geográfica Nacional y el Cuerpo de Aviación de los Estados Unidos. La partida del aerostato se efectuó poco después de la salida del sol (a las cinco y cuarenta y cinco, hora oficial del lugar), el día 28 de julio, en Sierras Negras (Black Hills), de Dakota del Sur. Durante muchas semanas, en el campamento de la ascensión a la estratósfera trabajaron día y noche hombres de ciencia, oficiales del Ejército, aeronautas veteranos, soldados y numerosos obreros civiles preparando la expedición en el globo más grande que se ha construido en todo el mundo.

Desde que se formalizó el proyecto a fines de 1933, bajo la dirección de una Comisión científica designada por el presidente de la Sociedad Geográfica, Sr. Gilbert Grosvenor, no se omitió esfuerzo para obtener los mejores instrumentos y demás material necesario para recoger datos científicos en la estratósfera. Estos instrumentos debieron ser del mismo tamaño de los que se usan en los laboratorios, a fin de asegurar la mayor precisión. Por consiguiente, se trataba de instrumentos voluminosos y pesados, y tan numerosos, que para instalarlos fué preciso construir una góndola mucho más grande que cualquiera de las precedentes. Para elevar esa góndola y su pesado cargamento requeriase, naturalmente, un globo también mucho mayor que todos los precedentes, y los expertos de esta clase de construcciones produjeron uno de capacidad de tres millones de pies cúbicos de gas. Cinco meses se necesitaron para fabricar esa bolsa gigantesca, en la que se empleó cerca de una hectárea de lona de algodón de hebra larga impregnada en caucho. Entretanto se construía la esfera de un metal especial, de menor peso aún que el aluminio, y en una veintena de laboratorios y talleres de diversos puntos del país se fabricaban, también especialmente, los numerosos instrumentos de observación científica.

Se eligió como base de operaciones para la ascensión, una localidad de la zona accidental de Dakota del Sur. En la elección de este punto se consideró que se hallaba bastante al Oeste, como para que el globo pudiese deslizarse hacia el Este hasta unas 800 millas, sin perder la posibilidad de descender en terreno llano y sin bosques; por otra parte, las observaciones meteorológicas indicaban a esa región como una de las más favorables en verano para efectuar vuelos, y por su topografía la localidad se hallaba protegida por los vientos bajos.

UNA CIUDAD IMPROVISADA

A principios de junio se estableció el campamento en una hoya profunda, rodeada de colinas, a 12 millas al sudoeste de Rapid City. A los pocos días ya se designaba popularmente ese lugar con el nombre de Stratocamp (de campamento y estratósfera). Bajo la hábil dirección de uno de los miembros de la expedición, el capitán Orvil A. Anderson, esa hondonada desierta se convirtió rápidamente en una activa población de más de un centenar de habitantes. En pocas semanas contó con cañerías de agua corriente, calles pavimentadas con aserrín pren-



sado, luz eléctrica, servicio de destrucción de residuos, plazuelas, agentes de tráfico, un pequeño hospital y una ambulancia, dos bomberos profesionales, una docena de aparatos extintores de incendios y un Cuerpo de voluntarios para manejarlos, precaución importante, pues se habría de emplear grandes cantidades de gases explosivos. No se permitía fumar en la vecindad de los depósitos de cilindros de hidrógeno. Tres líneas telefónicas y dos estaciones de radio mantenían al Stratocamp en comunicación con el mundo exterior, y dos líneas telegráficas funcionaban constantemente, transmitiendo informaciones sobre el estado del tiempo de todos los puntos del país, y aun de Alaska, de Cuba y de Islandia. La estación meteorológica instalada en el campamento con la cooperación de la Oficina Meteorológica Nacional, el Cuerpo de Señales y el Cuerpo de Aviación, podía compararse, por la cantidad y minuciosidad de las observaciones, con las más importantes de los Estados Unidos.

FERROCARRIL Y CAMIONES PARA LA EXPLORACION

Durante semanas llegaron diariamente a Stratocamp vagones de ferrocarril y camiones cargados de material. Tres vagones colmados de pesados cilindros de acero que contenían hidrógeno transportaron ese cargamento hasta Rapid City, de donde fueron trasladados al campamento. La góndola fué transportada en camión desde Midland, es decir, una distancia de mil millas. Otro camión llevó el enorme cajón, de un peso de dos toneladas y media, que contenía la tela del globo en una envoltura impermeable. La máquina generadora de oxígeno líquido que debía proveer aire puro en el interior de la góndola, llegó también por camión. La mayoría de los demás aparatos, instrumentos y herramientas, fueron enviados por aeroplanos de los distintos centros de fabricación.

El 9 de julio quedaban terminados los preparativos y todo listo para emprender la ascensión. Sólo esperábamos determinadas condiciones de tiempo, infortunadamente raras, pues debían reinar en un área de más de setecientas millas hacia el Este. Varios especialistas en meteorología preparaban dos veces por día un mapa del estado del tiempo a base de las observaciones que llegaban constantemente de todo el país y de las efectuadas en el mismo campamento. Todos, técnicos, cbreros, corresponsales de los diarios, comprendían que el factor esencial de la ascensión a la estratósfera era el tiempo, y compartían nuestro ansioso interés en el estudio de los mapas. Día tras día las informaciones sobre el estado del tiempo eran invariablemente desalentadoras.

¡BUEN TIEMPO AL FIN!

El 27 de julio el área de alta presión, tan esperada, derivaba del Oeste y prometía para el día siguiente las condiciones que necesitábamos, tanto en Stratocamp como en el Este. Cuando al mediodía el mayor Kepner anunció oficialmente que el tiempo era satisfactorio para la ascensión y que al anochecer se daría comienzo al inflado del globo, todo el personal del campamento se galvanizó en actividad.

INFLANDO EL COLOSAL GLOBO

Al anochecer fueron encendidos los numerosos reflectores, que en un gran círculo rodeaban la plataforma, y poco después se empezó a introducir hidrógeno en la enorme bolsa mediante cañerías de lona impermeable.

Poco después de las dos de la mañana se dió término a la inflación. Retenida por delgadas cuerdas, la bolsa colosal se erguía imponente, con la parte superior perdida en la oscuridad, que excedía por mucho al vasto arco luminoso formado por los rayos de los reflectores. El tiempo era ideal. En la superficie del globo no se notaba ni un estremecimiento.

Rápidamente la góndola, con todos sus instrumentos y baterías listas, fué llevada sobre una plataforma de ruedas hasta colocarla debajo del globo, y comenzó la tarea, que debía durar tres horas, de atarla. A las cinco de la mañana sólo faltaban algunos detalles, como la colocación de las cuerdas de las válvulas de escape y cargar gruesos abrigos de aviador y los paracaídas.

El capitán Anderson y yo penetramos en la góndola. El mayor Kepner se instaló sobre ella, en un espacio rodeado de cuerdas para dirigir la partida.

Fueron desprendidas las cuerdas del globo propiamente dicho; sólo lo retenían diez cortas cuerdas de mano atadas a la góndola. Se aflojaron estas cuerdas para probar la fuerza ascensional, la cual fué enseguida corregida agregando lastre.

¡LARGUEN AMARRAS!

Inmediatamente se dió el orden: ¡Largen amarras! Y emprendimos el viaje a la estratósfera.

El suelo pareció hundirse rápidamente, y el "Explorer" cruzó sobre el borde del campamento en dirección al Este. Ya en franco ascenso, dirigimos la mirada hacia la hondonada pro-

CALEFACCION, REFRIGERACION Y VENTILACION

Boetticher y Navarro

S. A.

Zurbano, 67.-Teléf. 40070

MADRID

funda, de donde acabábamos de partir, y divisamos millares de personas que se habían congregado durante la noche para presenciar la partida. Por cierto que no continuamos contemplando el suelo. Nos elevábamos con rapidez y había que gobernar el globo y atender al funcionamiento de los aparatos. Atendiendo las instrucciones del mayor Kepner y del capitán Anderson, que se hallaban sobre la góndola arreglando los cordajes, hice funcionar desde el interior de ésta la válvula de gas del globo. Procedí con cautela, pero pronto se hizo evidente que viajábamos en un globo distinto de todos los conocidos. "Mordía el freno", como dicen, y continuaba ascendiendo con una rapidez mayor de la que era de desear para registrar observaciones. Mantuvimos la válvula abierta por largos intervalos y, por fin, el ascenso se hizo más lento.

Mis dos compañeros estaban prontos para hacer funcionar la válvula de emergencia, que se manejaba por medio de una cuerda. Cuando comprobamos que la válvula neumática bastaba para soltar el volumen de gas necesario, el capitán Anderson se reunió conmigo en el interior de la góndola y puso el globo en equilibrio a una altura de 15.000 pies. Entonces salí yo, y desde el resbaladizo techo de la góndola ayudé al mayor Kepner a bajar el pesado espectrógrafo, que debía colgar a unos 500 pies debajo de la góndola. Esta tarea nos tomó media hora, pues era preciso proceder con suma precaución para que no se nos escapara de las manos el instrumento... y nos llevara consigo.

Ya todo en orden afuera, el mayor Kepner y yo entramos en la góndola y cerramos las portezuelas herméticas. Antes de seguir ascendiendo comprobamos que la góndola era absolutamente impenetrable al aire, para lo cual hicimos funcionar el aparato vaporizador de aire. La presión interior se mantenía constante. Podíamos, por consiguiente, ascender confiados.

RADIO A MILLARES DE METROS DE ALTURA

Hallándonos a 15.000 pies de altura efectuamos nuestra primera comunicación con la tierra por medio de la radio. Mantuvimos sin dificultad una conversación con el general Westover y con el Dr. La Gorce, vicepresidente de la Sociedad Geográfica, ambos en Washington, y requerimos de nuestro campamento nuevas informaciones sobre el estado del tiempo. Más tarde establecimos comunicación con diferentes estaciones de radio cada vez que las múltiples tareas nos dejaban un instante libre para hablar por el micrófono.

Aunque nos hallábamos ya bajo los rayos del sol, cuyo calor debía dilatar el gas y, por consiguiente, aumentar la fuerza ascensional, el "Explorer" parecía ascender cada vez más lentamente, y hubo un momento en que se detuvo. Supimos que por ser un globo tan extraordinariamente grande tardaba en responder a las maniobras. Por fin Anderson descargó por un caño, que no permitía entrar aire, bolsa tras bolsa de lastre, hasta un total de 400 libras. De pronto el globo comenzó a ascender y poco después el aparato indicador de la velocidad de ascenso nos informaba que nos elevábamos a razón de 500 pies por minuto.

II

DETENIDO A MITAD DE LA ASCENSION

Durante la hora que siguió, el globo ascendió con regularidad hasta los 40.000 pies, que era, más o menos, la altura que habíamos previsto. En ninguna de las anteriores ascensiones a la estratósfera se logró detener el globo a mitad del trayecto entre el suelo y la altura máxima alcanzada. Durante más de hora y media el capitán Anderson consiguió, manejando cuidadosa y continuamente la válvula, mantener el globo en perfecto equilibrio. Ni se elevaba ni bajaba.

EL REPIQUETEEO DE LOS RAYOS COSMICOS

Nos detuvimos a los 40.000 pies, como he dicho, mientras los diversos instrumentos continuaban funcionando. Pusimos en marcha el aparato de Geiger, destinado a registrar las direcciones de movimiento de los rayos cósmicos. Los magnetos del instrumento respondían con un golpecillo cada vez que un rayo cósmico atravesaba el aparato. A nivel del suelo ese golpecillo se producía una o dos veces por minuto, pero a esa altura los rayos cósmicos eran cincuenta veces más frecuentes y más tarde el repiqueteo del aparato fué semejante al que producen muchas máquinas de escribir simultáneamente en un local o como a una bandada de pollos que picotea maíz en una fuente de latón.

Suspendimos el funcionamiento de la válvula de gas y el "Explorer" reanudó el ascenso. Era cerca del mediodía y en la hora siguiente continuamos subiendo. A eso de la una nos aproximábamos a los 60.000 de altura, y el mayor Kepner maniobró para que el globo volviese a la inmovilidad.

(Concluirá en el próximo número)



Acostumbraba a pararse en una esquina central de mucha animación en Oxford Street.

DIBUJO DE ESPLANDIU

Acostumbraba a pararse en una esquina central de mucha animación en Oxford Street; colocábase siempre un poco hacia atrás de la compacta corriente de peatones de esa gran arteria. Jamás había visto yo una figura observando tan rigurosa inmovilidad. Su traje, al que un largo servicio había dado un lustre sombrío, estaba impecablemente limpio y reflejaba el estilo de una hechura elegante y correcta. Sus pantalones no tenían la más insignificante arruga; el vivo azul de su corbata hacía resaltar la blancura absoluta del cuello, también de gusto distinguido; calzaba botines brillantes de suelas escuálidas.

A tono con la perfección de su vestimenta era la perfección de su porte, cortés y refinado, que evidenciaba una marcada diferencia con el de sus colegas de infortunio.

Era el suyo un rostro que revelaba refinamiento, denotando haber vencido cuantas obstrucciones habría hallado en su camino, para poder, con singular resignación, permanecer horas y horas en la actitud humillante y amarga del mendigo, y al fin del día, una vez disipado el tráfico, dirigirse a algún solitario rincón donde contaba sus peniques con la misma imperturbable calma que demostraba ahora en su tristemente experimentado ademán de pedir.

De vez en cuando, conmovido por esa miserable actitud suplicante, pero altiva, dejaba yo caer un chelín en su sombrero. Me agradecía con unas palabras tan tenues que yo no alcanzaba a distinguir. Fugazmente, sus ojos apagados encontraron los míos.

—Buena suerte—le dije—y proseguí mi camino.

A la otra semana lo vi nuevamente en el mismo lugar, y le di otro chelín. Obtuve el vago agradecimiento de las veces anteriores, pero noté que éste era más definido y que sus ojos me observaban inquisitivamente. Interpreté en esta mirada la esperanza de que yo pudiera comprender que si él ganábase la vida con tan triste ocupación, lo hacía a despecho de sí mismo por no serle posible abrazar ninguna otra alternativa. Me sugerían también aquellos ojos que él y yo éramos de la misma educación y que la diferencia entre nuestro presente nivel no podría alterar mucho la semejanza de nuestras respectivas culturas. Y había también algo aún más enigmático en sus ojos que no me fué posible descifrar.

Después de esto, me interesaba tanto su psicología, que pensé en él muchas veces; en el proceso mental por medio del cual habría vencido la vergüenza—si es que la había vencido—; la conquista de ese temple extraordinario que le permitía permanecer inactivo, inmovilizado, tantas horas seguidas. Tanto me intrigaba la fría y austera actitud de este pobre miserable, que había adquirido el hábito de observarlo, sin que se percatase de mi mirada inquisitiva.

—Un hombre de mundo, sin duda alguna—pensé, deduciendo mi afirmación de la serena altivez de su semblante, en el que percibíanse vestigios indelebles de una vida mejor.

Un día, un día fatídico, le invité a almorzar. Me miró un instante, sorprendido, dirigiendo luego una rápida mirada a las monedas recogidas por su sombrero. Y accedió.

—Es usted muy bondadoso, señor—me dijo—. Será un gran placer para mí. ¿Dónde?

—En mi restaurante favorito, en Soho Shall. ¿Vamos caminando, o tomamos un taxi?

—Yo preferiría ir caminando, si usted no tiene inconveniente, señor.

—Yo también.

Se colocó el sombrero, guardó las monedas en su bolsillo, y cuando se puso a mi lado, advertí que sus piernas vacilaban, seguramente por efecto de tanta inmovilidad. Durante el trayecto no hablaba, pero dirigía rápidas miradas hacia todas direcciones. Pronto llegamos a destino, en Greek Street.

—¡Ah!...—dijo él en la puerta—. Usted también gusta almorzar en lo de Previtalli...

—¿Conoce el lugar?—le pregunté, algo desconcertado.

—Sí; he estado aquí varias veces.

Lo que más me interesaba en ese momento era que no intentaba dar ninguna explicación; tampoco parecía inmutarle mi sorpresa, revelada ante la familiaridad con que ese hombre se conducía en un restaurante que yo no suponía él hubiera frecuentado. Parecía conocer las causas de mi perplejidad y aguardar también que las mismas se acentuaran más con alguna incidencia que no tardaría en

producirse. En efecto, cuando cruzábamos el comedor, el mismo Castano nos brindó, a cada uno de los dos, esa sonrisa afable con la que los dueños de restaurantes saludan solamente a sus viejos

UN MENDIGO

CUENTO DE

G. O. SULLIVAN

UNA FIRMA INGLESA

clientes. Me sentí con esta recepción aún más desilusionado.

—¿Qué se va a servir?—le pregunté.

—Desearía un frito mixto—dijo sin consultar el menú.

—Excelente, y ¿para beber?

—Tomaré un orvietto.

Esto comenzaba ya a divertirme grandemente, porque el famoso orvietto es mi vino preferido. A pesar de saber que era lo que constituía mi asombro, el hombre no hizo la más ligera insinuación por dilucidar tan enigmática situación. Durante el almuerzo conversamos de muchísimos temas, pero no hicimos alusión alguna a la mendicidad. Sus modales correctos eran los de un hombre culto que comparte con un amigo e igual un almuerzo placentero.

Estábamos ya a la altura del café y los cigarrillos, y comenzaba yo a impacientarme por tan molesto silencio, cuando prorrumpió, con voz baja e insegura:

—Le ruego dispense usted... Estar aquí con una persona como usted después de tantos años, en el transcurso de los cuales no tuve roce ni relación con hombre alguno, es algo tan raro para mí, que... hasta me parece un sueño. Su bondadosa acción al haberme invitado a almorzar también fué sorpresa para mí. Pero... lo que hallo realmente sublime en su generosidad, señor, es haber soporado durante más de media hora mi miserable compañía sin haber alterado su indulgente amabilidad, pese a todo lo que pueda desfilarse por su mente en lo que a mí respecta. Esto sí, señor, es altruismo maravilloso.

—No se preocupe usted—le dije.

—Muchas gracias, señor. Algún día, tal vez...

Aproveché la pausa que en su frase hacía y le hablé de esta manera:

—No soy hombre indiscreto, de modo que le ruego disculpe el interés que siento por su aflicción y no lo confunda con mera curiosidad. Percibe usted muy bien mis pensamientos, y por si yo pudiera ofrecer a usted alguna ayuda, aguardo desde ya la confesión de los suyos.

El hombre observó con calma su cigarrillo, dirigiéndome luego una mirada en la que se evidenciaba una intensa ansiedad por conocer la descripción de algo que de mí esperaba.

—¿Cuándo regresó usted de la India, Sr. John?

Atónico, le miré, y prosiguió con extraordinaria vehemencia:

—Usted no me conoce; tampoco le conozco yo. Usted no me había visto antes, pero yo sí. Le he visto en la Corte de Justicia de Bombay; durante, más o menos, ocho años, usted ha sido juez en la Cámara Criminal.

—Es exacto; ¿estuvo usted en Bombay?

—No he vivido precisamente allí, pero asistí a un juicio en el que usted debía pronunciarse. Estudié detenidamente la expresión de su rostro, preguntándome si sería posible para un juez evitar que su imaginación se expanda más allá del recinto de la corte y observar lo que significaba su decisión para otras personas que no fuesen el acusado. Estoy convencido que la administración de la justicia se concreta tan sólo a los hechos inherentes al proceso; pero la amarga verdad es que el castigo cae a menudo más rigurosamente sobre el inocente. El acusado sabe que merece castigo, pero su familia no lo entiende así.

—Esa es una parte, y no la más leve, del desgraciado eco que comportan todas las justicias—argüí yo.

—Mi nombre es Parker, señor—dijo él ruda e inesperadamente.

¡Parker... Mi memoria retrocedió tres años atrás. Veía a un joven sentado en el banco del Tribunal, acusado de malversación de fondos y robo de una importante suma de dinero a un banquero de Bombay. Era un banquero nativo, cuya circunstancia agravaba el hecho sensiblemente. La evidencia era concluyente, y la defensa, tan sólo un recurso de misericordia. La sentencia que pronuncié fué cinco años de prisión. Hoy, por capricho del destino, almorzaba con su padre.

—Hace de esto tres años, señor Parker, ¿verdad?

—Tres, el próximo mes.

Vacilé un instante, y luego prosiguió, mirándome con extraña expresión:

—La primera vez que le vi en Oxford Street le reconocí enseñada; le he llevado muy seguido en mi memoria. Hoy, cuando me invitó a almorzar, sentí una dicha inefable, ciertamente no por el



Ayuntamiento de Madrid

—¿Qué se va a servir?—le pregunté.
—Desearía un frito mixto—dijo sin consultar el menú.

DIBUJO DE SANTONJA



—¡Oh! Gracias, Dios mío... Gracias... Y usted, señor John...

DIBUJO DE ARTECHE

almuerzo, sino porque su generosa invitación confirmaba el concepto que de usted me había formado. Un juez que ofrece una comida a un mendigo no puede permanecer indiferente ante el sufrimiento causado por su pronunciamiento en los tribunales.

Hubo una pequeña pausa.

—¿Le interesaría a usted conocer la otra faz del asunto —preguntóme amargamente.

—Si no tiene usted inconveniente en revelarla...

—Sí; quiero revelarla. El silencio que debe observar un mendigo profesional infunde vehementes deseos de hablar en alta voz cuando la ocasión es propicia. Algunos meses antes de que mi hijo cometiera su grave falta, su querida madre se hallaba gravemente enferma. Mejoró, pero era tan extrema su debilidad en su larga y difícil convalecencia, que me fué preciso ocultarle la verdad acerca de Eric; este es su nombre. Si no hubiera obrado así, el dolor la habría matado. Señor John, aun hoy mi esposa ignora la verdad. Cuando esto sucedió, yo era dueño de una plantación en Ceylán. Probablemente recordará usted que entregué una garantía para mi hijo.

—En efecto, lo recuerdo.

—Y el importe de la garantía no alcanzaba a cubrir el importe de la malversación.

—Diferencia de algunos miles, ¿verdad?

—Sí; de modo que consideré mi deber cubrir esa diferencia, vendiendo la plantación y prácticamente todo cuanto de valor había con ella. No me fué difícil hacer creer a mi esposa, en su estado anormal, que éstos eran los recursos ineludibles de un quebranto comercial. Luego vinimos a Inglaterra con propósito de hallar un tratamiento eficiente para su estado. Vano fué mi empeño en buscar trabajo en Londres, hasta que... desesperado por la angustia y la miseria, incapaz de reaccionar...

Hizo un gesto de amargura y agregó:

—¡Me hice mendigo! Mi esposa cree que trabajo en una oficina de consignaciones y que nuestro hijo desapareció en una expedición al Turquestán.

Le miré, advirtiéndole en su rostro la evidencia de un noble y rudo sacrificio. Indiscutiblemente, si aquel hombre me confesaba tan íntimas acciones de su vida, era porque le animaba el ávido deseo de que yo conociera y apruebe su conducta. Durante tres largos años torturantes había mentido a la mujer que amaba, con la sana intención de mitigar su amargura.

—Usted ha obrado muy bien—le dije.

—¿Lo cree usted así?—me preguntó, mirándome fijamente en los ojos.

—Su acción es noble y generosa. ¿Puedo serle útil en algo?

Sus manos temblaron, y bebió precipitadamente el café que aún quedaba en su pocillo.

—Sí, señor. Podría usted hacerme un gran servicio; pero no se trata de dinero.

—Si está a mi alcance, lo haré.

—Muchas gracias, Sr. John. Mi situación en casa se hace cada día más difícil. Carezco de toda evidencia exterior que denote las actividades comerciales con las que mi esposa me cree vinculado, y mucho temo que algo suscite pronto su sospecha. En mi presente y triste ocupación, no he hallado a nadie a quien poder confiar. Pero si me fuera posible lograr que una persona como usted visite nuestra modesta casa y diga algunas palabras que hagan mención al negocio de consignaciones, ello sería una gran confortación para mí. Hace ya varios meses había concebido esta pequeña farsa, y cuando le vi a usted, Sr. John, pensé que no vacilaría en ayudarme. Significaría para mí una mitigación moral enorme llevar a cabo

este engañoso recurso con usted, pues presumo que a su juicio mi mentira está bien justificada. Mi esposa no le conoce ni sabe de ningún nombre como el suyo relacionado con algún acontecimiento de nuestra vida.

Diciendo esto, se inclinó hacia adelante, apretando los labios; el alma en sus ojos.

—¿Cuán pequeño es el mundo!—pensé yo—. ¡Cuán ineludibles las consecuencias de los hechos humanos!... Hace tres años, al otro lado del globo, un joven deseaba un dinero que no había ganado, y halló castigo en mis manos. Hoy me imploran visitar a su propia madre y asociarme en el ocultamiento de su delito. Me interesaba conocer a aquella madre."

—Lo haré—le dije. ¿Cuál es el estado de ánimo de su esposa?

—Está ya totalmente ciega—me respondió amargamente, con una voz llena de ternura.

Quedamos en silencio un corto instante, y concebí de súbito el horrible purgatorio en el que debía vivir este hombre. Pero a medida que mis reflexiones se sucedían y concretaban, me preguntaba yo mismo si sería en realidad un purgatorio. El parecía feliz. Su expresión exterior revelaba que todos los deseos y caprichos individuales habían sido para siempre disipados de aquella alma pura que no abrigaba otra ambición que la de un magnífico sacrificio y una devoción inquebrantable. Todas las debilidades habían sido vencidas por aquel corazón fuerte; todas las obstrucciones allanadas por aquel temple firme y tesonero. Conocía yo hermosos ejemplos de inmolación, pero no advertí en ninguno de ellos los rasgos de nobleza que caracterizaban el de este caso magnífico.

Convinimos en que le visitaría una noche de la semana próxima. Nos encontramos para ello a las ocho en Hyde Park. Caminamos por Eaton Place y doblamos por una callejuela que conducía al río; se detuvo a la entrada de una pequeña casa.

—Tenemos solamente dos habitaciones, Sr. John. La propietaria es muy bondadosa, y suele hacer compañía a mi esposa durante el día. También ella es infortunada. Su hijo sufre una condena por un hecho delictuoso. Me ha visto muchas veces en Oxford Street; pero no dijo jamás una palabra a mi esposa. Veo que la gente de su rango comprende bien las cosas de la vida.

¡Su rango! Prodújome gran satisfacción oírle hablar de esta manera. Circunstancias extremas habíanle obligado a ejercer la mendicidad, pero retenía el orgullo y la altivez del hombre que no lo ha perdido todo; pedía, pero no rebajaba su dignidad suplicando lastimeramente en la forma común de los pordioseros.

—Luego de haberle presentado, Sr. John, saldré por unos minutos y le dejaré solo con ella, si no tiene usted inconveniente. ¡Hace tanto tiempo que mi querida esposa no conversa sino conmigo!...

Pocos minutos más tarde me hallaba conversando con una de las más delicadas personas que jamás haya conocido. Sus ojos grandes y profundos tenían aquella calma melancólica que se advierte tan sólo en la mirada de los ciegos. Sus movimientos eran resueltos y seguros, y su voz, clara y exenta de ese dejo conmovedor que se observa en los seres abrumados por la desventura.

La habitación era aseada, y los muebles modestos que en ella se hallaban, arreglados con gusto sobrio y sencillo. En un rincón del cuarto había una cocina a gas de reducidas dimensiones. Algunos libros se hallaban diseminados sobre la mesa.

Parker me había presentado como un amigo relacionado con sus negocios. Yo admiraba la naturalidad y confianza con las que hacía la presentación, y si algún vago reproche, que hubiera podido hacerme a mí mismo, por inmiscuirme en tan íntimos procederes, prevalecía, se disipaba de súbito al sentirme rodeado de gente tan afable y sincera. Terminé por estar satisfecho de haber ido

—El señor John y yo almorzamos en lo de Previtali. Castano me preguntó por ti, querida—dijole con dulzura.

Ella volviójose hacia mí.

—Es un lugar agradable, ¿verdad? Rara vez salimos; pero vamos allí de vez en cuando, pues la tranquilidad del restaurante transmitenos algo tan familiar, que lo consideramos un sitio agradable. Sé por mi esposo que usted regresó recientemente de la India.

—Sí; he vivido en Bombay.

—Nosotros, en Ceylán, com ousted sabrá; pero mi hijo tenía una excelente situación en Bombay, hasta que un mal día, obedeciendo a su impulso inquieto, la abandonó para unirse a una expedición al Turquestán. Y no regresó más...

Yo murmuré algo que creí útil para descongestionar el dolor que se advertía en el rostro melancólico de aquella madre; pero ella prosiguió con voz angustiada:

—Será para siempre un gran pesar para mí. Pero la más amarga de nuestras desgracias la sufrió mi querido Andrés, que ya tenía el alma destrozada sabiéndome ciega. La fatalidad quiso que todo nuestro mal suceda a un mismo tiempo, para hacer menos llevadera su consecuencia, menos serena nuestra resignación. Poco después perdimos nuestro dinero. Vinimos a Inglaterra, y Andrés inició su negocio de consignaciones. Pero él le habrá dicho todo esto, ciertamente.

—Sí, querida, ya le impuse de todas nuestras vicisitudes—aclará él, mirándola directamente, pero dirigiendo hacia mí una significativa mirada de soslayo.

—Es un negocio muy precario y obstaculizado por mucha competencia, como el Sr. John sabe muy bien.

—Estuvo usted en la India durante mucho tiempo, ¿verdad, señor John?

—En efecto, estuve muchos años en una repartición nacional. Veo que tiene libros de autores conocidos.

—Tenemos una biblioteca bastante surtida; mi esposo me lee todas las noches las noticias del día.

Parker me hizo una seña y se levantó.

—Voy a salir un instante, querida, para no alterar mi hábito diario; tú sabes cuán distinto es estar todo el día en una oficina, y la vida al aire libre de las plantaciones. La compañía del Sr. John te proporcionará un cambio saludable.

Salió. Su esposa continuaba sentada con calma, su cabeza ligeramente inclinada hacia adelante. Súbitamente, como acosada por una repentina crisis nerviosa, levantó rudamente sus brazos, y dirigiéndose hacia mí, tomómelo fuertemente de la mano, hundiéndome convulsamente sus dedos en mi carne.

—¿Es usted John Bridge?—preguntó precipitadamente.

—Sí.

—Entonces... Es usted, o muy noble, o muy insensato de haber venido aquí—agregó con visible agitación.

Un fugaz pensamiento iluminó mi mente; pero fué demasiado lejano, y no pudo concretar su aprovechamiento.

—¿Puede decirme usted, por favor, qué es lo que este arranque significa?

—¿No puede comprenderlo usted? Por el amor de Dios, piénselo pronto.

Las facciones de la mujer se transformaron totalmente. Desapareció su calma, su serenidad, su maravillosa dulzura. Su rostro, alterado, tenía un aspecto espasmódico.

Posó su mano en su garganta, y una respiración entrecortada y violenta, como resistiendo ante el estallido de un sollozo, revelaba el cruento dolor de aquella alma castigada.

—Ya lo sé; ya lo sé todo—dijo con voz apagada por la emoción.

—¿Lo sabe usted?—dije yo, estupefacto.

—Sí, ya sé todo acerca de mi hijo. No podía ver a mi esposo; pero, por esta percepción que sólo los ciegos poseemos, noté que en él operóse un cambio brusco. Una noche, apenas llegamos a Inglaterra, habló en su sueño. ¡Qué espantosa, qué terrible pesadilla habrá padecido mi querido Andrés!...

—¿Y lo dijo todo?...

—Mi querido esposo!...—dijo ella con un acento que enternecía—. Me lo ha dicho todo. Sé que mi hijo es un presidiario..., y por qué. Sé que ha sido usted quien le sentenció..., y por cuanto tiempo. Sé de dónde proviene el dinero de mi esposo, y..., ¡Dios me asista!..., también sé qué es lo que hace. No puede usted imaginarse lo que significa para mí revelar estas crueles verdades por la primera y última vez. ¡Y que sea usted, que condenó a mi hijo, la única persona a quien pueda expresarle mi triste desventura!... Pero sé que es usted hombre discreto y que comprende...

Posé mi mano sobre la suya.

—Cuenta conmigo—le dije.

—Si mi querido Andrés supiese que yo conozco la verdad, se moriría de disgusto. ¡Oh!, Sr. John. Usted, que es hombre de bien y de conciencia, comprende la satisfacción profunda que experimento al haber sido amada con tanta fidelidad, con tan noble fidelidad, por un hombre abnegado y generoso que llevó hasta el sacrificio su afán de mitigar en mí la angustia y el sinsabor... Todo cuanto él ha hecho por mí compensa holgadamente el horrible infortunio de mi ceguera. Tal vez haya cometido un error en confesarle todo esto...

—No piense así, señora. Me hallo en extremo conmovido y por usted...

—No; no es oportuno hablar de mí en este momento—interrumpió ella bruscamente—. ¿Puedo creer que si él se condujo tan noblemente, la sentencia de mi hijo será reducida en un año?

—Puede estar segura de ello—le contesté.

—Lo que significa que dentro de un año estará libre. Y para mí, nada más que para mí, él habrá escapado de los bandidos del Turquestán y no sabrá jamás que yo conozco tan torturante verdad. Pero, Sr. John, me horrorizo al pensar en su destino. ¿Qué será de él, un ex presidiario? ¿Qué existencia de hostilidades y remordimientos le aguardará en su vida de libertad? ¿Podría usted sugerirme algo, cualquier cosa?...

—Lo pensaré—le dije apretando su mano entre las mías—. No; se lo prometo. Le brindaré buenas perspectivas para que pueda formarse un destino recto y feliz. Me es imposible precisarlo ahora, pero ya lo hallaré.

He visto en mi larga experiencia de juriconsulto muchísimas transformaciones en los rostros de quienes pende o un alivio confortante o una cruel acusación, pero no distinguía en el rostro de la mujer vestigio alguno de estas emociones. En ella la reacción era discintna, más evidente, más franca. Sus labios, temblorosos aún, dibujaban en su rostro la expresión de la más pura de las satisfac-

ciones, y noté que su alma dolorida halló sensible alivio en mis palabras.

—¡Oh! Gracias, Dios mío... Gracias... Y usted, Sr. John... No me fué posible percibir el resto de la frase; pero comprendí que era una ferviente bendición. Segundos más tarde oyéronse los pasos de Parker, que llegaba. Entró, y posando suavemente su brazo sobre la espalda de su esposa, me miró con singular vehemencia. Ella dijo:

—El Sr. John y yo hemos tenido una agradable conversación. ¿Quieres hacernos un poco de té, querido?

Solicito, Parker preparó el té. Parecía completamente feliz; no había en su rostro ningún indicio de amargura. Dudaba yo de que cualquier otra mujer hubiera podido matizar, embellecer la existencia de aquel esposo. Ella había convertido al mendigo de Oxford Street en un noble.

Cuando me despedí, él me acompañó hasta la puerta y me expresó su gratitud:

—¡Cuán difícil me resulta agradecer su inmensa bondad, señor John! Estoy convencido de que nuestra pequeña farsa ha dado resultados excelentes. ¡Qué animada y alegre parecía estar esta noche mi querida esposa! Seguramente, porque quedó bien impresionada con el negocio de consignaciones.

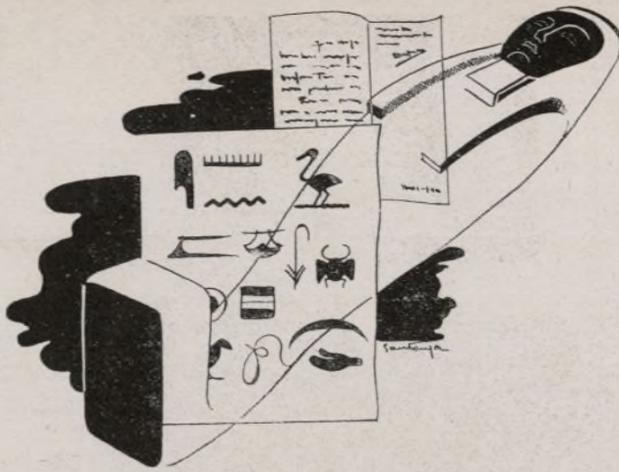
—Yo también estoy satisfecho—dijo yo.

—Y ahora, Sr. John, quiero que me diga si estoy disculpado.

—Disculpado... ¿de qué?

—De mi noble engaño. De haberle yo revelado la verdad, ¿hubiera sido posible para ella resignarse y llevar tan fuertemente su terrible desgracia? Me confortaría muchísimo tener su opinión a este respecto, Sr. John. En su condición de juez y de filántropo, quizás usted podría asegurarme sobre la eficiencia y corrección de mi conducta. Pues, como usted lo ve..., no tengo ningún confidente...

La emoción arrebátome las palabras. Conmovíame tanta angustia y tanta nobleza. No pude contestarle. Apenas si tuve valor para palmearte su espalda en una forma que él supo comprender...



Pequeñas tragedias milenarias que parecen actuales

Epistolarios geroglíficos de gentes modestas

Cuatro siglos de impenitente clasicismo nos han acostumbrado a ver la antigüedad a través de esas lentes convergentes, que son las inmortales obras maestras de sus artistas. Estamos o, mejor, estábamos, hasta hace poco habituados a considerar a los antiguos griegos como héroes iedales, tales como se nos aparecen, con brillo imborrable, en las epopeyas homéricas, en las obras de los grandes trágicos y aun en las guerras de la independencia, que sostuvieron para librarse del despotismo oriental.

Y digo que *estábamos* acostumbrados a verlos como tales, pues en estos últimos treinta años hemos aprendido muchísimas cosas sobre la vida real, sobre la vida diaria de los helenos, y hemos comenzado a poner a ese pueblo, maravillosamente dotado, en los cuadros de una visión más conforme con la realidad de las cosas humanas, aunque eso no nos impida de ninguna manera continuar considerándole como un pueblo maravilloso, que ha dado a la Humanidad entera el presente de una concepción única del mundo y del arte.

A pesar de todo ese progreso en el dominio de nuestros conocimientos, relativos a la existencia social y económica de los hombres de la antigüedad, sólo en estos últimos años hemos estado en condición de abreviar en los documentos que emanan directamente de esta inmensa muche-

pues tus pensamientos están sombríos a causa de la desdicha. No tengas temor a nada, que siempre mi pensamiento te acompaña."

Como se ve, hace dos mil años los hogares sufrían los mismos males que agobian a numerosos matrimonios modernos. Y los hombres sabían encontrar argumentos tan convincentes (o tan torpes) para excusarse ante sus mujeres como sus colegas del siglo xx.

En una carta, escrita esta vez por una egipcia (y no por griegos emigrados en busca de trabajo, ya que la Grecia, país pobre, conocía entonces la desocupación), se leen las desventuras de la infrascripta, mujer "que se alimenta con el trabajo de sus manos". La carta está dirigida a la cancillería del rey de Egipto, y ella describe, detallándolas minuciosamente, las injusticias que la autora de la carta debió sufrir por parte de un "empleado de los baños públicos", que para vengarse de ella (no nos cuenta las razones de esta venganza) "le ha echado agua hirviendo en los senos y en los muslos". La pobre egipcia suplica al rey que cuide de que se haga justicia a "una de sus más sinceras admiradoras" y que el bañista sea condenado a daños y perjuicios, "puesto que—agrega la mujer—no solamente me ha impedido trabajar, sino que las quemaduras me han costado mucha plata, porque los médicos y los remedios son muy caros".

En un papiro del siglo iv, antes de Jesucristo, lee-



mos el texto de un contrato de matrimonio. La dote está allí descrita minuciosamente (consistía, sobre todo, en objetos, alhajas, artículos de hogar y ropa blanca). Pero lo que nos parece interesante es una cláusula, según la cual si la mujer cometiese el crimen de adulterio u otros crímenes, perdería toda su dote en beneficio del marido". Mas si, a su vez, el marido "fuera convicto de adulterio, pagaría a su mujer el doble de la dote".

Según otra de las cartas halladas, un hijo escribe a su padre, explicándole que como los "tiempos son difíciles" y el salario que gana no le alcanza para subvenir a sus necesidades, se ha visto "en la necesidad de contraer deudas", y confiesa que ha metido la mano en el saco de su hermano. Y termina pidiendo a su padre que haga todo lo posible para que pueda librarse de la deuda. Para vencerlo mejor, este hijo pródigo enumera todos los gastos que ha hecho y que—afirma—"no tienen nada de excepcional".

Un gran número de cartas que recientemente han visto la luz del día son simplemente cartas de felicitación o de pésame; algunas de ellas están escritas por jovencitas que se quejan de que sus padres las dejen solas "en esta gran ciudad, que es Alejandría". Parece inútil agregar que en la mayor parte de esos mensajes de familia, el di-



nero juega un importante papel y que son más frecuentes las veces que se pide que las que se ofrece.

Es necesario creer que veinte siglos de progreso y de civilización no han cambiado gran cosa los sinsabores de una humanidad, atormentada siempre por dificultades tan tenaces como poco variadas.

(Koelnische Zeitung, Colonia.)

EN EL PROXIMO NUMERO

El miércoles 27 de febrero

CUENTO DE CARNAVAL, por Víctor de la Serna, con ilustraciones de Arteché.

DE CHIPRE HA LLEGADO UN BARCO..., texto y dibujos de Sancha.

LAS ESCUELAS DE TOREO, por "Don Quijote".

HAN LLEGADO LOS SOMBREROS DE PRIMAVERA, crónica de modas de París, por nuestra corresponsal Madeleine Millet.

A PROPOSITO DE JOSE MORENO CARBONERO, por Enrique Azcoaga.

EL OJO VIAJERO, "El Carnaval en el mundo", por Ramón Muñiz Lavalle.

FILM DE KEYSERLING (cuarta y última jornada), por Miguel Angel Colomar.

CHARLAS MONUMENTALES, por el Dr. Fernández Cuesta.

TOROS EN TETUAN, nota gráfica por Angel Aracil.

Cuentos extranjeros, crónicas, notas, artículos, poemas. Contendrá además nuestras secciones habituales de Cine, Teatro, Caja de sorpresas, Con el médico, Páginas de los niños, etc.

Dibujos de Santonja, Sancha, Arteché, Hortelano, Gori Muñoz, Miguel Gómez, Billiken.

RESERVE CON TIEMPO SU EJEMPLAR

20 CENTIMOS

dumbre anónima, que los mármoles de Fidias y los dramas de Sófocles nos habían hecho olvidar demasiado fácilmente, y que, no obstante, constituía el fondo de la vida antigua.

Todos los días surgen en las excavaciones hechas en Alejandría y en otras ciudades helenísticas cartas escritas por gentes del pueblo, que nos permiten tocar de cerca, casi diríamos con el dedo, las alegrías, pero más a menudo las desdichas, de los humildes que vivían a la sombra de los "grandes burgueses libres".

Una de esas cartas (escrita en papiro) lleva la fecha del primer siglo de nuestra era, y es la misiva que una pobre mujer de obrero—redactada, indudablemente, por un escriba público—dirige a su marido, que se había marchado a Egipto en busca de trabajo. Ella le pregunta cómo es posible que sus camaradas, que habían partido al mismo tiempo que él, estén ya de regreso, en tanto que él se queda allá y hasta se olvida de enviarle dinero. "Ello es tanto más triste—hace escribir la mujer—cuanto que estoy encinta y no tengo casi qué comer."

Por una de esas casualidades extraordinarias, se ha encontrado en el mismo sitio la respuesta del marido, quien consuela a su mujer, hace protestas de amor y promete enviar dinero "tan pronto como el patrón se digne pagarme su salario". Y la carta termina con estas palabras: "Has encargado a Afrodísias que me recuerde que no está bien eso de olvidar a su mujercita tan poco tiempo después del matrimonio. ¿Cómo puedes decir semejante cosa? Te suplico que no te tortures a este respecto,



Avanzamiento de Madrid

DIBUJOS DE SANTONJA

CREACIONES DE MARIA ROSA BENDALA

DISFRACES PARA NIÑOS

(De izquierda a derecha)



Un delicioso diablillo de terciopelo rojo, con la capa forrada de azul, donde unas estrellas de "paillettes" remedan la noche; en el pecho lleva también un peto de "paillettes".

Fantasia arlequinesca en tul blanco, el cuerpecito a cuadros de todos los colores; los pompones, tres delante y los demás bordeando las mangas y sujetando el volante de la cabeza, son negros.

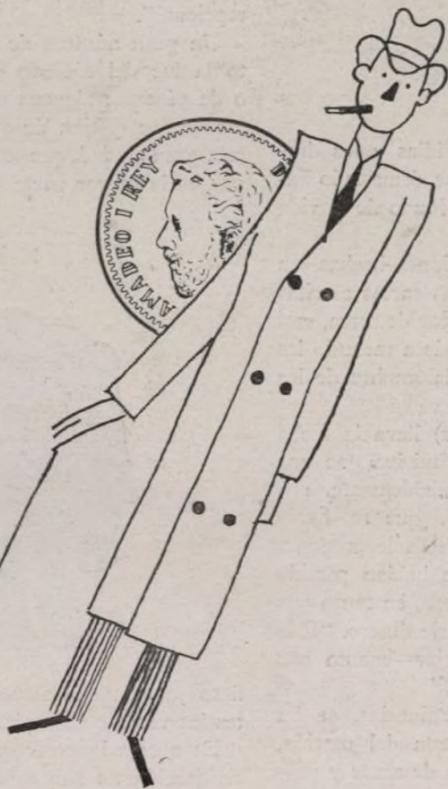
El tercero es una aldeanita. La falda, encarnada muy oscura, con el corpiño y el faldón azul bordado en amarillo; la blusita, de organdí blanco, y el delantal, la cofia y las medias, a cuadros rojos y blancos; el cesto, de mimbre amarillo.

Abajo, a la izquierda, un terrible pirata, con pantalón corto almenado, sobre otro largo todo de terciopelo negro; botas rojas, blusa blanca estampada en listas, pañuelo rojo estampado en colores y sombrero de gruesa paja amarillenta; un alfanje en la cintura da testimonio de su fiera.

Por último, presentamos una estilizada escocesa, con su falda a cuadros, corpiño de terciopelo verde con pompones rojos, blusa de organdí blanco y gorra a cuadros con plumas verdes.

TEXTO Y DIBUJOS EXCLUSIVOS PARA "CIUDAD"

EL EXITO DEL DIA ES LA SEMANA DEL D U R O



EN

ALMACENES RODRIGUEZ

HASTA EL SABADO DIA 23

Ayuntamiento de Madrid

Bolaños y Aguilar (S. L.). Talleres gráficos. Altamirano, 50. Madrid.